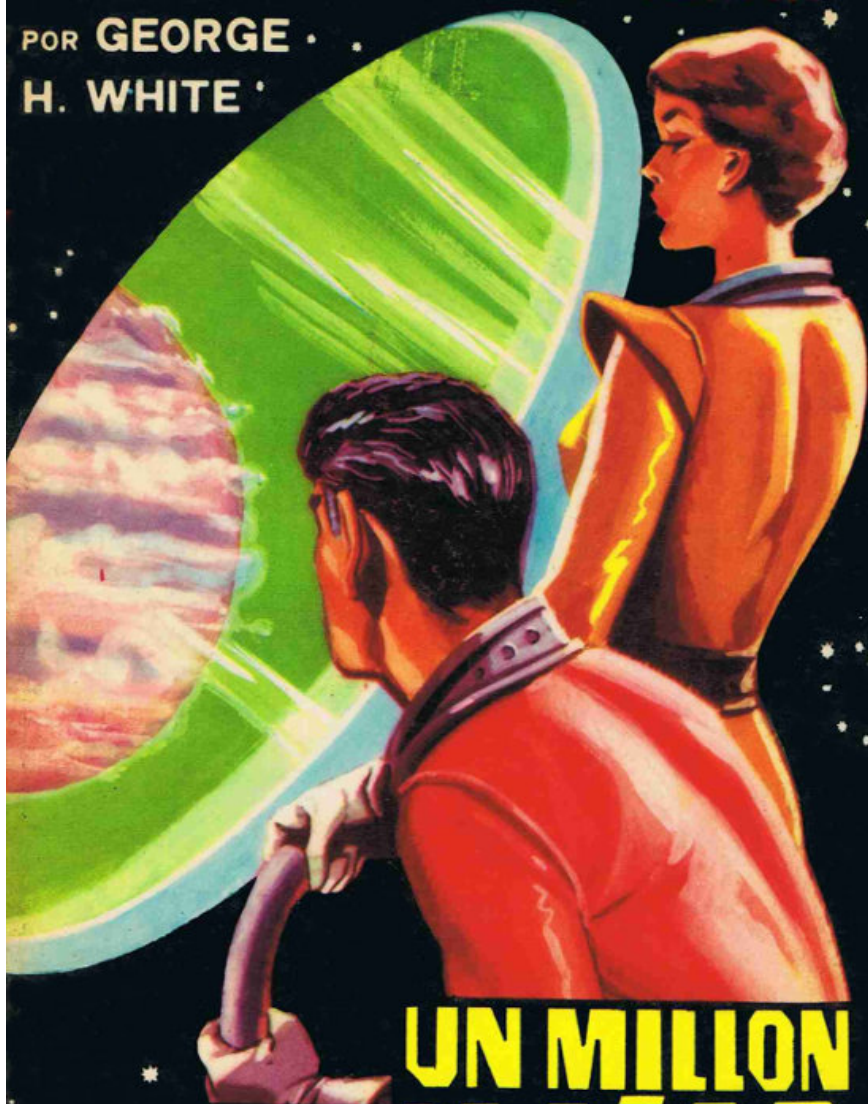


LA SAGA DE LOS AZNAR

POR GEORGE
H. WHITE



UN MILLON DE AÑOS

se

Después de viajar a la Tierra, y luego a través del hiperespacio hasta el anti-universo, el autoplaneta “Valera” regresa al circumplaneta Atolón.

Trasladándose de un lugar a otro a velocidades superiores a la de la luz, los tripulantes del planetillo han perdido toda noción del tiempo realmente transcurrido fuera de su móvil.

Al avistar la Constelación de David, una pregunta preocupa a los viajeros. ¿Cuántos años habrán transcurrido en Atolón durante su ausencia? ¿Existirá todavía la Humanidad que dejaron al partir? ¿Existirá siquiera Atolón? ¿Cómo habrá evolucionado aquella civilización de la que han permanecido apartados?

La respuesta que los valeranos recibirán poco después será anonadadora:

¡Un millón de años!



George H. White

Un millón de años

La saga de los Aznar - 43

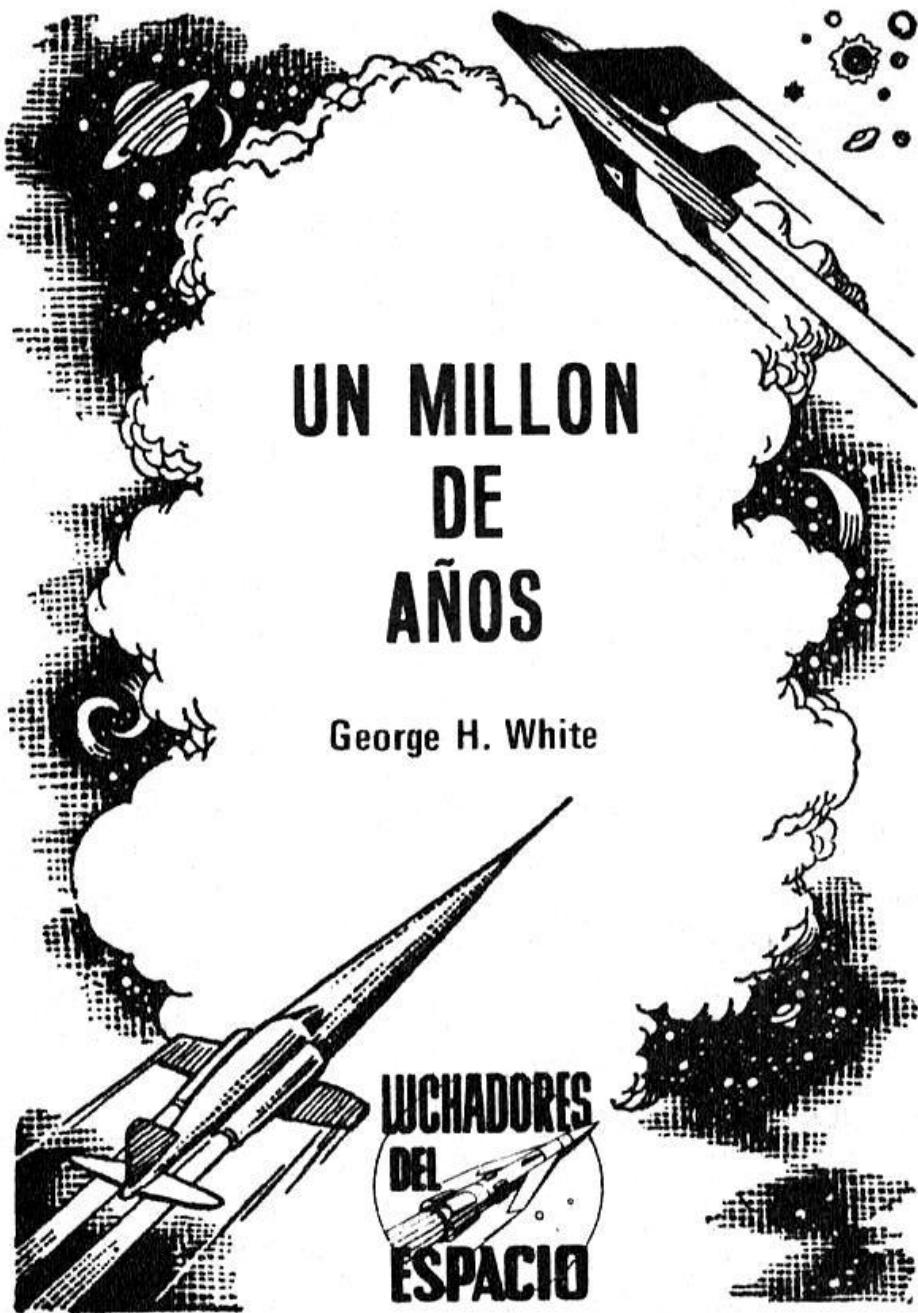
ePub r1.0

Titivillus 28.08.15

Título original: *Un millón de años*
George H. White, 1976

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





UN MILLON DE AÑOS

George H. White

**LUCHADORES
DEL
ESPACIO**



CAPÍTULO I

Desmaterializados por familias, volaban en el mismo orden y se reunían para salir juntos por las amplias escalinatas de la Estación de Emigración al nivel de la grandiosa Plaza de España.

Aparte de las “Estaciones de Emigración” de las ciudades de “Valera”, otras máquinas “Karendón”^[1] funcionaban independientemente en los acantonamientos del Ejército, en las bases de la Armada, hospitales, centros de investigación, instalaciones industriales y servicios.

Las previsiones para el regreso de los valeranos se habían hecho de tal forma que la actividad se reanudaba en pocas horas en el mismo lugar donde había quedado interrumpida. Los servicios sanitarios, los transportes colectivos, la administración y la Policía empezaban a funcionar inmediatamente, preparando el regreso para el resto de la población. Mientras tanto, independientemente de los servicios, las fuerzas del Ejército y la Armada se incorporaban a sus puestos.

En este momento todo el interés de los valeranos estaba puesto en el circumplaneta Atolón.

El tiempo no transcurría igual para los tripulantes del planetillo que para los habitantes de Atolón. Moviéndose en el espacio a una velocidad de 250.000 kilómetros por segundo, los viajeros de “Valera” vivían en un tiempo ralentizado, mientras fuera del móvil el tiempo transcurría con normalidad. Los cálculos a este respecto nunca podían ser exactos y se basaban en la experiencia adquirida en anteriores viajes. Así, mientras para los valeranos sólo había transcurrido un mes, en Atolón habían pasado 700 días, y el autoplaneta recorría en este tiempo quince billones de kilómetros.

Aunque todavía lejano, el circumplaneta Atolón estaba ya al alcance de los telescopios de “Valera”. La última fotografía acababa de llegar al cuarto de mapas de la Sala de Control, donde era ampliada por proyección en una pantalla.

Sentados alrededor de una mesa alargada, el Superalmirante Aznar y su Estado Mayor guardaban silencio.

Hablaba el profesor Valera:

—La fotografía no es muy buena, pero incluso con sus deficiencias se puede observar que el circumplaneta ha dejado de formar un anillo perfecto. Se ha roto en varios segmentos y éstos se han alejado unos de otros, formando a modo de una cadena de islotes situados en un mismo plano alrededor del Sol.

—¿Cuántos pedazos han contado? No se ve bien —preguntó el Almirante Mayor.

—Hemos contado doce, aunque es posible que haya alguno más. La fotografía que obtengamos mañana será más clara y podrá apreciarse mejor en sus detalles —contestó el astrofísico.

—¿Por qué cree usted que se rompió el circumplaneta?

—Yo diría que es una consecuencia natural derivada de su especial conformación. Un anillo de materia solidificada de trescientos ochenta millones de kilómetros de diámetro, y solamente diez millones de kilómetros de ancho, resultaba demasiado frágil para las tensiones que ha debido soportar en el transcurso del tiempo. Recordemos cuan frecuentes eran allí los terremotos, debidos a las continuas roturas de la estructura geológica y a la subsiguiente acomodación de las masas removidas.

—Esa rotura del circumplaneta en varios pedazos no ha debido producirse en un día —observó el general Ovando.

—Por supuesto, ha tenido que ocurrir en varias fases en el

transcurso del tiempo —admitió el profesor Valera.

—¿Como cuánto tiempo? —preguntó el Almirante Mayor.

—Imposible de calcularlo.

—¿Cien mil años? ¿Doscientos mil?

—La verdad es que no tenemos ni la más remota idea. Mucho tiempo ha debido transcurrir desde que abandonamos este lugar. Nuestro autoplaneta ha cruzado tres veces el hiperespacio volando a mayor velocidad que la luz. A mayor velocidad que la luz nuestros instrumentos dejan de tener utilidad. No disponemos de aparatos para calcular el tiempo ni los espacios recorridos. Sólo sabremos el tiempo que estuvimos ausentes cuando nos lo digan nuestros parientes de Atolón.

—Eso suponiendo que quede alguien con vida allí para recibirnos —apuntó el general Ovando con acento sombrío.

—No hay razón para sentirnos pesimistas —dijo el profesor Valera—. La rotura del circumplaneta no supondría en modo alguno el fin de la Humanidad, incluso aunque originara una serie de cataclismos como jamás se habían conocido antes. Por lo menos sabemos que hay allí actividad nuclear, es decir, hay reactores nucleares funcionando, lo cual es inequívoca señal de la existencia de vida inteligente.

—Pero no hemos captado ninguna señal de radio —dijo el general Ovando, insistiendo en su visión pesimista.

—Eso no significa nada —rebatíó el profesor Valera—. A la distancia que todavía nos encontramos, nuestros amigos de Atolón tendrían que utilizar una emisora de enorme potencia. Suponiendo que estuvieran dispuestos a hacer este gasto de kilovatios, ¿a quién iría dirigido su mensaje? Tenemos que partir de la base que para los atolonenses, el regreso de “Valera” es un hecho incierto. Supongamos que hubieran transcurrido quinientos mil años desde la partida de “Valera”. En el recuerdo de los atolonenses este suceso quedaría tan lejos como para nosotros la época en que todavía la Tierra estaba habitada por los grandes saurios de la Era Mesozoica.

—Quiere usted decir que nadie nos espera —apuntó el joven Miguel Ángel Aznar—. Y no sólo no somos esperados, sino que, probablemente, van a recibir un susto cuando nos vean llegar.

—¿Y por qué habrían de asustarse? —preguntó el almirante MacLane.

—Es una forma de decir. Pongámonos en su lugar, supongamos que ha transcurrido allí medio millón de años desde que “Valera” partió para reconquistar la Tierra. En ese tiempo la sociedad de Atolón habrá evolucionado considerablemente. No sólo habrá alcanzado un alto nivel tecnológico; las costumbres, el idioma, incluso la apariencia física y la forma del pensamiento han ido evolucionando mientras los valeranos permanecíamos inmovilizados en el tiempo. Pero de pronto, de las brumas del pasado, regresa nuestro autoplaneta. No hemos cambiado en absoluto, y, excepto algunos nacimientos que tuvieron lugar mientras viajábamos, regresamos las mismas personas que ya vivíamos en aquella lejana fecha, ¡hace medio millón de años! De hecho somos como fantasmas surgidos de la tumba. Si nos comparamos con los atolonitas, estamos más lejos de ellos de lo que nosotros estamos del hombre de Neanderthal. Nuestra apariencia física, nuestras costumbres y nuestra forma de pensamiento pueden haberse distanciado tanto como si nunca hubiésemos pertenecido a la misma raza. ¿Qué puede surgir del encuentro entre estas dos civilizaciones tan distantes en el tiempo? A mí, sinceramente, me preocupa todo esto. Y pienso que también les puede preocupar a los atolonitas. Basta imaginar que en nuestro último viaje a la Tierra la hubiésemos encontrado habitada por la raza de Neanderthal. Sencillamente, el diálogo hubiese sido imposible entre ellos y nosotros.

Un silencio opresivo siguió a las palabras de Miguel Ángel Aznar, silencio que fue roto por el profesor Valera:

—Bueno, no hay razón para ponerse en lo peor. ¿Conocen el libro que escribió el profesor Ross antes de morir en Aqua? Ross predecía que el uso de las máquinas “Karendón” sería un freno a la evolución regresiva de la raza. Un hombre que hubiese sido desmaterializado a la edad de veinte años podría conservar por tiempo indefinido la cinta perforada donde estarían formulados los componentes físicos de su persona. Ese hombre llegaría a los cien años, y en lugar de seguir envejeciendo se desmaterializaría para reencarnar de nuevo con la apariencia de sus jóvenes veinte años. Podría repetir lo mismo miles de veces, y al cabo de veinte mil años sus células serían todavía las mismas de la primera vez. Mientras la forma del pensamiento se desarrollaría enormemente, en base a la

experiencia adquirida por el individuo en tan larga vida, la constitución física se mantendría estacionaria o evolucionaría muy lentamente. Es decir, los atolonitas que encontremos no van a ser muy diferentes de nosotros.

—No son las diferencias físicas las que a mí me preocupan, sino las ideológicas. Y en ese sentido la obra de Ross es concluyente. Nadie puede detener la evolución del pensamiento. Por lo tanto sí vamos a encontrar diferencias entre ellos y nosotros. Sólo cabe esperar que esas diferencias no sean tan abismales que nos separen de forma definitiva e irremediable.

—Dios no lo quiera —dijo el Almirante Mayor—. No me gustaría volver a vivir la experiencia de los “Eternos” de Redención.

De todas las generaciones que vivían en la actualidad, el Superalmirante Aznar era el último superviviente del drama de Redención.

En sus andanzas de uno a otro lado del espacio, metido en continuas empresas guerreras, el autoplaneta había regresado a los planetas de Redención después de 4.853 años de ausencia. En este tiempo el pensamiento de los redentores había evolucionado hacia formas filosóficas decadentes. Lejos todavía de ser inventada la máquina “Karendón”, los redentores recurrieron al trasplante de sus cerebros a un organismo cibernético como solución a sus anhelos de ver prolongada indefinidamente su existencia.

El resultado de todo ello fue el ORGCI (contracción de “organismo cibernético”) monstruosidad antinatural que los valeranos rechazaron de plano. Como consecuencia del abismo ideológico surgido entre las dos familias del tronco común terrícola, después de una lucha fratricida, los valeranos obtuvieron de los redentores el reconocimiento de su independencia y se alejaron de aquellos planetas para siempre.

Pese a todo, los valeranos no se sintieron felices en su nueva condición. Bien era cierto que ahora eran libres de ir donde quisieran, ¿pero a dónde ir? Rotos los vínculos con los redentores, perdidos los planetas terrícolas (entonces en poder de los “Sadritas”), decepcionados tras los repetidos fracasos por imponer la filosofía cristiana a los salvajes planetas de Nahum, los valeranos se vieron solos en la inmensidad de un universo cuyos confines habían ensanchado y en el que, irónicamente, parecía no haber

lugar para ellos.

Doscientos ochenta y siete años después los valeranos descubrirían el grandioso circumplaneta Atolón y en él establecerían una nueva colonia, que más tarde se convertiría en un nuevo y próspero estado, Hispania. Ahora, después de una larga ausencia, “Valera” estaba de regreso en Atolón. ¿Se repetiría en Atolón la historia de Redención, condenando a los valeranos a la soledad y el confinamiento en su pequeño mundo?

Cada uno de los hombres sentados alrededor de la mesa pensaba por su cuenta, coincidiendo sin saberlo en la forma de sentir de los demás.

Fue el Almirante Mayor quien rompiendo el silencio que siguió a sus propias palabras dijo:

—En fin, no vale la pena rompernos la cabeza tratando de adivinar lo que estamos tan cerca de comprobar por nosotros mismos. Al terminar esta reunión vamos a iniciar la operación de frenado, lo cual quiere decir que los últimos millones de kilómetros los vamos a recorrer cada vez más despacio. Un crucero o una escuadra de ellos, llegaría mucho antes a Atolón. Sólo tengo una duda; no sé si mandar a un solo buque o una fuerza más representativa.

—Una División de cruceros sería una fuerza suficientemente representativa —apuntó el almirante MacLane.

—¿Representativa de qué? —replicó el joven Almirante Miguel Ángel Aznar—. ¿Se trata de deslumbrar a los atolonitas con una muestra del poder de nuestra Armada, o simplemente de anunciar la llegada del autoplaneta y ver qué se cuece allí? Yo no destacaría más de una escuadrilla, e incluso me parece demasiado. Un solo buque pasaría desapercibido y tal vez hasta podría llegar al mismo circumplaneta sin ser visto.

—¡Pero eso no sería correcto! —protestó MacLane—. No se trata de espiar a nuestros amigos, sino de enviar una embajada de buena voluntad anunciando la llegada de “Valera”.

—¿Llama usted espiar a ejercer el legítimo derecho de explorar un terreno desconocido? —protestó Miguel Ángel—. Sólo unos ingenuos llegarían anunciándose con bombo y platillos sin saber qué sorpresa nos aguarda. El Almirante acaba de recordar la experiencia de los “Eternos” de Redención, pero hay otros

precedentes incluso más dramáticos. Viajar en un autoplaneta, que invierte milenios en regresar al lugar de donde partió, ha tenido siempre estas quiebras. De hecho no ha habido una vez que al regresar a Redención, a la Tierra o los planetas de Nahum no nos hayamos encontrado con cambios desagradables. ¿Por qué habría de ser aquí una excepción?

MacLane iba a decir algo cuando fue atajado por el Almirante Mayor:

—No tiene objeto discutir, podemos hacer ambas cosas a la vez. Nada nos impide enviar una escuadra en representación amistosa, y despachar por delante una patrulla para que explore el terreno.

—¿Quién mandaría esa patrulla? —interrogó el general de división Ovando—. No podemos confiar esa misión a un comandante cualquiera, a riesgo de que provoque un incidente del que luego se nos haga responsables.

—¿Pero qué dice usted, Ovando, hombre? —protestó Miguel Ángel—. ¿Qué incidente espera que ocurra?

—Cualquier cosa; por ejemplo, que se encuentre con una patrulla de vigilancia de Nueva Hispania y se produzca un enfrentamiento del que puedan resultar víctimas. Tenemos que evitar eso.

—Miren, estoy dispuesto a mandar personalmente nuestra patrulla —dijo Miguel Ángel—. ¿Confían en mí, o ni siquiera yo les parezco bastante sensato para una misión tan delicada?

La propuesta del joven Aznar fue aceptada finalmente, no sin ciertas reservas. Parecía existir entre los miembros del Estado Mayor el temor a cometer cualquier acto que molestara los atolonitas.

Desde que regresaron al estado de consciencia, los valeranos eran bombardeados a todas horas desde las pantallas de televisión por las opiniones de eminentes biólogos, antropólogos, médicos y sociólogos que trataban de responder a la pregunta que en estos momentos más inquietaba a los científicos. ¿Cómo habría evolucionado la sociedad atolonita en el transcurso de 200.000 ó 300.000 años?

Con distintas variantes, había un punto de coincidencia en los entrevistados y conferenciantes: los atolonitas debían haber alcanzado un grado de desarrollo incluso superior al de los antiguos

bartpuranos que poblaron el circumplaneta. Los medios tecnológicos, la forma del pensamiento, incluso la apariencia física y el lenguaje, habrían sufrido enormes transformaciones.

Cuando en uno de estos programas, el entrevistador preguntó a don Mario Valera cual era, a su juicio, la opinión que los valeranos merecerían a los habitantes del circumplaneta, el notable astrofísico respondió:

—Probablemente nos verán como gentes enormemente atrasadas; rudos, ignorantes y crueles... casi como salvajes.

Esto preocupaba mucho a los valeranos, y esta preocupación por ofrecer a los atolonitas una imagen civilizada y progresista de la nación valerana, pesaba en el ánimo de los miembros del Estado Mayor General.

El único que no estaba influenciado por esta psicosis de inferioridad era, probablemente, el Almirante Mayor, don Miguel Ángel Aznar. Al Almirante Mayor le tenía sin cuidado la opinión que los cultos atolonitas pudieran formar del pueblo valerano o de su propia persona. Ya había pasado anteriormente por una experiencia semejante.

Después de la guerra entre “Valera” y los “Eternos” de Redención, al declararse el autoplaneta república independiente, don Miguel Ángel Aznar había permanecido doscientos setenta y seis años en estado de hibernación. Al volver a la vida, a la vista del circumplaneta Atolón, el Almirante se encontró en un mundo enormemente evolucionado. Sin embargo, el Almirante no se amilanó por esto, y aunque sus detractores le acusaban de incivil y atrasado, se metió en política y demostró que sus ideas todavía eran válidas en una sociedad evolucionada en casi tres siglos.

El Almirante Mayor no sentía ningún complejo de inferioridad, y como para demostrarlo dio a conocer su propósito de presidir la representación diplomática que viajaría a Atolón.

La representación se pondría en marcha tres días después de la salida de la patrulla de descubierta. A fin de no retrasar demasiado la partida de la misión diplomática, se dispuso que el Almirante Aznar saliera lo más pronto posible.

—Saldré hoy mismo —dijo el joven Aznar.

Al levantarse la sesión, Miguel Ángel fue el primero en abandonar la Sala de Control. Desde el aparcamiento subterráneo,

dos ascensores conducían directamente al edificio del Almirantazgo. El Almirante Aznar tomó uno de los ascensores hasta la planta donde estaba la Sección de Movimiento de Buques.

Eran las siete y media de la tarde y las oficinas estaban desiertas, a excepción del reducido personal de guardia para cubrir las emergencias del servicio. En la Sección de Movimiento de Buques el oficial de guardia era un teniente de navío. Aunque en la actualidad había escaso trabajo en esta Sección, en otras ocasiones solía desarrollarse allí una actividad tal que hacía necesario el empleo de un cerebro electrónico para llevar el control de las unidades de la Armada. Los efectivos de la Armada Sideral Valerana se elevaban en estos momentos a 200.000 buques encuadrados en cuatro flotas.

—¿Qué buques tenemos en este momento en el exterior? —preguntó el Almirante.

El oficial se dirigió a la consola de la computadora, pulsó un par de teclas, e inmediatamente apareció en una enorme pizarra electrónica una lista de quinientos buques; es decir, toda una División de cruceros.

—¿Quiénes son los comandantes de esos buques? —preguntó el Almirante.

El oficial pulsó otra tecla. Los nombres de los comandantes aparecieron escritos en caracteres luminosos a continuación del nombre de cada buque. Miguel Ángel Aznar repasó la lista.

—Supongo que todos serán igual de buenos —murmuró indeciso—. ¿Cuál de ellos es el más antiguo en el empleo?

—La Sección de Personal nos lo dirá en seguida.

En efecto, el oficial hizo una conexión con la memoria de otra computadora situada en una Sección distinta, e inmediatamente se encendió una luz roja parpadeante a continuación de uno de los nombres.

—Berta Balmer —leyó el Almirante en voz alta—. Es una mujer. ¿La conoce usted?

—No sabría decirle, señor. Su nombre me resulta vagamente familiar. Pero no es de extrañar, hay muchos Balmer en la Armada.

—Y en el Ejército, y en todas partes. ¿Puedo ver el historial de Berta Balmer?

El teniente cambió de lugar, se dirigió a otra pequeña consola y

escribió el nombre y grado de la capitana de navío Berta Balmer sobre el teclado. A continuación se levantó y se acercó a una fotocopidora. El Almirante Aznar le siguió allí y fue tomando las hojas de papel a medida que se las tendía el oficial.

Los papeles eran fotocopias del dossier de la capitana Berta Balmer. El Almirante Aznar leyó por encima los epígrafes que podían interesarle:

“Berta Balmer López... treinta y ocho años... divorciada. Primer marido José Sánchez... no hay segundo marido... ningún hijo... capitán de fragata en la campaña contra los Sadritas, mención honorífica... capitán de navío en la campaña contra Ankor, mención honorífica... Penalidades... desestimada propuesta de ascenso al grado inmediato superior por insultos graves a un superior... El jefe ofendido fue el Almirante Juan MacLane”...

El Almirante Aznar volvió a mirar la fotografía.

—Parece una mujer guapa, por lo menos es fotogénica.

—Ahora la recuerdo, señor. Oí comentar el caso cuando lo del almirante MacLane. Le faltó el respeto, aunque no recuerdo exactamente en qué consistió la falta. Supongo que querrá ver algún otro historial.

—No, nada de eso. Un comandante que ha sobrevivido a dos campañas tan duras, con misión honorífica en ambas, me conviene. Tome nota, voy a llevarme a la comandante Balmer, su buque y su tripulación. Destino, Atolón. Misión de descubierta aprobada por el Estado Mayor. Comuníquelo al almirante Pereira y al “Pinto”. ¿Es ese el nombre del buque? Sí, ese es, el “Pinto”. Comuníquelo también al “Pinto” y dígame a la comandante que deberá estar lista para zarpar a las veintiuna horas de hoy. Si tiene alguna anomalía a bordo que me informen en una hora. Estaré en mi casa, es decir, en casa del Almirante Mayor.

—¿Quiere firmar la orden de movimiento, señor?

El Almirante rellenó el impreso con los datos indispensables, puso su firma al pie de la orden y se despidió.

Un minuto después salía del ascensor en la penúltima planta del edificio. Su familia se había puesto a comer sin esperarle. Los Aznar tenían un invitado: el joven Fidel Aznar.

Fidel Aznar era hijo del hermano de Miguel Aznar, nieto del Almirante Mayor y de Yawna. Tenía veintidós años y era un

muchacho alto, de un metro noventa centímetros de estatura, los cabellos dorados, los ojos azules, extraordinariamente guapo para su condición varonil. Tenía una buena planta, realizada por el severo uniforme blanco de oficial de la Armada. Su grado era el de teniente.

Aunque había gran confianza entre tío y sobrino, el joven teniente se puso respetuosamente en pie al entrar el Almirante. Yawna también se levantó, pero para ir a la cocina en busca de la comida de su hijastro.

—Hola, Fidel —saludó Miguel Ángel—. No sabía que fuera a encontrarte aquí. Siéntate, muchacho, voy a ayudar a Yawna.

En efecto, el Almirante entró en la cocina y regresó siguiendo a Yawna con un plato de pescado frito aderezado con hojas de lechuga. Yawna no era la madre de Miguel Ángel, sino su madrastra.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó Miguel Ángel al muchacho mientras se sentaba a la mesa.

—Bien —el joven se mordió el labio, y no pudiendo contenerse por más tiempo soltó lo que tenía en la punta de la lengua—. He oído decir que vas a salir en dirección a Atolón, al mando de una patrulla.

—Como se suele decir en estos casos, la información debe proceder de altas esferas. Sí, voy a zarpar dentro de una hora.

—¿Me puedes llevar contigo? —preguntó ansiosamente el muchacho.

—¿Debo llevarte?

—¡No consientas, Miguel Ángel! ¡No le lleves! —exclamó de pronto Yawna con voz alterada.

Los tres hombres se volvieron a mirarla sorprendidos. La mujer tenía el rostro demudado y una extraña expresión temerosa en los ojos. Era una mujer madura, de cabeza grande y facciones alargadas. No era hermosa, y, sin embargo, trascendía de ella un encanto singular. Sus ojos eran particularmente atractivos, grandes, almendrados y dorados.

—¡Por Dios, Yawna! —exclamó el Almirante Mayor—. ¿Qué te ocurre?

—Lo siento —murmuró la mujer visiblemente turbada—. Tal vez no he debido decirlo, pero he tenido una premonición. He visto

muchos restos de aeronaves... y un hombre que vestía un traje de vacío flotando sin vida en el espacio. Todo era oscuridad, frío y silencio a su alrededor...

Yawna se estremeció. Tenía los desnudos brazos erizados y se advertía la rápida palpitación de una de las azules venas del largo y delicado cuello.

Miguel Ángel Aznar se sintió impresionado. Conocía bien a su madrastra y había aprendido a respetar sus extraordinarias dotes paranormales.

—Yawna, ¿era yo el hombre? —preguntó.

La bartpurana movió su rubia cabeza, de largos cabellos peinados en artísticos y complicados moños.

—No lo sé. Había una inscripción en el peto de la coraza, un nombre...

Miguel Ángel Aznar y su padre cambiaron una mirada. Cuando se trataba de oficiales y jefes de la Armada las armaduras de éstos solían llevar una inscripción en el peto donde figuraba el grado y nombre del portador.

En este momento se escuchó el zumbador del audiovisor.

Miguel Ángel Aznar se levantó y acudió al aparato, que estaba sobre un mueble especial ocupando uno de los rincones del comedor. Al encender la pequeña pantalla apareció, en color y relieve, el busto de una guapa mujer cuyo cuello se veía ceñido por el blanco y severo uniforme de la Armada Sideral. Era la comandante del “Pinto”, capitana de navío Berta Balmer. Tenía la cabeza descubierta, el pelo negro cortado muy corto. En la pantalla de su audiovisor la capitana veía a su vez al Almirante Aznar.

—Capitana Berta Balmer, a sus órdenes —dijo la mujer.

—Tanto gusto, Balmer. ¿Recibió la comunicación?

—Acabo de recibirla, señor. Siento interrumpir su comida, pero veo que la orden de salida está fijada para las nueve y sólo falta una hora.

—Adelante, Balmer. ¿Qué ocurre?

—La comunicación del Almirantazgo me ordena disponer el “Pinto” para una misión especial. La pregunta es si vamos a tomar a bordo algún equipo o armamento especiales.

—Nada especial, ésta será una misión ordinaria de patrulla. Sólo insistiré en que revise su sistema de comunicaciones, eso es

importante. Doy por hecho que el buque lleva su dotación normal, tanto de personal como de armas y equipo.

—El buque está en orden de combate, señor. Diez oficiales y cuarenta suboficiales, más diez tripulantes no cualificados. ¿Va a venir a bordo alguien más, aparte de usted?

—Voy a ir solo, comandante. Téngalo todo preparado para zarpar en una hora.

—Señor... —dijo la guapa capitana, y se interrumpió ruborizándose levemente, para continuar después—. Le agradezco que me haya distinguido entre tantos comandantes. Gracias, Almirante. Le esperamos a bordo.

—Hasta luego, Balmer —saludó Miguel Ángel con una sonrisa.

Apagó el aparato y regresó a la mesa, donde su sobrino estaba discutiendo acaloradamente con su abuelo, el Almirante Mayor.

—Esto no es la antigua Roma. Yawna no tiene el título de pitonisa, ni aquí supeditamos las operaciones militares al consejo del oráculo —estaba diciendo el joven Aznar.

—Sobrino, cierra la boca —dijo Miguel Ángel volviendo a su silla—. Asunto concluido, no vas a venir conmigo.

—¿Por qué? —protestó el muchacho con la cara roja.

—Esto no es Roma, pero la Armada tampoco necesita de ti en estos momentos. Los presagios no son buenos, por lo tanto te quedas en casa.

—¡Por una tontería que dijo Yawna! Ella puede estar equivocada. No existe la infalibilidad en la precognición. Si Yawna fuera capaz de predecir todo lo que está por ocurrir sería un ser superior al resto del género humano. Nadie posee esa superioridad. Pregúntale a Yawna.

—No tengo que preguntarle nada. Admito que se corra un riesgo cuando es necesario. Es el caso que tú no eres necesario. Puedo prescindir de ti y eso es lo que hago. Y ahora, por favor, déjame que termine de comer en paz.

La sopa se había enfriado y el Almirante apartó el plato con un gesto de fastidio. Acercó el plato de pescado y se puso a comerlo. Fidel miraba furioso a su abuela y gruñía:

—¡Vaya si me has hecho un gran servicio!

—Muchacho, come y calla —le ordenó severamente el Almirante Mayor.

El joven teniente inclinó enfurruñado la cabeza.

Media hora más tarde, el joven Almirante Aznar cruzaba la puerta de cristales del iluminado vestíbulo de la Sala de Control y se identificaba ante el oficial de Seguridad. A continuación se dirigió a los vestuarios. Todo su equipaje era una ligera bolsa de cuero negro con una etiqueta en la que figuraban su nombre y grado.

La máquina “Karendón” había introducido curiosas modalidades en la vida de los valeranos, y una de tantas era su aplicación para efectuar viajes casi instantáneos a corta distancia. La última versión de la “Karendón” era la “Traslator”. Ésta era una “Karendón” corriente a la que se había aplicado un teletipo para el envío de información a distancia. La “Traslator” desmaterializaba al viajero, y a continuación enviaba por radio una información minuciosa sobre la forma en que estaban dispuestas las perforaciones en la cinta obtenida por la computadora. En otro lugar, una máquina perforaba una cinta idéntica a la que el viajero había dejado en la “Karendón” remitente, y sobre los datos de esta nueva cinta la segunda “Karendón” restituía al viajero a la forma que acababa de abandonar hacía un par de minutos. Así era de sencillo y original.

En la sala de vestuarios, Miguel Ángel Aznar abrió un armario metálico con su propia llave y extrajo de él la escafandra y las distintas piezas de una armadura de “diamantina”.

Las armaduras de “diamantina” solían construirse a la medida del individuo que tenía que utilizarla. Sin embargo, al ser todas sus piezas intercambiables, podía armarse con distintas medidas de tórax, de abdomen, de piernas y de brazos. Acolchadas interiormente podían ser calentadas o enfriadas para mantener el cuerpo a una temperatura constante. Llevaban un aparato de radio en miniatura y entre las dobles paredes del tronco se almacenaba una provisión de oxígeno para doce horas.

Lo conveniente, a fin de sentirse cómodo dentro de una armadura de “diamantina”, era desnudarse completamente y ponerse una prenda especial de hilo de algodón transpirable, consistente en “pantys” y camiseta ajustados. Pero como el Almirante sólo iba a utilizar la armadura para trasladarse a bordo del crucero “Pinto”, solamente se quitó la gorra, la guerrera y los zapatos, que guardó en la bolsa de viaje con la ropa especial no

utilizada en esta ocasión.

Metido en su sólida armadura, llevando la escafandra bajo el brazo y la bolsa en la mano, cruzó el pasillo y entró en la cámara de la “Karendón T”. La operadora era una mujer que vestía una bata blanca.

—Trasládeme al “Pinto”, es un crucero de la Armada.

La operadora se sentó ante la consola de la computadora. A mano tenía el libro registro de la Armada Sideral Valerana. Buscó en la hoja “P” el nombre de “Pinto” y tecleó en la máquina repitiendo los datos que figuraban a continuación de la nominación del crucero.

—Ya puede entrar en la cámara, Almirante. Buen viaje.

Llevando la escafandra y la bolsa de viaje, Miguel Ángel Aznar se deslizó por detrás de la pantalla y entró en la pequeña cámara, depositando la bolsa y la escafandra a sus pies. La máquina empezó a zumbar. Brilló un relámpago...

Para los viajeros en la “Karendón Traslator” el acto de ser desmaterializados y la restitución se confundían en uno solo. A continuación del relámpago, Miguel Ángel Aznar escuchó una voz que decía:

—Ya puede abandonar la cámara.

Miguel Ángel se inclinó, tomó la escafandra y la bolsa y se deslizó por detrás de la pantalla encontrándose en un lugar distinto; una habitación blanca de espacio reducido donde era esperado por la comandante Balmer y el segundo oficial. Por detrás de los dos oficiales vio un cartel sobre una puerta metálica: “Crucero ‘Pinto’. Bienvenido a bordo”.

—A sus órdenes, Almirante —dijo la capitana Berta Balmer llevándose los dedos a la visera galoneada de la gorra—. Bienvenido a bordo.

CAPÍTULO II

Viviendo su propio horario, que era distinto del tiempo de “Valera”, la tripulación se relevaba en las guardias, comía, dormía y se entregaba a los juegos de entretenimiento propios de la aburrida vida a bordo de un buque. En la cámara de derrota los operadores de radio permanecían atentos a cualquier señal procedente de Atolón. Pero la radio permanecía muda.

Viajando a 200.000 kilómetros por segundo, tanto la tripulación como los instrumentos del “Pinto” experimentaban el fenómeno conocido por “enlentización del tiempo”. Este fenómeno no podía ser advertido a bordo del crucero, donde la tripulación vivía en “su tiempo”. Pero en la Sala de Control de “Valera” la voz del operador de radio del “Pinto” era un sonido ronco, producido por la larga y como perezosa articulación de las palabras.

Para descifrar un mensaje hablado era preciso grabar la comunicación en cinta magnética, y pasar ésta de nuevo a una velocidad mayor.

De forma inversa, a bordo del “Pinto”, la voz del locutor de “Valera” se escuchaba en forma de rápido e ininteligible parloteo, siendo necesario grabar el mensaje para pasarlo de nuevo a una velocidad menor. Lo conveniente era utilizar el telégrafo por el sistema Morse más antiguo, de puntos y rayas sobre una tira de papel.

A bordo del “Pinto” la vida transcurría con toda normalidad. Viviendo su propio horario, que era distinto del tiempo de “Valera”, la tripulación se relevaba en las guardias, comía, dormía y se entregaba a los juegos de entretenimiento propios de la aburrida vida a bordo de un buque. En la cámara de derrota los operadores de radio permanecían atentos a cualquier señal procedente de Atolón. Pero la radio permanecía muda.

El rumbo que seguía el “Pinto” le apartaba cada vez más de la ruta por donde “Valera” se aproximaba al circumplaneta. Y el

crucero seguía acelerando, suave pero constantemente, en tanto que “Valera” proseguía su operación de frenado. Veinticuatro horas después de zarpar, el Almirante Aznar todavía no había declarado los fines de aquella misión que ya empezaba a parecer misteriosa.

Al reunirse con los oficiales para comer, Miguel Ángel Aznar pudo percibir cierta atmósfera de tensión en el ambiente. Un jefe debía poseer ciertas cualidades de psicólogo, y a este respecto Miguel Ángel Aznar era un jefe nato.

Los grandes ojos negros de la comandante Balmer estaban fijos en él con una expresión que el joven Almirante no podía dejar de advertir. Si no clarificaba las cosas en este momento alguien acabaría haciendo una pregunta más o menos directa, y entonces parecería como forzado a declarar sus intenciones.

—Ustedes estarán lógicamente intrigados acerca de la misión que estamos desempeñando —dijo el Almirante Aznar—. Bien, no es mi intención hacer de ello un misterio. La cosa es bastante simple, vamos a espiar lo que hacen nuestros amigos de Atolón procurando no ser descubiertos.

Los oficiales cambiaron entre sí una mirada de asombro.

—¿Por qué? —preguntó el capitán de fragata Fortuny, segundo de a bordo del “Pinto”. — ¿Significa eso que desconfiamos de nuestros amigos?

—Desconfiar no es la definición exacta —respondió el Almirante—. Yo definiría nuestra misión como simple medida precautoria, algo a lo que tenemos derecho, puesto que ha pasado mucho tiempo desde que nos marchamos, e ignoramos qué cosas han ocurrido en el circumplaneta en doscientos mil, o quizás quinientos mil años. En ese tiempo la sociedad de Hispania ha podido evolucionar hacia formas que nosotros no podemos ni siquiera imaginar. Por todo lo que he podido ver y oír en los programas de televisión de “Valera” y en las entrevistas a eminentes sociólogos, biólogos y psicólogos, los cambios ocurridos allá apuntan hacia un perfeccionamiento constante en la forma del pensamiento. Me pregunto por qué todos piensan que las cosas han tenido que ir a mejor, y no a peor en el circumplaneta. La Historia es una continua repetición de hechos sorprendentes. Sabemos de civilizaciones que se desarrollaron, alcanzaron su máximo esplendor, declinaron y desaparecieron sin apenas dejar rastro. El ejemplo más reciente lo tenemos en la

civilización bartpurana. Parecía imposible que una raza que había alcanzado tan alto nivel social, científico, filosófico y tecnológico pudiera desaparecer, y ya vimos lo que ocurrió. Arrollados por el vigor de una nueva raza de insectos gigantes, las “Mantis”, los bartpuranos quedaron reducidos a un pequeño número. Decidieron entonces ausentarse, se desmaterializaron en las máquinas “Karendón” y esperaron durante veinticinco mil años la llegada de una raza semejante a la suya, pero joven y llena de vitalidad, que infundiera renovado vigor a su sangre. Esa raza joven, ruda y fuerte, fuimos los valeranos. ¿Pero qué ocurrió? En el cruce entre la raza bartpurana y la terrícola, los rasgos predominantes no fueron los de la nación bartpurana, sino los del pueblo más joven, más vigoroso y numeroso, es decir, los nuestros. La nación bartpurana desapareció como unidad étnica, aunque sus apellidos se perpetuaran en nosotros.

—¿Piensa usted que la raza hispana pudo haber seguido el mismo camino, que haya desaparecido absorbida por otro pueblo invasor? —preguntó la comandante Berta Balmer con expresión incrédula.

—No lo sabemos. Cualquier cosa pudo haber ocurrido en el transcurso del tiempo. Pero aún en el más favorable de los casos, si la raza hispana ha sobrevivido al paso de los milenios, la gente que vamos a encontrar será muy distinta de la que dejamos al marchar. Tal vez nos rechacen... tal vez nos teman o quizá nos aplasten como seres peligrosos, portadores de una forma de pensamiento que ellos no pueden admitir en su evolucionada sociedad actual. Quizá no ocurra nada de esto y nos reciban con música y aclamaciones, ¿quién lo sabe? La realidad es que lo ignoramos todo respecto a ellos. Ha sido iniciativa personal mía el efectuar este vuelo de reconocimiento previo a la llegada de nuestro autoplaneta, y, en honor de la verdad, la idea no fue bien acogida por nuestro Estado Mayor. Inconscientemente hemos estado fomentando un sentimiento de inferioridad con respecto a los hispanos, de subordinación a todo lo que proceda del circumplaneta, y pienso que eso no es justo. Aunque estuviésemos un millón de años atrasados con respecto a los atolonitas, no hay razón para que hagamos renuncia de nuestra personalidad. Cada uno es como es. Yo, al menos, no me avergüenzo de mi condición de valerano,

aunque los hispanos me miren como a un salvaje rudo y primitivo. Rudos o ignorantes, también hemos realizados cosas grandes.

—Eso es verdad —dijo la comandante Balmer—. ¿Por qué nos sentimos acomplejados? Nadie es perfecto. Los atolonitas pueden ser muy inteligentes y haber desarrollado su cerebro hasta límites insospechados. A cambio de ello tal vez tengan la cabeza gorda y las piernas delgadas como palillos. De seguro sus mujeres no son tan hermosas, ni sus hombres tan fuertes y varoniles como los nuestros. Haber vivido medio millón de años más puede tener sus ventajas y sus inconvenientes.

La conversación de sobremesa continuó sobre el mismo tema, haciendo los oficiales cábalas sobre el aspecto físico de los atolonitas actuales, con lo cual no se añadía nada nuevo a las teorías largamente divulgadas por los científicos valeranos a través de los programas de televisión.

Antes de retirarse a su camarote, el Almirante Aznar giró una visita de inspección a la cámara de derrota acompañado de la comandante Balmer. El oficial de guardia era la capitana de corbeta María Serer, veintiocho años, rubia, de candorosos ojos azules, agraciada y soltera. Serer comunicó que seguían sin noticias del circumplaneta. La velocidad del “Pinto” era de 250.000 kilómetros por segundo y seguía aumentando.

—Paren los reactores —ordenó el Almirante—. Si los atolonitas tienen detectores de neutrinos apuntando al espacio no quiero que nos descubran. Sigán a la escucha, pero no utilicen la radio bajo ningún pretexto.

Miguel Ángel Aznar abandonó la cámara de derrota acompañado por la comandante Balmer. Sus camarotes eran contiguos.

—Tal vez no debiera preguntarlo, pero, ¿por qué me escogió a mí para esta misión? —preguntó la capitana Balmer al pararse ambos ante la puerta de su camarote—. ¿Hizo la selección al azar?

El Almirante la miró sonriendo.

—¿Es importante para usted el saberlo? —preguntó.

—En cierto modo sí. Me gustaría saber si ya se ha levantado mi condena, o si todavía sigo en el ostracismo. ¿Llegó a ver mi hoja de servicios?

—Sí. ¿Cuál fue el motivo de sus diferencias con el almirante MacLane?

—¿De verdad quiere saberlo?

—Bueno, no es que me importe. Pero algo muy serio tuvo que ocurrir para que se desestimara su propuesta al grado inmediato. Usted debería ser ahora una contralmirante. Una mujer que ha hecho méritos para ascender y se ha quedado en comandante es para mí una buena garantía.

—Tal vez no piense lo mismo si le digo cuál fue el motivo de mi disputa con MacLane. Le llamé “lameculos”.

—¡Caramba! —exclamó Miguel Ángel sorprendido—. ¿Y eso por qué?

—Por su servilismo al Almirante Aznar. Todo el mundo sabe que la brillante carrera de MacLane se debe en buena parte a su amistad personal con los Aznar. MacLane en cambio presume de ser un hombre que se ha hecho a sí mismo. No pude contenerme y se lo espeté. MacLane le fue con el cuento al Almirante Mayor. No hubo consejo, porque no podía haberlo. Pero marcaron mi hoja de servicios y me condenaron al ostracismo. Supongo que esperaban que abandonara la Armada... la verdad es que estuve a punto de pedir mi traslado al Ejército, pero poco hubiese ganado con el cambio. El Almirante Aznar es a su vez Comandante Jefe del autoplaneta y su sombra se proyecta igualmente sobre las decisiones del Generalato. Así que opté por quedarme donde estaba y sufrir mientras pudiera resistirlo. ¿Comprende por qué me sorprendió que usted me designara expresamente para participar en esta misión?

—Sí, me hago cargo.

—Tal vez ahora esté arrepentido —apuntó Berta Balmer.

—Cualquiera que sean sus diferencias con MacLane supongo que no afectarán a sus condiciones de oficial de la Armada. No se es más o menos eficiente porque uno esté de acuerdo o disienta de la política del Almirante Mayor, ¿verdad?

—Eso lo dice usted porque es hijo del Almirante Mayor. Si en lugar de llamarse Aznar se llamara Balmer o Gutiérrez no pensaría lo mismo. Eficiente o no, su camino hasta el almirantazgo hubiese sido más penoso.

—¿Quién sabe? Puede que tenga usted razón —murmuró Miguel Ángel pensativamente. Luego, con cierta sequedad, añadió—: Hasta mañana, buenas noches, comandante.

Miguel Ángel Aznar entró en su camarote, cerró la puerta y se desnudó para ponerse el pijama. Encendió la lamparilla de lectura, tomó un libro y se acostó. Pero el libro no consiguió interesarle, y en cambio seguía pensando en las palabras de la capitana Berta Balmer.

Se preguntó cuál habría sido su destino, si en lugar de ser hijo del Almirante Mayor se llamara Balmer, o Pérez, o de cualquier otra manera. Tal vez fuera entonces un oscuro oficial o tal vez ni siquiera perteneciera a la Armada. Los reproches de Berta Balmer no estaban faltos de razón. El nacimiento solía ser la mayoría de las veces un factor determinante en el destino de los hombres. A iguales méritos, su camino hasta el Almirantazgo habría estado sembrado de obstáculos. Como lo había estado para Berta Balmer. En cambio, para él todo fue relativamente sencillo. No era mejor que otros, pero sus actos y sus pequeños éxitos estaban más a la vista de los demás, porque su padre era el Almirante Aznar.

Tiró el libro, apagó la lamparilla y siguió pensando, en la oscuridad, hasta que insensiblemente quedó dormido.

Al comparecer el Almirante en el comedor al día siguiente, para desayunar en compañía de los oficiales francos de servicio, el “Pinto” había recorrido otros quince mil ochocientos millones de kilómetros desde la noche anterior. A una distancia aproximadamente igual se encontraba el circumplaneta.

Hacía mucho tiempo, cuando los valeranos descubrieron el circumplaneta, fueron sorprendidos por sus gigantescas dimensiones y su increíble belleza.

Lo que vieron los valeranos fue un anillo de materia solidificada, algo parecido a la llanta de un carro girando lentamente alrededor de su eje, que era ocupado por una magnífica estrella amarilla.

Todos los puntos del circumplaneta distaban ciento noventa millones de kilómetros del centro del Sol, siendo su diámetro de trescientos ochenta millones de kilómetros en números redondos. El ancho de la plataforma que formaba el anillo tenía diez millones de kilómetros, y el perímetro total de ésta, mil ciento noventa y tres millones, doscientos mil kilómetros. La superficie del anillo iluminada por el Sol (la parte interior del anillo) sumaba once mil novecientos treinta y dos BILLONES de kilómetros cuadrados, que equivalía a veintitrés millones, quinientas sesenta mil, cuarenta y

siete veces la superficie de la Tierra.

Los astrofísicos valeranos calcularon a groso modo que la superficie del circumplaneta era capaz para albergar a una Humanidad de ¡doscientos billones de seres!

Pero cuando los valeranos llegaron al circumplaneta estaba desierto.

Una raza varias veces milenaria, los bartpuranos, había habitado el circumplaneta hasta unos 25.000 años antes que llegaran los valeranos. La historia de esta super-raza era tan fabulosa, que algunos de sus episodios jamás fueron creídos por los terrícolas.

Los bartpuranos se adjudicaban el mérito de haber sido los portadores de la vida a un gran número de planetas, entre ellos probablemente la Tierra. Cruzando en todos sentidos el Universo en sus cosmonaves, los astronautas bartpuranos inseminaban la vida, aportando las bacterias se destruían la roca y formaban la tierra vegetal, o sembrando donde ésta existía las semillas y esporas de sus plantas. En otras partes manipulaban los genes en las especies animales, alumbrando la llama de la inteligencia.

Después de viajar de un lado a otro, cuando ya habían explorado todo el Universo, los bartpuranos se reunieron para proyectar una obra gigantesca. Tal obra consistió en crear un gran planeta, un hiperplaneta capaz para una nación que se calculó llegaría a rebasar los doscientos billones de almas.

Semejantes a dioses mitológicos, los bartpuranos pusieron manos a la tarea, y reuniendo la materia dispersa en el espacio, a veces creando esa misma materia, formaron su circumplaneta.

Durante milenios los bartpuranos habían mantenido un severo y obligado control de la natalidad. Pero irónicamente, en el momento que iban a dedicarse a la procreación libre y espontánea, la raza entró inesperadamente en una regresión genética. Los casos de esterilidad aumentaban alarmantemente, disminuyendo en igual proporción el número de nacimientos. Pero, pese a todo, la extinción total de la raza no amenazaba de inmediato a los bartpuranos, era un problema a larga fecha...

Lo inmediato y dramático fue la repentina mutación de una especie de insectos, las "Mantis", que se desarrollaron alcanzando un tamaño descomunal.

Las "Mantis" eran unos insectos sociales que habían desarrollado

a su modo una civilización primitiva, pero organizada. Estos insectos poseían una aptitud asombrosa para adaptarse al medio ambiente. Eran fuertes, feroces, y no estaban condicionados por ningún precepto de tipo filosófico. Se reproducían en cantidades fabulosas, y su voracidad y su tamaño los hacía audaces como no lo habían sido antes.

Las “Mantis” empezaron a atacar las ciudades bartpuranas. Acudían de todas partes en manadas y devoraban cuanto encontraban, destruyendo salvajemente lo que no podían triturar con sus formidables mandíbulas. ¿Cuál fue la actitud de los bartpuranos frente al ataque de las “Mantis”?

La filosofía bartpurana se había desarrollado por el camino de una exquisita espiritualidad, abandonando desde hacía milenios toda idea de violencia. Aunque sus vastos conocimientos científicos les habrían permitido acabar con las “Mantis” en poco tiempo, su respeto casi religioso hacia cualquier forma de vida les impedía recurrir a las armas o a cualquier otro medio de destrucción en masa. Aunque tosca y primitiva, también las “Mantis” tenían inteligencia. Los bartpuranos no hacían distinciones entre humanos y “no humanos”. En su estricta moral la vida era respetable siempre, no importaba si el portador de la vida era un hombre o una pulga.

Los bartpuranos no lucharon con las “Mantis”. Por espacio de varios siglos se defendieron de la agresividad de los insectos oponiéndoles murallas electrónicas, ondas gravitacionales y otros mil ingenios, con lo cual sólo consiguieron retrasar su inexorable fin. Las “Mantis” aprendían con rapidez y empezaban a desarrollar sus propias armas, con lo cual sus ataques eran cada vez más violentos y sangrientos.

Finalmente, reducidos a cincuenta millones, los bartpuranos optaron por una decisión heroica antes de ser totalmente exterminados. Se desmaterializaron en las máquinas “Karendón”. Los rollos de cinta perforada de oro obtenidos de la desmaterialización de los últimos supervivientes se ocultaron en lugares secretos junto con las “Karendón” que les devolverían a la vida en un lejano futuro. Casi desde que empezaron los ataques de las “Mantis” los bartpuranos estuvieron lanzando al espacio un mensaje destinado a atraer a su planeta a cualquier civilización

inteligente que alcanzara a recibirlo y descifrarlo.

Este enigmático mensaje, emitido en forma de partículas de alta energía, fue recogido por los valeranos cuando, después de luchar contra los “Eternos” de Redención, acababan de declararse república independiente y volaban sin rumbo determinado en su pequeño autoplaneta. Los valeranos llegaron al circumplaneta y lo encontraron habitado por los insectos gigantes. Más tarde tuvieron conocimiento de la existencia de la desaparecida raza bartpurana, descubrieron las máquinas “Karendón” y las hicieron funcionar devolviendo a la vida a los últimos bartpuranos. Los valeranos no sintieron ninguna clase de escrúpulo respecto a las “Mantis” y emprendieron contra los insectos una campaña de aniquilación total. Sobre los territorios arrebatados a las “Mantis” asentaron su nueva colonia, a la que llamaron Nueva Hispania. La colonia se transformó al poco tiempo en próspero estado. El primer hijo de terrícolas nacido en el hiperplaneta fue Miguel Ángel Aznar Bogani, primogénito del Senador y ex Almirante Mayor de “Valera”, don Miguel Ángel Aznar.

Después de desayunar, el Almirante Aznar se dirigió a la cámara de derrota, donde se encontraba la comandante Balmer.

La cámara de derrota era una sala de planta rectangular de veinte metros de largo y doce metros de ancho. Hasta tres metros de altura los muros eran verticales, y a partir de este punto formaban un plano inclinado 45 grados hacia el interior hasta unirse al techo. Estos cuatro planos inclinados, así como el techo, estaban totalmente cubiertos por grandes pantallas de televisión. Los muros aparecían ocupados por complejos cuadros de instrumentos de medida y control, otras pantallas de televisión pequeñas, armarios y conmutadores, destacando por sus dimensiones los paneles luminosos y las unidades de memoria de la computadora principal. Una plataforma, llamada puente de mando, se levantaba en el centro geométrico de la sala a un metro de altura del suelo. Delante y detrás de esta plataforma se alineaban tres filas de consolas atendidas por sargentos controladores.

Al entrar en la sala el Almirante Aznar, la comandante Berta Balmer abandonó el puente y vino a su encuentro. Señaló la gran pantalla trapecial de proa.

—Bien, ahí está Atolón —dijo.

Miguel Ángel echó atrás la cabeza y miró a la pantalla.

Después de dar un rodeo, el crucero “Pinto” se aproximaba al circumplaneta por el borde exterior. El circumplaneta era un mundo insólito. El sol sólo iluminaba las tierras situadas en la cara inferior del anillo, reinando allí un día eterno. En la cara posterior del anillo ocurría todo lo contrario. Los rayos del sol jamás iluminaron las desoladas llanuras de hielos perpetuos.

El circumplaneta era un mundo tropical y los continentes situados en la cara interior del anillo habrían sido inhabitables, de no estar moderada la temperatura por la acción refrigerante de los hielos de la cara posterior. De hecho, Atolón era un mundo de violentas tormentas y huracanes, existiendo un continuo intercambio de masas de aire caliente que iban por la parte alta de la atmósfera en dirección a los bordes de la plataforma, mientras de la región de los hielos soplabla una corriente de aire frío a baja altura, los alisios, que traían la lluvia y mitigaban el calor.

Desde la posición del “Pinto” la parte oscura del circumplaneta ocultaba casi totalmente el resto, y Atolón aparecía en forma de un fino arco dorado de increíble belleza.

—Es hermoso —murmuró el Almirante emocionado. Y como para justificarse añadió—: Yo nací allí.

—Yo también —dijo la comandante Balmer.

En este momento se escuchaba el intermitente pitido del telégrafo. El Almirante se dirigió al operador telegrafista y leyó por encima del hombro de éste la nota que iba escribiendo.

“Nodriz a Pinto. El Almirante Mayor se dirige a Atolón al frente de la 22 División. Pereira.”

En “Valera” debían haber transcurrido tres días mientras los tripulantes del “Pinto” vivían uno solo. Aquel mensaje llegaba a la antena del crucero después de haber empleado horas en surcar el enorme abismo que les separaba.

El Almirante se volvió hacia la comandante Balmer y dijo:

—Iniciaremos la operación de frenado a diez mil millones de kilómetros de Atolón. Eso será aproximadamente a las trece. A partir de ese momento quiero que todo el mundo se equipe con su armadura de vacío.

—Sí, Almirante —dijo Berta Balmer.

El resto de la mañana transcurrió en medio de una creciente

tensión. El “Pinto”, con los reactores nucleares parados, recorría en una hora novecientos millones de kilómetros, utilizando el impulso que había cobrado en las primeras horas de viaje. En estas condiciones era sumamente difícil, casi imposible, que pudieran descubrirlo desde el circumplaneta. Pero al poner de nuevo en marcha sus reactores gemelos el “Pinto” se descubriría a sí mismo, pues todavía no se había encontrado un medio de evitar que la fisión nuclear de un reactor atómico liberara partículas neutrónicas.

El Almirante Aznar permaneció toda la mañana en la cámara de derrota. A las doce se efectuó el relevo de la guardia y el Almirante se dirigió al comedor en compañía de Berta Balmer.

—Es extraño que a esta distancia del circumplaneta no nos hayamos encontrado todavía con una patrulla de Nueva Hispania. Nuestros amigos parece que se han vuelto muy confiados —dijo el capitán Fortuny, y miró al Almirante Aznar como esperando la aprobación de éste.

Pero el Almirante parecía aquella mañana taciturno y como preocupado. El comentario de Fortuny no encontró el eco esperado.

Después del almuerzo los oficiales fueron en busca de su equipo de combate. A las 13, el oficial de máquinas puso de nuevo en marcha los reactores nucleares del buque, iniciándose la larga desaceleración que debería llevar al “Pinto” hasta las proximidades del circumplaneta.

Lo mismo que durante la mañana, la tarde fue una larga y tensa espera, atentos al periscopio, al radar y al mudo receptor de radio. No se produjo modificación durante la noche, ni la comandante Balmer tuvo novedades que aportar cuando el Almirante se presentó en la cámara de derrota a la una de la mañana. La velocidad del “Pinto” era entonces de 100.000 kilómetros por segundo, y seguía disminuyendo.

—Quiero llegar al circumplaneta mañana al mediodía —dijo el Almirante.

Se retiró a su camarote y se despojó de la armadura con gran alivio. Se acostó, estaba cansado y quedó dormido casi tan pronto como puso la cabeza en la almohada.

Tuvo la sensación de que acababa de dormirse cuando le despertó el insistente timbre del teléfono. Encendió la lamparilla y tomó el reloj de pulsera que estaba sobre la mesilla.

Eran las seis de la mañana. El término “mañana” o “noche” se utilizaba a título puramente indicativo, pues no había ni mañana ni noche alrededor del buque, sino la perpetua oscuridad del frío vacío espacial. Cogió el teléfono y escuchó la voz de la comandante Balmer.

—Almirante, nuestro detector de neutrinos señala la presencia de una numerosa fuerza sideral.

—¿Viena hacia nosotros?

—No, señor. Se aleja del circumplaneta saliendo al encuentro de la División de cruceros. Eso al menos es lo que parece.

—Acudo en seguida —dijo el Almirante.

Dos minutos después entraba en la cámara de derrota en mangas de camisa. La comandante Balmer estaba de pie detrás del sargento operador. Miguel Ángel se acercó y miró a la pantalla del detector de neutrinos.

Los neutrinos eran partículas de masa prácticamente nula, resultantes de la fisión del átomo en una pila nuclear. Se desplazaban a la velocidad de la luz y lo atravesaban todo, por lo que era imposible detenerlos ni con las más gruesas corazas de plomo. El problema de un detector de neutrinos era que podía indicar la dirección de la fuente emisora de ellos, pero no la distancia. Solamente la experiencia del manipulador del aparato era capaz de calcular la distancia dentro de grandes márgenes de error, y aun esto cuando la fuente de origen se encontraba relativamente cerca.

En la negra pantalla del detector, el flujo de neutrinos era como un chorro continuo de líneas muy finas y puntos de luz. Los puntos luminosos eran los neutrinos golpeando en frente y las líneas de fuga los neutrinos que pasaban de largo. Estas líneas eran el único punto de referencia de que disponía el experto operador para calcular la distancia.

—¿A qué distancia calcula que se encuentran esos reactores? —preguntó el Almirante Aznar.

—Entre cuatro mil y seis mil millones de kilómetros diría yo. Se mueven muy aprisa, y son muchos —dijo el sargento.

—¿Qué número calcula usted?

—Es difícil precisarlo, señor.

—No quiero que me diga el número exacto, sólo aproximado.

—Entre diez y veinte mil tal vez.

—O sea, el doble de nuestra División de cruceros. El triple o el cuadrúpedo en el peor de los casos —murmuró el Almirante acariciándose la barbilla—. ¿Seguimos sin recibir ninguna comunicación por radio?

—Ninguna —contestó la comandante Balmer.

—Eso no es normal. Si una fuerza sideral sale al encuentro de nuestra División de cruceros, lo correcto es que se anuncie con la debida anticipación. No me gusta esto. Naturalmente, nos habrán descubierto con sus detectores de neutrinos.

—En este momento nos movemos con los reactores parados. Usted dijo que quería llegar al circumplaneta al mediodía, por lo tanto tenemos que aprovechar el impulso que llevamos y frenar más tarde. Si nos han descubierto ha tenido que ser antes que paráramos las máquinas.

—¿Seguimos con el radar apagado?

—Como usted ordenó.

—Bien, vamos a continuar así y veremos que ocurre.

En este momento entraban los tripulantes para efectuar el relevo del segundo cuarto de guardia. El Almirante envió a Berta Balmer a descansar y permaneció en el puente de mando hasta las ocho. Los reactores nucleares del “Pinto” se pusieron de nuevo en marcha para frenar la velocidad del buque por medio de la enérgica aplicación de las ondas gravitacionales.

El Almirante abandonó momentáneamente la cámara de derrota para ir a desayunar y luego a afeitarse y equiparse de nuevo con la armadura de “diamantina”.

De regreso en la cámara de derrota ordenó encender el radar. La fuerza sideral que había salido del circumplaneta al encuentro de la 22 División de cruceros se encontraba a una distancia calculada aproximadamente entre mil y dos mil millones de kilómetros. Avisar de su presencia a la fuerza de cruceros no habría tenido objeto, pues el almirante Corrochano tardaría menos tiempo en descubrirlo a través de sus detectores de neutrinos. Es decir, la División de cruceros no podía ser sorprendida pero lo que ocurriera cuando se encontrara con la fuerza sideral procedente de Atolón preocupaba a Miguel Ángel.

A bordo del “Pinto” la tripulación estaba pendiente de los

delicados instrumentos de navegación. El circumplaneta estaba a corta distancia, pero no era visible en las grandes pantallas de televisión. El crucero se acercaba a Atolón por la parte en sombras para rodar todo el grueso del anillo y aparecer por el lado iluminado por el Sol.

A las doce apareció la comandante Balmer. Todos los oficiales se encontraban en este momento en la cámara de derrota. El “Pinto” modificó su rumbo para dirigirse al borde del anillo. El Sol asomó por el borde de la plataforma. El “Pinto” volaba sobre la zona de transición atravesando las altas capas de la atmósfera. Diez millones de kilómetros de tierras estériles, cubiertas de musgos, de ventisqueros y páramos, se extendían bajo los pies de los silenciosos astronautas. El circumplaneta era enorme. Los colonos de Nueva Hispania solían contabilizar solamente el territorio que se encontraba en la cara interna del anillo, desdeñando las dos coronas circulares de los lados del anillo, que sumaban más del doble de todos los continentes y océanos iluminados directamente por el Sol.

La velocidad del “Pinto” era todavía de 3.000 kilómetros por segundo, por lo que sólo iba a emplear una hora en volar la distancia de 10.000.000 de kilómetros de la zona de transición. En efecto, una hora después el Almirante recomendaba a Berta Balmer reducir la velocidad a 1.000 kilómetros/segundo.

Estaban sobre el borde de la plataforma, con el Sol brillando de frente en el centro de la gran pantalla trapecial de proa. De haber continuado en aquel rumbo se habrían alejado del circumplaneta en dirección al Sol. El buque bajó la proa y el brillante Sol se desplazó de lugar para ocupar el centro de la larga pantalla rectangular en el techo, directamente encima de la plataforma del puente.

El crucero rebasó el borde de la plataforma. En este momento se encendió en la lejanía una luz potente, enceguedora, que puso totalmente blanca la pantalla trapecial de proa.

¡Era una deflagración nuclear!

Simultáneamente brotaba del altavoz el aviso frío e impersonal del serviola robot:

—¡Atención, serviola de proa al puente. Dos aeronaves sin identificar en la marcación Cero Uno Cinco! ¡Distancia trescientos mil kilómetros!

CAPÍTULO III

El oficial de guardia era el capitán Fortuna, que estaba en la plataforma de guardia cuando el capitán Balmer y el Almirante Aznar se encontraban junto al operador de radar. El Almirante se volvió con rapidez y echó un vistazo a la pantalla.

—Dos aeronaves en el rumbo Cero Uno Cinco —dijo el operador confirmando la información del serviola automático.

Miguel Ángel Aznar vio los dos puntos de luz cerca de en medio de la pantalla. Las aeronaves volaban una junto a otra.

—¿Estamos emitiendo nuestra señal de identificación electrónica? —preguntó el Almirante poniendo su mano sobre el hombro cubierto de “diamantina” del radarista.

—Sí, señor.

El serviola robot repitió su información y a renglón seguido fue el operador de radio quien informó:

—¡Señales de radio!

El Almirante y la comandante Balmer se acercaron al operador de radio. Éste miraba las curvas de frecuencia en una pequeña pantalla negra. Hizo un ajuste en los botones de control.

—¿Puede sintonizar esa frecuencia, sargento? —interrogó el Almirante.

—No modulan, señor. Emiten impulsos como los utilizados para accionar elementos mecánicos, posiblemente un teleprint.

El Almirante se volvió hacia Berta Balmer.

—Comandante, toque a zafarrancho de combate.

—¿No deberíamos agotar todos los recursos para intentar comunicarnos con ellos? —insinuó la comandante.

—Mí querida señora. A mil kilómetros por segundo y a una distancia de trescientos mil kilómetros tardaremos sólo cinco minutos en estar sobre ellos, agotaremos esos recursos después.

Berta Balmer apretó los labios, se volvió hacia el puente y gritó:

—¡Capitán, toque a zafarrancho de combate!

El capitán Fortuny pareció sorprendido. A continuación afirmó con la cabeza y oprimió resueltamente un botón rojo de la pequeña consola adosada al brazo de la butaca. De los altavoces de la cámara de derrota, y simultáneamente en todas las dependencias del buque, brotó el rugido estentóreo de un claxon de alarma.

La formidable máquina de guerra se puso en acción.

En las bodegas, departamento de máquinas y de torpedos, pasillos y escaleras, se cerraron automáticamente las sólidas puertas de acero de los compartimientos estancos. Los tripulantes francos de servicio saltaron de sus camas, abandonaron libros y juegos, dejaron lo que tenían entre manos y corrieron a enfundarse en sus armaduras de “diamantina”.

En la cámara de derrota la comandante ajustaba la escafandra al escote de su armadura y se dirigía rápidamente al puente de mando.

El Almirante, todavía con la cabeza descubierta, acercó un micrófono a sus labios y habló:

—Atención. Habla el Almirante Aznar de la Armada Sideral Valera. A las dos naves que están frente a nosotros a trescientos mil kilómetros. Por favor identifíquense. Éste es el crucero “Pinto” en misión de descubierta. Procedemos del autoplaneta “Valera”, de regreso a Atolón. Repito, identifíquense. Sólo disponemos de tres minutos. ¡Identifíquense!

Esperó con el micrófono en la mano.

—No contestan, señor —dijo el operador de radio.

—Siga intentándolo. Si contestan avíseme —dijo Miguel Ángel abandonando el micrófono sobre la consola del operador.

Varios tripulantes entraron en tropel, la mayoría vestidos a medias con sus armaduras de vacío. En medio del ruido que metían los controladores al dirigirse a sus puestos de combate, el Almirante tomó su escafandra y fue a sentarse junto al piloto, teniendo a sus espaldas la plataforma del puente. El piloto era el teniente Artigas, que estaba calándose la escafandra. Miguel Ángel se ajustó la suya al escote, sacó una clavija de la consola del piloto y la insertó en un enchufe de su propia armadura.

Casi inmediatamente oyó la voz de la comandante en los audífonos del interior de su escafandra.

—Buque en orden de combate. Almirante Aznar, ¿qué hacemos ahora?

—Ponga en el aire dos grupos Delta y despléguelos a ambos lados. Esperaremos un poco por si ellos contestan. Tal vez nuestra actitud decidida les anime a contestar. Y tenga preparados también los torpedos.

El Almirante Aznar se mordió el labio en la breve pausa mientras salían los caza-interceptores “Delta”. Conocía la tremenda potencia ofensiva de su buque, ¿pero cuál sería la fuerza del potencial enemigo?

El crucero “Pinto”, como todos los de su clase, era portador de diez torpedos especiales. Cada uno de estos torpedos contenía un millar de caza-interceptores “Delta” miniaturizados. Las dimensiones del caza-interceptor “Delta” eran 10 metros de largo por 7 metros de envergadura. La máxima altura era sólo un metro y medio y su largo y estilizado fuselaje no tenía en ningún punto más de un metro de grosor. Pero en su forma “reducida” no era mucho más grande que un lápiz.

El proceso de miniaturización se obtenía por medio de la compresión de los espacios vacíos existentes entre las partículas subatómicas. Las armas sometidas a este proceso se construían a escala normal y se “comprimían” después. En su nuevo estado se caracterizaban por su extrema inestabilidad. La estructura atómica, forzada a aproximar sus partículas, tenía la tendencia a recobrar el espacio que ocupaba antes.

La aplicación de este invento a la guerra había supuesto un aumento sustancial de la capacidad de transporte de las aeronaves. Los torpedos de combate de cabeza nuclear eran grandes, de diez metros de longitud, y ocupaban mucho espacio. Si una aeronave de guerra cargaba cien torpedos normales, a partir de la aplicación del invento el mismo buque podía llevar el mismo número de torpedos, pero cada uno de ellos llevaba diez mil torpedos miniaturizados, reducidos al tamaño de cigarros. Estos torpedos portadores de torpedos se conocían con el nombre de “paquetes”.

Los caza-interceptores “Delta” se lanzaban al espacio en “paquetes”, de forma idéntica a los torpedos. Una vez fuera del buque lanzador, los “paquetes” se rompían desparramando cada uno un millar de “Deltas” miniatura, que inmediatamente se

esponjaban recobrando su tamaño normalizado. Los cruceros de la clase STELAR solían lanzar dos mil “Deltas” en dos “paquetes”, conservando otros ocho mil en reserva para lanzarlos posteriormente, según lo requirieran las necesidades del momento y la estrategia del combate.

Una vez recobrado su tamaño normal, los “Delta” eran operativos. Desde el buque lanzador eran dirigidos por control remoto.

El caza-interceptor “Delta” era un arma ligera, de costo relativamente bajo, de tremenda eficacia y extraordinaria versatilidad. Impulsados por un haz de “luz sólida” se movían a enormes velocidades, siendo capaces de aceleraciones fulgurantes, desaceleraciones bruscas y rápidos cambios de dirección. Cada aparato montaba 500 proyectores de “luz sólida” que se apuntaban automáticamente haciendo 60 disparos por segundo. No eran aparatos para ser tripulados por el hombre. Sin embargo, se había previsto esta eventualidad disponiendo para ello una pequeña cabina y los mandos apropiados. El Ejército los utilizaba como aparatos de observación y dirección de tiro.

—Oficial de Control a puente. Dos grupos Delta en el espacio — anunció una voz a través del teléfono.

El Almirante Aznar levantó los ojos hasta la gran pantalla de televisión trapecial, viendo todo el espacio por delante del “Pinto” lleno del chisporroteo azulado de los “Delta” que se metamorfoseaban recobrando su tamaño normal.

—Operador de radio. ¿Contestan? —preguntó el Almirante.

—No, señor.

—¡Atención, serviola de proa al puente! ¡Dos aeronaves sin identificar en la marcación Cero! ¡Distancia sesenta mil kilómetros!

—¡Hagan callar a ese serviola! —gritó Miguel Ángel irritado—. Conecten telémetro a pantalla de proa. Quiero ver a esos tipos silenciosos.

—Serviola desconectado.

—Contacto visual en pantalla de proa.

El Almirante levantó los ojos hacia la gran pantalla de forma trapecial. El equipo telemétrico, provisto de óptica de largo alcance, daba también imágenes en color y relieve. Miguel Ángel vio en la pantalla dos esferas grises del tamaño de balones de fútbol con unos

extraños símbolos de gran tamaño pintados en su superficie. Los indescifrables símbolos sirvieron al menos para advertir algo que le sorprendió al principio.

Las esferas estaban girando lentamente sobre sí mismas.

Tenían un aspecto compacto, sólido, y parecían bastante grandes.

—¡Vaya cosa más rara! —murmuró para sí. Y luego, levantando la voz, preguntó—: Oficial de observación. ¿Qué tamaño tienen esas esferas?

La respuesta tardó un poco en llegar.

—Aproximadamente mil metros, señor. Un poco menos quizás.

El “Pinto” sólo medía 40 metros de eslora. En proporción las esferas (o los cilindros) eran veintidós o veintitrés veces mayores. El Almirante sintió que le faltaba el aliento.

Mientras Miguel Ángel miraba vio llenarse el espacio alrededor de las aeronaves de pequeños puntos de luz chisporroteante. ¡Las esferas estaban lanzando torpedos o cazas miniaturizados!

—¡Oficial de observación a puente! ¡El enemigo está lanzando torpedos o cazas miniatura!

El Almirante sintió súbito frío. La confrontación no había podido evitarse después de todo. ¿Pudo haberse hecho algo más? ¿Huir tal vez? No había tiempo para hacerse preguntas. La vida propia del Almirante, la de la tripulación, la supervivencia del buque estaban comprometidos. Las aeronaves esféricas estaban lanzando al espacio sus armas miniaturizadas. Mientras tanto el primer grupo de “Deltas” se encontraba en el aire dispuesto para entrar en combate.

“¡El diablo les lleve!” —pensó Miguel Ángel Aznar. Luego ordenó en voz alta:

—¡Ataquen con el primer grupo! Aprovechemos esta pequeña ventaja, comandante Balmer... ¡Y lance los restantes grupos! Y los torpedos... ¡Eche fuera todo lo que tenga, los torpedos anti-materia también!

Los torpedos anti-materia eran la última arma incorporada a los medios de combate de la Armada Sideral Valerana. Pese a su enorme poder destructor y su bajo costo no era posible su utilización en masa. Adolecían del defecto de no poderse construir como los demás torpedos, ni reducirse de tamaño ni almacenarse como éstos.

El torpedo anti-materia era antagónico del universo material, no podía coexistir con la materia. En contacto con ésta era aniquilado, el simple contacto con el aire lo hacía detonar. Un volumen de un metro cúbico de anti-materia volatilizaba igual volumen de materia. Pero la energía liberada de los dos volúmenes tenía un poder destructor inmenso, mucho mayor que la energía liberada de un volumen igual de plutonio, porque materia y anti-materia se aniquilaban totalmente, brutalmente, hasta la última e infinitesimal partícula.

Pero el torpedo anti-materia no podía fabricarse con los medios convencionales, ni en contacto con el aire. Los científicos valerosos habían encontrado un medio ingenioso de construirlos utilizando un modelo de “Karendón” modificada, a la que llamaron “Karendón Mutante”. Esta máquina creaba anti-materia en el interior de una cámara especial, donde el torpedo se mantenía alejado de las paredes por medio de campos magnéticos de fuerza. Materializado en el interior de una especie de túnel cilíndrico, el torpedo anti-materia se propulsaba y dirigía por medio de ondas gravitacionales, siendo operativo en el mismo instante que era materializado.

La serie de cruceros siderales “Stelar” modificados montaban dos “Mutantes” a proa, con una cadencia de producción de cuatro torpedos por minuto y máquina. Y aunque era poco, la enorme efectividad de estas armas superaba la desventaja de su corto número. Un torpedo anti-materia solía ser suficiente para partir un crucero sideral en dos. Pero las esferas eran mucho más grandes que un crucero sideral “Stelar”.

—Almirante a piloto —dijo Miguel Ángel—. Programe un salto hacia arriba seguido de una aceleración a toda máquina. Pasaremos por encima de esas esferas...

—Comandante a Almirante Aznar —intervino la voz de Berta Balmer—. Puesto que soy la comandante de este buque, ¿puedo saber qué se propone hacer?

—Sería absurdo pretender hacer frente a esas aeronaves. Son dos, una sola de ellas varias veces mayor que nuestro buque. No tenemos la menor probabilidad de vencerles, nuestra salvación está en la huida.

—Atención, torpedos —dijo una voz a través de la línea telefónica.

El Almirante levantó los ojos hacia la pantalla de proa.

Cada minuto que transcurría estaban más cerca unos de otros y los aumentos del telescopio aproximaban la imagen como si las esferas se encontraran solamente a pocos kilómetros de distancia. Las armas miniaturizadas lanzadas por las esferas no eran caza-interceptores sino torpedos. Miguel Ángel podía verlos perfectamente cuando acababan de metamorfosearse, en aquel breve instante en que, adquirido su tamaño natural, quedaban inmóviles en el espacio antes de poner en marcha sus motores cohete. ¿Por qué no lanzaban sus cazas miniaturizados?

—Vamos a salir como podamos de este atolladero, Balmer, —dijo Miguel Ángel Aznar—. Lance los torpedos anti-materia y forme el túnel con nuestros cazas para protegerlos. Mientras están entretenidos con nuestra jauría nos pondremos a salvo.

—Como usted ordene —contestó la comandante sin mucho entusiasmo.

Mientras la comandante dictaba las órdenes, Miguel Ángel seguía, a través de la gran pantalla de televisión, la carga de los “Delta” contra las esferas. Los dos mil caza-interceptores hicieron jugar sus proyectores de “luz sólida”.

Millares de torpedos, formando una compacta nube bajo la luz de los proyectores del “Pinto”, se pusieron en marcha saliendo al encuentro de los “Delta”. Los cazas valeranos esgrimieron rapidísimamente sus millares de proyectores, atravesando de parte a parte a los torpedos de vanguardia...

Mientras los torpedos explotaban en enormes globos de fuego, los “Delta” ejecutaron una maniobra largamente utilizada. Se elevaron bruscamente y pasaron por encima de la nube de torpedos disparando simultáneamente con los proyectores alojados bajo las alas y en la parte inferior del fuselaje. Otros millares más de torpedos fueron destruidos, pero los “Delta” no pudieron con todos. Ahora los torpedos supervivientes tenían expedito el camino hasta el “Pinto”...

Pero el “Pinto” ya había largado sus “paquetes” y todo el espacio alrededor del buque se encendía con el chisporroteo de doscientos mil torpedos y ocho mil cazas “Delta” que se metamorfoseaban recobrando su tamaño natural. Los torpedos del “Pinto” acabaron de metamorfosearse y encendieron sus motores saliendo como

exhalaciones al encuentro de los torpedos antagonistas.

—¡Sigan lanzando... sigan lanzando! —apremió Miguel Ángel Aznar.

Veinte “paquetes” más fueron lanzados al espacio y se abrieron dejando escapar doscientos mil nuevos torpedos. Los cazas “Delta” estaban formando ante la proa del crucero. En la proa del “Pinto” las “Karendón Mutantes” restituyeron dos grandes cilindros de piedra de diez metros de diámetro y veinte metros de largo. En la parte posterior de cada cilindro iba acoplado un reactor nuclear que generaba energía eléctrica para producir ondas gravitacionales.

Los dos macizos cilindros, de 30 metros de largo incluyendo el motor, salieron velozmente de las “Mutantes” y empezaron a acelerar. Cuatro mil interceptores “Delta” les siguieron para darles rápidamente alcance y situarse delante y alrededor en actitud protectora. En el “argot” de la Armada Valerana era la maniobra conocida por “el túnel”.

Mientras los dos primeros torpedos anti-materia se alejaban, los torpedos de la primera ola entraban en colisión con sus antagonistas. El choque fue brutal, de una ferocidad casi animal. Las máquinas no sólo no evitaban el encuentro, sino que lo buscaban. Unas y otras parecían sentir una fatal atracción que les llevaba a la destrucción propia junto con la del enemigo.

En una línea que se extendía irregularmente más de doscientos kilómetros, medio millón de torpedos atómicos ardieron en silencioso y espectacular chisporroteo. La luz de las explosiones nucleares era tan potente que llenaba por completo el espacio, provocando el deslumbramiento de las cámaras de televisión.

Dos nuevos torpedos anti-materia salieron de las cámaras de restitución del “Pinto” y se alejaron arrojados por cuatro mil “Deltas” que volaban detrás de la segunda ola de torpedos.

El Almirante Aznar tocó, con su mano enguantada de vidrio, el antebrazo del oficial piloto.

—Ejecute la maniobra —ordenó.

El teniente Artigas pulsó la tecla “En maniobra”.

El “Pinto” salió disparado hacia arriba en fantástico salto y a continuación aceleró.

Los torpedos enemigos supervivientes del primer choque avanzaban con ímpetu arrollador contra los “Delta”. Éstos y los

torpedos anti-materia dieron un brusco salto, pasaron por encima y se dirigieron contra las esferas.

Las aeronaves esferoides tendieron una mortífera cortina de rayos sólidos. Los “Delta” de la primera oleada estallaban en pleno vuelo, dejaban tras sí pedazos de metal arrancados de su estructura, desaparecían en medio de un brutal relámpago atómico... Ninguno de los dos mil cazas sobrevivió al ataque. Si alguno pudo pasar la densa cortina de rayos sólidos, fue a estrellarse suicidamente contra las esferas.

La segunda oleada de “Deltas”, ésta más nutrida que la anterior, llegó a continuación escoltando los torpedos “

A-M

”. Los cazas valerosos cruzaban sus dardos lumínicos con los del enemigo. Los ágiles y ligeros aparatos sucumbían a centenares en pleno vuelo, pero sus disparos también hacían daño a las esferas y abrían grandes cráteres en la superficie de éstas.

Aunque era difícil apreciarlo en mitad de aquella confusión, a la velocidad que se sucedían los acontecimientos y con el deslumbramiento de las continuas deflagraciones nucleares, Miguel Ángel Aznar tuvo la impresión de que la materia de las esferas era muy blanda. Esto parecía deducirse del gran tamaño y profundidad de los cráteres que los impactos de “luz sólida” estaban abriendo.

Pero mientras observaba a las esferas vio algo más. Las esferas estaban girando sobre sí mismas. ¿Qué significaba esto? Sencillamente, ofreciendo alternativamente uno y otro hemisferio, los impactos que recibían se repartían por toda la superficie. Esto quería decir que la capacidad de aguante de las esferas era muy superior a la del “Pinto”. Harían falta muchos más disparos para apagar todos los proyectores en tan gran superficie.

La vanguardia de la segunda oleada de “Deltas” había sucumbido ante la terrible densidad de fuego en las esferas. Moviéndose con increíble rapidez, los cazas de escolta se adelantaban para ponerse delante del torpedo “

A-M

” y cubrir los huecos dejados por las bajas.

Los disparos de las esferas empezaron a alcanzar también al torpedo anti-materia. Cada impacto era a modo de una dentellada en la masa de los cilindros. En pocos segundos estuvieron tan

agujereados como quesos Gruyere. La “luz sólida” iba reduciéndolos de tamaño. Finalmente, los motores fueron alcanzados y los torpedos perdieron el control pese a que sus restos seguían avanzando por el impulso que llevaban. Algunos restos golpearon a la esfera de la izquierda. La anti-materia entró en contacto con la materia y detonó con violencia abriendo una docena de enormes cráteres en la masa de la esfera.

El “Pinto” estaba ahora encima de la tercera oleada de “Deltas” entre los que volaban los otros dos torpedos “

A-M

”. La potencia de fuego de las esferas había quedado algo mermada como consecuencia del ataque de las primeras oleadas de cazas. La distancia se había acortado y la tercera oleada recorrió aquella distancia en menos tiempo que la anterior.

De nuevo se cruzaron los rayos de las esferas con los de los cazas. Los “Delta” eran atravesados, volteados y desbaratados en vuelo. Algunos estallaban como bombas y otros seguían adelante a merced del impulso que llevaban, recibiendo nuevos impactos hasta que acababan haciendo explosión. A veces un caza se rompía en diez pedazos, y entonces era casi tan útil como cuando estaba entero. Los cerebros electrónicos no distinguían entre lo que eran simples pedazos de metal y pequeñas bombas, y cada resto de “Delta” atraía sobre sí la atención de uno o varios proyectores de “luz sólida”.

A tan corta distancia y a la tremenda velocidad que se desarrollaba el ataque, las baterías de las esferas no disponían de tiempo material para destruir a todos los cazas y sus restos. Además, el propio “Pinto” estaba ahora a tiro de los proyectores enemigos y atraía la atención de las baterías.

Al recibir los impactos de “luz sólida”, el “Pinto” empezó a vibrar y saltar como una vieja carreta rodando por un camino de guijarros. A su vez, el “Pinto” contestó con todas sus baterías inferiores desde cinco mil kilómetros de distancia.

La vanguardia del enjambre de “Deltas” fue aniquilada pero los dos torpedos anti-materia llegaron casi intactos al objetivo. Éste fue la misma esfera que anteriormente recibió el impacto de los restos de los primeros torpedos “

A-M

”.

¡La explosión fue aterradora! La gran pantalla de televisión que cubría cuarenta y ocho metros cuadrados del plano del techo se tornó completamente blanca.

Al apagarse el resplandor poco después, el Almirante Aznar vio que había sido volatilizada la mitad de la esfera. La otra mitad parecía una cáscara de coco partida, vomitando llamas y restos. Lo que quedaba de la astronave saltó en pedazos y éstos se precipitaron a tierra echando humo.

La segunda esfera se alejaba rápidamente.

* * *

La batalla había terminado casi con igual brusquedad que empezó, y su inesperado desenlace fue seguido de un silencio.

—Se aleja —dijo el oficial de información—. Marcha recto hacia el borde de la plataforma. Ojalá no se le ocurra volver.

El comentario final del observador expresaba perfectamente el pensamiento del Almirante Aznar. De pronto, la contenida tensión de la tripulación estalló en una explosión de júbilo. Era la norma, así solían celebrarse las victorias. Los controladores se felicitaban unos a otros promoviendo un ensordecedor barullo a través de las líneas de comunicación.

Solamente el Almirante Aznar parecía preocupado. Y en verdad lo estaba. ¿Habían destruido a un enemigo o a un amigo? No lo sabía.

La enérgica voz de la comandante Balmer se hizo oír a través del teléfono:

—¡Silencio! ¡Guarden silencio!

Las voces bajaron de tono, se convirtieron en murmullo y finalmente, cesaron.

—Almirante Aznar. ¿Cuáles son sus órdenes? —preguntó la comandante.

Miguel Ángel Aznar reflexionó en silencio. Berta Balmer insistió:

—Almirante Aznar...

—Le he oído —contestó el Almirante—. Inviertan las pantallas, quiero ver lo que hay debajo de nosotros.

Una simple pulsación en un botón de la consola adosada a la

butaca del puente hizo la inversión. La gran pantalla rectangular del techo pasó a ofrecer una vista de lo que estaba debajo del buque, mientras los planos inclinados hacían lo propio de mitad del casco para abajo.

El “Pinto” sobrevolaba en este momento una gran nube negra que se desarrollaba verticalmente formando bullones hasta más de seis mil metros de altura. Era una gigantesca seta radioactiva, el producto de una deflagración nuclear.

—¿Ve lo mismo que yo, comandante? —dijo Miguel Ángel mirando al techo—. Aquí fue donde se produjo la explosión nuclear que vimos al asomar por el borde de la plataforma. Reduzca la velocidad. Vamos a volar alrededor de esa nube. ¿Qué cree usted que hay debajo?

—No lo sé. ¿Una ciudad tal vez?

—Oficial de observación, eche una ojeada alrededor y vea si puede situar geográficamente el lugar donde estamos —dijo el Almirante.

—Trataré de hacerlo, señor. Estoy tomando fotografías.

La cumbre de la seta radiactiva quedó rápidamente atrás. En la pantalla de proa, apareció, todavía a distancia, la inmensidad oceánica. El “Pinto” volaba a doscientos kilómetros de altura. Por efectos de la concavidad del suelo podía abarcarse una panorámica que teóricamente debía alcanzar todo el circumplaneta. Sin embargo, éste era inmenso y, en la práctica, la visibilidad quedaba limitada por el poder de penetración del propio ojo a través del espesor de la atmósfera y la distancia.

El “Pinto” estaba reduciendo la velocidad y virando a babor en un amplio círculo que tenía por centro y eje la seta radiactiva.

—Almirante —se escuchó la voz de la comandante—. Es mi deber recordarle que hemos perdido todos nuestros cazas y sólo nos quedan unos cuantos torpedos para defendernos si de nuevo nos atacan las esferas.

—Lo sé, comandante —respondió Miguel Ángel—. Pero es un riesgo que debemos correr. Hemos venido en misión de descubierta para reconocer el terreno, y eso es lo que estamos haciendo.

—Una sonda-observatorio haría el mismo trabajo y nos evitaría exponernos a un riesgo que considero inútil. Estamos en buena posición para lanzar la sonda y correr a ocultarnos en el fondo del

océano.

Miguel Ángel consideró la sugerencia de la comandante y vio sus posibilidades. Lógicamente, las naves esféricas no tardarían en presentarse. Si volvían les obligarían a huir y perderían todas las ventajas conseguidas hasta aquí.

—Es una buena idea —admitió—. Prepárense para soltar la sonda. Yo les indicaré el momento de hacerlo.

Dio con el codo al teniente Artigas. El piloto le miró.

—Cierre más ese viraje y diríjase al mar. Baje a cien kilómetros de altura.

—Sí, señor.

Poco después el “Pinto”, completaba el círculo y volvía a pasar cerca de la seta atómica. La nave enderezó el rumbo poniendo proa a la inmensidad marina y el Almirante ordenó soltar la sonda. En este momento, de un agujero del costado del buque, salió proyectada una pequeña esfera.

La sonda, reducida de tamaño por el mismo proceso que los caza-interceptores “Delta” y los torpedos autómatas, empezó a chisporrotear y a crecer apenas abandonó el tubo de lanzamiento. Siguió hinchándose mientras caía hacia tierra y en pocos segundos se transformó en una esfera hueca de “dedona” de tres metros de diámetro. Entonces dejó de crecer y de chisporrotear. La pila atómica en el interior de la esfera empezó a funcionar y la sonda frenó su movimiento de descenso y quedó inmóvil en el aire.

—Sonda situada y funcionando —informó el sargento controlador que verificaba el funcionamiento de la sonda a través de sus instrumentos.

El Almirante Aznar pensó que ya era hora de comunicar su reciente experiencia a “Valera” y a la División de cruceros en ruta hacia Atolón.

—Almirante a radiotelegrafista. Prepárese a despachar un radio.

—Estoy recibiendo, señor —contestó el radiotelegrafista a través de la línea telefónica—. ¡Las esferonaves están atacando a la Veintidós División!

Miguel Ángel Aznar abandonó su asiento y se dirigió a la consola del operador de radio. Vio al sargento que escribía rápidamente sobre una hoja de block. Se inclinó y leyó sobre el hombro enfundado en “diamantina” del operador.

“Almirante Mayor a ‘Valera’. Estamos siendo atacados por flota sideral cuatro veces superior en número. No fue posible establecer contacto previo por radio. Ellos se niegan a contestar. He ordenado apercibimiento para el combate. Calculamos su fuerza en veinte mil”.

“Nuevo radio. Almirante Mayor a ‘Valera’. Fuerza sideral no identificada de veinte mil esferonaves nos ataca. Estamos sufriendo muchas bajas. Intentamos romper el cerco huyendo en dirección al circumplaneta.”

El último radio era el que escribía el sargento en este momento. Miguel Ángel leyó rápidamente entre dientes.

“Nuevo radio. Almirante Corrochano a ‘Valera’. Buque insignia destruido. Tememos por la suerte del Almirante Mayor y esposa. He ordenado romper la formación para que cada comandante trate de escapar por sus propios medios. Gran catástrofe. Hemos sido aniquilados. Supervivientes huimos perseguidos por el enemigo.”

Una sensación de asfixia ahogaba a Miguel Ángel Aznar como si de pronto se hubiese obstruido la válvula que suministraba oxígeno a su equipo. Se quitó la escafandra.

La comandante Balmer había abandonado el puente y vino a reunirse con el Almirante.

—La Veintidós División ha sido barrida —dijo Miguel Ángel contestando a la muda pregunta de la comandante—. También fueron atacados por esferonaves.

La radio estaba emitiendo una serie de pitidos cortos y largos. Mientras el sargento se ponía a escribir, Miguel Ángel y Berta Balmer iban deletreando para sí el contenido del radio:

“Almirante Corrochano a ‘Valera’. Las voces de nuestros comandantes se han ido apagando. Alcanzados por torpedos nos disponemos a abandonar el buque a través de la ‘KT’. Intenten recuperarnos. Éste es mi último informe. Cierro.”

—¡Destruídos! —exclamó Berta Balmer—. Casi no lo puedo creer ¿Es que no pudieron hacer nada?

—Los dos mejores almirantes de la Flota estaban en esa batalla, mi padre y Corrochano. Si ellos no pudieron hacer nada, nadie habría hecho más en su lugar —contestó Miguel Ángel con acento sombrío.

La comandante Balmer guardó silencio.

Minutos después, reducida la velocidad a cero, el crucero sideral “Pinto” se dejaba caer en el agua y descendía hasta el fondo del océano. Mientras se hundía iba desarrollando un largo cable, al final del cual, meciéndose sobre las olas, flotaba una boya de “diamantina” que había desplegado una antena en forma del varillaje de un paraguas.

CAPÍTULO IV

Tanto como tentaba, en la soledad de su camarote, Miguel Ángel intentaba combinar los hechos de todas las formas posibles para comprender lo ocurrido.

Se resistía a creer que su padre hubiese muerto. De hecho Corrochano no lo había afirmado. Hoy día, gracias a la utilísima “Karendón”, eran posibles salvamentos en las condiciones más difíciles. Incluso prescindiendo de la traslación a distancia, los tripulantes de un buque podían desmaterializarse en la “Karendón” y ser restituidos de nuevo sobre la fórmula de la cinta perforada que de ellos existía en “Valera”. Si la “Karendón” del buque insignia pudo funcionar, seguramente el Almirante y Yawna ya habrían sido restituidos en “Valera”.

Llamaron a la puerta del camarote y entró la comandante Balmer, ya despojada de su armadura. Miguel Ángel se sentó en el borde de la cama y se alisó con la mano los negros cabellos.

—Venga a ver esto —dijo la comandante. Y dirigiéndose en línea recta al aparato de televisión lo encendió.

En la pantalla las imágenes aparecieron nítidas, en relieve y color. El objetivo de la cámara se encontraba a cierta altura y mostraba a vista de pájaro un panorama de desolación. El suelo tenía un color uniforme gris y parecía dividido en parcelas por medio de caballones rectilíneos. Esta extraña uniformidad de la tierra aparecía alterada de vez en cuando por algunas manchas oscuras de extensión variable arrojando llamas y humo. Sobre las parcelas calcinadas humeaban también restos retorcidos, aplastados e irreconocibles de muchas máquinas agrícolas, cosechadoras, tractores y aperos.

—¿Estamos recibiendo a través de nuestra sonda? —preguntó Miguel Ángel.

—Lo que usted ve ha sido filmado en magnetoscopio. Espere y

verá.

La cámara se estaba moviendo. Se veía una cinta negra, un camino. Luego un puente de hormigón hundido sobre un canal. El camino seguía, ascendía el terreno. Hubo un corte a continuación y en seguida surgió una nueva imagen; una extensión de terreno calcinado sembrado de rocas. A continuación entraba en la visual algo parecido a un gran cono truncado. Todo alrededor del cono gris aparecía sembrado de rocas, y entre éstas se movía algo.

—¿Un termitero? —preguntó Miguel Ángel sorprendido.

—¿Recuerda como construían las “Mantis” sus ciudades? Es un termitero, en efecto. Ese cono debió ser casi tan alto como un rascacielos. La explosión nuclear lo pulverizó. Mire, hay más ahí.

En efecto, los restos de los termiteros se levantaban uno junto a otro, rodeados de ruinas. No eran rocas, sin bloques de una especie de cemento durísimo con el cual los insectos gigantes levantaban sus grandes termiteros, tan altos como rascacielos, y tan sólidos como fortalezas de hormigón armado.

—Ahora utilizamos el zoom para aproximar la imagen.

La cámara parecía iniciar un brusco picado hacia tierra, que dio como resultado que las imágenes se aproximasen considerablemente. Entonces se pudo ver perfectamente las figuras que se movían. Eran “Mantis”. Las había en grandes cantidades y en todas partes, especialmente en las cegadas bocas de entrada a los termiteros, de donde retiraban bloques de cemento. Salían a borbotones por todos los agujeros, grandes, pequeñas...

—¡“Mantis”! —murmuró Miguel Ángel mirando a la pantalla como hipnotizado—. ¡Están ahí, no fueron exterminadas como creíamos!

—Ahí están, como si el tiempo no hubiese transcurrido. Pero si una observa advierte que algo ha cambiado. Las Mantis utilizan ahora maquinaria agrícola moderna para el desarrollo de su agricultura, cosa que no hacían antes. Deben sentirse seguras, puesto que se permiten roturar la tierra, sembrar y cosechar... ¡y levantar grandes termiteros! No dan la impresión de estar demasiado agobiadas por la tenaz persecución de los humanos. Y, sin embargo, alguien ha venido y ha hecho detonar sobre sus cabezas un artefacto nuclear de gran poder. Lo cual nos lleva de nuevo a la pregunta de quiénes son los individuos que tripulan esas

esferonaves.

—No son nuestros parientes los Hispanos, de eso podemos estar seguros —contestó el Almirante.

—¿“Mantis” tal vez? ¿Significa eso que los insectos aniquilaron a los Hispanos y se dedican ahora a hacerse la guerra entre sí?

—Es lo propio de las “Mantis”. Nunca constituyeron un pueblo unido. Cada colonia era independiente de las demás y hacía la guerra por su cuenta a los vecinos.

Berta Balmer contempló las escenas que se desarrollaban en la pequeña pantalla. Las “Mantis” procedían a evacuar sus destruidos termiteros. Salían de entre los escombros y se ponían en marcha formando largas caravanas.

—Esto debe estar contaminado de radioactividad —murmuró Berta Balmer—. Tal vez no valga la pena que les rematemos con algunos misiles.

—¿Rematarles? —dijo el Almirante, que había quedado como abstraído—. No.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—La información que poseemos es escasa e imprecisa. Necesitamos saber más cosas. Sería interesante tomar algunos prisioneros. Eso es lo que haremos.

—¿Meternos en ese avispero? Eso puede resultar peligroso.

—No iremos directamente a su ciudad. Les seguiremos y veremos de apresar a algún miembro que se separe de la columna. Prepare un grupo para salir. Me bastará con diez hombres armados y equipados con armadura y “back”.

—¿Le bastará? ¿Quiere decir que se propone ir con nuestros hombres?

—Sí, iré con ellos. ¿A qué distancia estamos de ese lugar?

—A más de tres mil kilómetros. Pero podemos aproximarlos dos mil kilómetros hasta la costa.

—De acuerdo, hágalo. Almorzaremos antes de salir, dígaselo así a los hombres.

La comandante salió para dar las órdenes. Poco después el “Pinto” ponía en marcha sus reactores nucleares, recogía la boyantena y emergía elevándose apenas veinte metros sobre la cresta de las olas.

El tiempo había empeorado rápidamente, no siendo ajeno a este

empeoramiento la depresión causada una hora antes por la deflagración del artefacto termonuclear que arrasó la colonia de las “Mantis”. El viento soplaba duro empujando al crucero sideral por la popa. El cielo aparecía cubierto de negros nubarrones, que dejaban caer con frecuencia fuertes y breves chaparrones de lluvia. La sonda de comunicaciones seguía inmóvil por encima de las nubes, y aunque desde su posición no podía transmitir imágenes de lo que ocurría en tierra, su presencia seguía siendo de gran utilidad, pues advertiría inmediatamente en caso de que se aproximara de nuevo alguna esferonave.

Pero por alguna razón incomprensible, en contra de los pesimistas augurios de la comandante Balmer, ninguna aeronave se acercó.

El Almirante Aznar salió equipado de su camarote, se dirigió a la cocina y comió de pie, a pesar de que disponía todavía de tiempo hasta que el buque alcanzara la costa. Berta Balmer fue a buscarle. En la mano traía una hoja de papel y la expresión de su rostro era grave al tendérsela al Almirante.

—Recibido de “Valera” hace un minuto —dijo. Y añadió brevemente—: Lo siento.

Miguel Ángel Aznar tomó el papel y leyó para sí:

“Nodriz a ‘Pinto’. Veintidós División destruida totalmente por fuerza sideral compuesta de esferonaves sin identificar. Almirante Mayor y esposa perdidos sin posibilidad de recuperación. Dada la gravedad de la situación se les requiere para que investiguen e informen con detalle sobre las condiciones actuales de vida en el circumplaneta. Firmado Almirante MacLane.”

La mano enguantada de “diamantina” estrujó el papel. La frase, “perdidos sin posibilidad de recuperación” sólo quería decir una cosa. Al restituir los cuerpos de Yawna y del Almirante en la “Karendón”, éstos habían aparecido muertos. Resultaba difícil entender la sutil diferencia que existía entre que el alma fuera separada del cuerpo por la desmaterialización, o el hecho ocurriera como consecuencia de la muerte. Debería ser lo mismo, pero no lo era. Cuando el alma abandonaba el cuerpo jamás regresaba a él. El

camino que recorría hasta la Dimensión Temporal era distinto, un camino por el cual ya no se regresaba. Yawna y el Almirante Aznar estaban muertos para siempre.

¡Muertos! Era una palabra difícil de aceptar. Un enorme vacío se había hecho de pronto en el corazón de Miguel Ángel. Se preguntó cómo podría vivir en adelante sin la amada presencia de aquel viejo irascible y mordaz. ¿Cuáles serían las consecuencias de su desaparición para la nación valerana? ¿Quién le sustituiría?

—El capitán Fortuny puede sustituirle.

Berta Balmer tuvo que repetir dos veces lo mismo para que el Almirante saliera de su abstracción y le mirara con expresión ausente.

—¿Sustituir a quién?

—A usted. Quiero decir al frente del comando.

—¿Por qué? —replicó secamente el Almirante.

Berta Balmer no supo qué contestar. El Almirante tomó su escafandra y ella le siguió al corredor y luego por la escalera hasta dos cubiertas más abajo.

Los hombres que iban a integrar el comando ya estaban reunidos en el hangar, todos vestidos de “diamantina”, con el “back” sujeto a la espalda y armados de subfusiles de “luz sólida”. El capitán Fortuny revisaba el equipo; dos “backs”, cuatro cadenas de eslabón fino y resistente y cuatro redes formadas de malla de anillas de acero metidas en sacos de lona. Las “Mantis” eran muy fuertes y tenían mandíbulas cortantes como cizallas. La única forma de reducir a una “Mantis” consistía en capturarla con una red y atarla con cadenas.

En el fondo del hangar, descansando sobre una cuna destinada a deslizarse por dos raíles, se veía una aeronave de aspecto macizo, como un torpedo ligeramente aplanado. Era lo que en la Armada solía llamarse “un bote”. Un bote de salvamento.

Mientras los comandos trasladaban al aerobote su equipo llegó el teniente Vázquez, oficial de observación.

—He comparado nuestras fotografías aéreas con la vieja cartografía del circumplaneta —dijo el teniente—. Creo que nos encontramos en Trasmontania, a unos doscientos kilómetros de Nueva Hispania, pero no es seguro. Toda esta región ha debido sufrir profundas alteraciones con el tiempo. Ni siquiera las

montañas están en su lugar. En fin, le he trazado un boceto a escala por si le sirve de algo.

Trasmontania era una región montuosa y selvática, todavía sin explorar en los tiempos que Miguel Ángel Aznar empezaba a volar con las unidades de la Armada que perseguían implacablemente a las “Mantis” por toda la inmensidad del circumplaneta. De haberse cumplido las previsiones para el futuro, todo el circumplaneta, incluso Trasmontania, debería estar habitada por los descendientes de la primera colonia terrícola en Atolón. Sin embargo, esto no había ocurrido y las “Mantis” parecían haber vuelto por sus viejos fueros, dominando totalmente el circumplaneta.

El Almirante tomó el plano dibujado por Vázquez. Los hombres ya estaban a bordo del aerobote.

—Estaremos en contacto por radio —dijo Miguel Ángel dirigiéndose a la comandante Balmer—. Pero si durante el curso de nuestra misión apareciera alguna aeronave quédese quieta en el fondo del mar y no intervenga en nuestra ayuda, pase lo que pase.

—Supongamos que a usted le ocurre algo. ¿Qué debo hacer?

—En tanto que tenga una posibilidad de conseguirlo, debe tratar de obtener la información que necesitamos y radiarla a “Valera”. Recuerde que allá deben estar muy preocupados por lo que está pasando aquí.

—No sé por qué se empeña usted en mandar personalmente este grupo. Cualquiera podría desempeñar esa misión igual o mejor que usted —dijo Berta Balmer con aire de fastidio—. En fin, es su prerrogativa. Suerte... y cuídese.

El Almirante entró en el aerobote. Ante la proa del aparato un portón se abrió en dos hojas hacia el interior del hangar. Detrás apareció un muro metálico que se deslizó en dos secciones a derecha e izquierda. Todavía detrás quedaba una tercera sección de un metro de espesor que se abrió en dos hojas hacia fuera.

A bordo del aerobote el Almirante había tomado asiento junto al piloto insertando la clavija del teléfono interior a su armadura. Mientras se calaba la escafandra escuchó el aviso de la cámara de derrota anunciando vía libre.

El piloto encendió el motor. Impulsado por un chorro de “luz sólida” el aerobote salió suavemente arrastrando consigo la cuna que rodaba por los raíles. Ante el portón quedó frenado el carro y el

aerobote fue despedido fuera del buque empezando a volar por sus propios medios.

La lluvia golpeaba fuertemente el cristal parabrisas. Éste era angosto, ofreciendo una visión muy limitada hacia adelante. Sin embargo, inmediatamente bajo el cristal, se disponía de una pantalla panorámica de televisión.

El cielo seguía cubierto y el viento soplaba ahora en dirección contraria al rumbo que seguía el aerobote. El sargento Rugat abrió el regulador y la navecilla se puso en breves segundos a novecientos kilómetros por hora. Poco después divisaban entre una cortina de lluvia una línea de blancos y altos acantilados. El aerobote voló sobre los acantilados y se internó en una inmensa pradera surcada de arroyos y ríos que corrían en dirección al mar.

Las distancias eran siempre engañosas en el circumplaneta, pues el horizonte no quedaba limitado, como en la Tierra, por la curvatura del horizonte. Aquí ocurría todo lo contrario. De hecho, la única limitación quedaba impuesta por la incapacidad del ojo humano y el espesor de la atmósfera. El observador quedaba situado en el centro del paisaje y éste se iba difuminando en la lejanía tras una neblina que se iba haciendo más densa cuanto más lejos.

Durante media hora el comando voló sobre aquella uniforme y monótona llanura, viendo surgir de la neblina una cordillera que se extendía cientos de kilómetros como una formidable barrera. Había dejado de llover, viéndose grandes claros entre las nubes. La alternancia de zonas de sombra y de sol en una extensión de territorio tan enorme daban inusitada belleza y grandiosidad al paisaje. Para los valerosos, acostumbrados al reducido espacio de su pequeño y cerrado mundo, era un espectáculo impresionante.

Miguel Ángel había sintonizado el canal por el cual la sonda-observatorio enviaba señales de televisión. Pero la visibilidad seguía siendo nula en el área bombardeada, donde se acumulaban negras nubes que estaban desencadenando una gran tormenta eléctrica.

La imaginación del Almirante volaba errátil, mezclando recuerdos del pasado con perspectivas de un futuro que se le aparecía amenazador e incierto. El circumplaneta era la patria de Miguel Ángel. Su padre, el Almirante Aznar, había querido que su hijo fuera el primer descendiente de la raza terrícola que naciera en

Atolón. Eran los tiempos en que el gobierno de la República de Valera todavía se mostraba indeciso respecto a sus planes futuros. El Almirante Aznar levantó su voz profética anunciando un porvenir venturoso para quienes le siguieran en la aventura de conquistar el circumplaneta.

¿Cuál había sido el porvenir de aquel nuevo estado, del que no quedaban rastros?

Hasta los audífonos de Miguel Ángel llegaron los pitidos intermitentes de acción y rebote de las ondas de radar. Las señales que escuchaba no eran las del radar el aerobote, sino las que llegaban de la sonda-observatorio. Poco después oía la voz del teniente Vázquez a través de la radio:

—Atención, Almirante. Tres aeronaves sin identificar se aproximan a la zona de desastre por su izquierda. Distancia un millón de kilómetros, velocidad mil kilómetros segundo. No hay tiempo para que puedan regresar, el enemigo les interceptará en dieciocho minutos.

—Entendido, “Pinto”. ¿Están ustedes a salvo? —contestó Miguel Ángel.

—No se preocupen por nosotros, no nos descubrirán. Pero vamos a tener que silenciar la radio para que no nos localicen por sus gonios. Cuando se haya alejado el peligro trataremos de comunicar con ustedes. Dejo la sonda funcionando.

—Está bien, “Pinto”.

—Buena suerte. Corto —dijo el teniente.

Miguel Ángel Aznar desconectó la radio. El aerobote volaba hacia la cercana cordillera. Ésta, en realidad, era el borde de un altiplano de características físicas muy semejantes a la llanura costera. En cinco minutos más la navecilla estuvo sobre las montañas.

Las barrancas y arroyos que bajaban de la meseta se precipitaban hacia la llanura a través de gran número de barrancos y desfiladeros. El paisaje era de una belleza impresionante. Al dejar atrás el borde del altiplano los valeranos se vieron volando sobre un área donde el suelo estaba surcado por un laberinto de estrechos y profundos “cañones”. El viento soplaba con extraordinaria fuerza de forma constante.

La acción erosiva del viento había limado durante milenios las

cumbres dando lugar a extrañas formaciones pétreas; mesas, agujas y pináculos de caprichosa arquitectura.

—Atención —anunció el piloto señalando la pantalla del radar —. Alguien se nos aproxima.

Miguel Ángel Aznar se inclinó sobre la pantalla y vio dos pequeños puntos de luz que se movían con rapidez hacia el centro del cristal deslustrado. Las tres aeronaves detectadas en primer lugar se encontraban mucho más lejos.

—Torpedos o quizás interceptores —murmuró el Almirante entre dientes—. Nos han descubierto. Vamos a descender al fondo de ese “cañón”, no hay tiempo que perder.

Directamente ante la proa del aerobote se veía una profunda grieta. El piloto hizo descender el aparato hasta que el borde de las paredes quedó a más altura que la carlinga.

—Siga adelante, no se detenga. En esta posición no pueden detectarnos. Descienda un poco más —dijo Miguel Ángel mordiéndose los labios.

El aerobote estaba casi en el mismo fondo del “cañón”, volando a la altura de los árboles. El lugar quedaba protegido del viento, ofreciendo clima y condiciones favorables para una vegetación exuberante. Un arroyo corría por el fondo formando pequeños estanques y cascadas. En los lugares no cubiertos por los árboles crecía alta y verde la hierba.

—Pare aquí, sargento. Déjese caer sobre los árboles —ordenó Miguel Ángel.

El piloto frenó el aparato hasta detenerlo casi en el aire. Con el último impulso lo dirigió hacia la izquierda sobre un bosquecillo. El aerobote descendió verticalmente, abriéndose paso con su peso a través de los árboles, desgajando algunas ramas y llegando al suelo entre una lluvia de hojas.

—Pare el reactor.

El sargento Fernández cerró un interruptor. Los astronautas sintieron un movimiento de descenso acompañado de una serie de crujidos. Era que la “dedona” del casco recobraba su peso al interrumpirse la corriente eléctrica.

Crujiendo y estremeciéndose el aerobote se clavó más de dos metros en el suelo y se detuvo.

—Abandonen el bote —ordenó el Almirante—. Lleven sus armas

y dispérsense, pero no utilicen la radio.

Los hombres desconectaron sus teléfonos, cogieron sus armas y empezaron a salir a toda prisa por la escotilla de escape del techo. La puerta lateral estaba bloqueada al hundirse el bote en la tierra.

Miguel Ángel Aznar cogió su arma de “luz sólida”, trepó a su asiento y salió en penúltimo lugar seguido del sargento Fernández. Al asomar la escafandra por la escotilla alcanzó a ver al último astronauta que desaparecía corriendo entre los árboles. Salió y se deslizó sentado por la curva de la cabina acristalada hasta el suelo. La primera sensación fue la de un peso abrumador sobre las espaldas. Era el “back”, cuya caja de “dedona”, aun siendo una delgada chapa de “dedona”, pesaba sus buenos veinte kilos.

Había algunas ramas desgajadas por allí y Miguel Ángel se puso a cubrir con ellas el aparato mientras salía Fernández. Levantó la cabeza y miró hacia arriba. Quedaba un claro entre las ramas de los árboles, pero tan pequeño que difícilmente vería nadie el aerobote, excepto que se detuviera justamente encima y mirara hacia abajo.

—Espero que no lo descubran. Creo que hemos tenido suerte después de todo —murmuró Miguel Ángel. Pero nadie podía oírle, pues su aparato de radio estaba desconectado.

Un hombre encerrado en una armadura de vacío quedaba herméticamente aislado del exterior. Pero la escafandra estaba provista de un sistema de audifonos, micrófono y amplificador para oír lo que ocurría a su alrededor y hablar sin utilizar la radio. El Almirante conectó su amplificador y escuchó. Pero no se oía más ruido que el rumor del viento removiendo las copas de los árboles.

Haciendo una seña al sargento para que le siguiera echó a andar por entre el bosquecillo. Apenas se habían alejado veinte metros del aerobote cuando escucharon sobre sus cabezas una fuerte detonación. Se detuvieron. Era el estampido característico de un avión al volar a mayor velocidad que el sonido. Los aparatos que habían salido de las aeronaves estaban sobre el “cañón”. A través del cristal de sus escafandras el Almirante y el sargento cruzaron una mirada. El sargento conectó su amplificador.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—El estampido de un avión supersónico. Si utilizan detectores de rayos infrarrojos pueden descubriarnos. Durante muchas horas nuestro aerobote seguirá irradiando calor.

Los detectores de infrarrojos eran tan sensibles que a mil metros de altura un avión podía descubrir la presencia de una liebre en el suelo por el calor irradiado de su cuerpo. Los detectores de infrarrojos habían sido la pesadilla de las “Mantis” cuando los colonos de Nueva Hispania las perseguían implacablemente para aniquilarlas por toda la inmensidad del circumplaneta.

—Tenemos que escondernos en alguna parte —dijo Miguel Ángel Aznar—. Una cueva o un saliente rocoso de la pared podría salvarnos. Vamos.

Cruzando el bosquecillo llegaron a los últimos árboles y se detuvieron mirando a su alrededor.

Desde el lindero del bosquecillo el terreno se elevaba en suave pendiente cubierta de alta y fresca hierba. Más arriba el suelo era pedregoso y llegaba hasta el mismo pie de la pared rocallosa, que estaba perforada por gran número de agujeros. Era lo que estaban buscando y se dirigieron rápidamente hacia las cuevas ascendiendo por la larga pendiente herbosa...

De pronto el Almirante Aznar se detuvo. Acababa de ver una tenue columna de humo elevándose del suelo, junto a un pliegue del muro roqueño. Detrás del cristal azulado de su escafandra los ojos de Miguel Ángel registraron vigilantes. Detalles en los que no había reparado llamaron ahora su atención.

Vio que a las cuevas bajas se accedía a pie llano, por medio de un plano inclinado o uno o dos escalones formados con piedras. Otras escaleras talladas en la roca llevaban hasta las altas y angostas cornisas donde estaban las cuevas más altas, y todavía de aquí partían otras escaleras hasta los agujeros del tercero y cuarto nivel. ¡Viviendas trogloditas!

Estaba Miguel Ángel mirando en dirección a la columna de humo cuando ocurrió algo increíble. ¡Un hombre apareció de pronto junto al fuego! No salió de la roca ni brotó del suelo, sino que se presentó de repente, como materializándose en el aire.

Vestía una tosca prenda confeccionada con piel parecida al ante y calzaba unas abarcas que se sujetaban a las desnudas pantorrillas con medio de cuerdas cruzadas. Una espesa barba le cubría la mayor parte del rostro, tenía las piernas fuertes y velludas, y el cabello le caía sobre los anchos hombros. ¡Un troglodita!

El sargento Fernández levantó el cañón de su arma de “luz

sólida”... ¡el hombre se desvaneció en el aire!

—¿Ha visto eso, Almirante? —La voz del sargento brotó del amplificador y resonó con estruendo entre las altas paredes del “cañón”.

Antes que Miguel Ángel tuviera ocasión de expresar su sorpresa se materializó en el aire, junto a una de las cuevas, la figura de otro troglodita. No era el mismo de la vez anterior, éste era más delgado y tenía el pelo rubio. Apareció de pronto a diez pasos de distancia de los valeranos y se quedó contemplándoles con más curiosidad que temor. La mano del troglodita sostenía una larga lanza cuya contera apoyaba en el suelo.

En un instante otros hombres empezaron a aparecer aquí y allá, por la derecha y la izquierda, erguidos, silenciosos como fantasmas. El Almirante Aznar sintió un ligero escalofrío. Volvió la cabeza y vio a Fernández que crispaba nerviosamente sus enguantadas manos sobre el subfusil.

—Quieto, sargento, no haga nada —le ordenó.

—Mire detrás de usted, Almirante. Nos tienen rodeados.

Miguel Ángel miró hacia atrás y vio siete u ocho fornidos trogloditas en la suave pendiente herbosa entre aquel lugar y el bosquecillo.

—No me gusta eso, señor —dijo Fernández—. ¿Son seres de verdad o espectros?

—El Almirante miró al hombre rubio que estaba frente a él a corta distancia. Y entonces sintió el flujo del pensamiento del troglodita. No era un fenómeno nuevo para él, su madrastra, Yawna, su hermano e incluso su sobrino Fidel poseían esta facultad.

“No te asustes, extranjero. ¿Eres extranjero, verdad? No eres uno de “ellos”, eres humano, igual que nosotros. Habláis nuestro mismo idioma, o parecido. ¿Quiénes sois? ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?”

El Almirante iba a contestar cuando de pronto, todo se llenó de ruido ensordecedor. Estalló un rosario de detonaciones, secas como trallazos, y por todas partes llovieron dardos luminosos que pegaban en la roca y estallaban como granadas. ¡Luz sólida!

Miguel Ángel pegó un brinco en el mismo momento que un rayo caía oblicuamente entre él y el troglodita rubio. Los cascotes saltaron y silbaron al rasgar el aire como trozos de metralla,

golpeando en la escafandra y la coraza de “diamantina”. El valerano se tiró al suelo, aunque para entonces ya había pasado la ráfaga de disparos. Levantó la cabeza y entre la nube de polvo alcanzó a ver una aeronave que se alejaba lanzando una lluvia de dardos luminosos contra el suelo.

El aparato se había alejado, sin duda para virar y volver a atacar a lo largo del “cañón”. Miguel Ángel se puso en pie y miró a su alrededor. Los trogloditas habían desaparecido, pero allí en el suelo estaba tendido el hombre rubio junto al hoyo que practicó el disparo de “luz sólida”. Mientras corría hacia el troglodita vio al sargento Fernández que se incorporaba.

—¡Venga aquí, ayúdeme! —le gritó Miguel Ángel.

El hombre rubio estaba tendido boca arriba, cubierto de polvo y con la cara y el pecho lleno de sangre. Pero se movía. Miguel Ángel le cogió por un brazo. El sargento llegó y cogió al hombre por el otro brazo.

—¡A las cuevas! —dijo el Almirante.

Avanzaron cuan aprisa podían en dirección a la cueva más próxima. Cuando llegaban al final de la cuesta pedregosa se materializó de pronto ante ellos una muchacha delgada y alta, con las piernas desnudas. La larga cabellera rubia le caía sobre los hombros y le llegaba a la cintura.

—¡Allí! ¡Allí! —señaló a otra cueva que estaba unos pasos más lejos y parecía más grande que las otras.

Los pies del hombre arrastraban por el suelo. La muchacha lo levantó por los tobillos y entre los tres lo introdujeron por la boca de la cueva depositándole en el suelo.

Miguel Ángel miró hacia afuera y vio a sus hombres que salían del bosquecillo y corrían ladera arriba en aquella dirección. Asomó a la boca de la cueva y les animó con señas y gritos.

—¡Corran, no se entretengan!

Los astronautas se movían con demasiada lentitud, trabados los movimientos por sus armaduras y abrumados por el peso de los “backs”. Ya habían rebasado la zona de hierba cuando regresó el aparato y voló sobre el “cañón” ametrallando. Los rayos de “luz sólida” rasgan el aire como trallas, levantando piedras y polvo allí donde golpeaban el suelo. Los astronautas se dejaron caer en los cascos. El aparato pasó disparando y por unos instantes todo el

paisaje quedó borrado en una nube de polvo.

Al disiparse el polvo los hombres se levantaron de nuevo y corrieron hacia la cueva. Entraron siete. Otros dos habían quedado en el suelo. Miguel Ángel asomó la cabeza fuera del agujero. En este momento llegaba un segundo aparato, que repitió el ataque lanzando un huracán de rayos lumínicos.

—Salgan a recoger a sus compañeros —ordenó el Almirante.

Cuatro de los siete hombres y el Sargento Fernández dejaron sus armas en la cueva y salieron en busca de los dos hombres. Al salir tuvieron que luchar a brazo partido con un tropel de trogloditas que entraban. La mayoría de los hombres vestían un simple taparrabos de piel. Las mujeres llevaban una especie de saco que se sostenía en los hombros mediante dos tirantes. Pero otras, especialmente las mujeres jóvenes, limitaban su vestido a una ligera tela de trama gruesa. Los largos cabellos, generalmente negros, les cubrían el pecho hasta más abajo de la cintura, y al moverse asomaban entre los cabellos los senos erguidos y duros.

Unos treinta trogloditas, entre hombres, mujeres y niños, entraron precipitadamente en la cueva y pasaron junto a los sorprendidos valeranos desapareciendo hacia el interior de la gruta. Alguien había encendido hachones. Una de estas luminarias venía en la mano del troglodita barbudo que el Almirante había visto junto al rescoldo humeante. El troglodita habló a los valeranos y dijo:

—Métnanse en la gruta. Es grande y profunda y aquí estarán seguros.

Aunque hablaba un castellano muy modificado, de acento dulce y cadencioso, todos le entendieron perfectamente. Miguel Ángel observó que la cabeza del troglodita era bastante grande. La pelambrera y la hirsuta barba contribuían a aumentar este efecto algo grotesco.

El Almirante estaba temiendo que de un momento a otro les bombardearan con un explosivo nuclear, Fernández regresó con los hombres que le habían seguido afuera.

—Los dos están muertos —anunció con acento entristecido:

Un grupo de trogloditas rezagados entró en la cueva y siguió a los valeranos. Avanzaban por un túnel excavado en la roca. El suelo ascendía en suave pendiente unos trechos, y en el tramo siguiente

había que subir cinco o seis escalones. A distancias regulares y especialmente donde había escalones ardían las antorchas mediante anillas hincadas al muro.

Los astronautas se habían alejado unos cien metros de la boca de entrada cuando llenó el túnel una viva luz blanca seguida de un horrible estruendo. Una manga de aire entró silbando en el túnel y a continuación se produjo un derrumbamiento del techo en la entrada. Un artefacto nuclear acababa de estallar.

CAPÍTULO V

LAS antorchas se habían apagado y en la repentina oscuridad acababa de estallar la bomba cuando de nuevo tembló la montaña. Del techo se desprendieron piedras y polvo. Las mujeres y los niños volvieron a chillar aterrorizados.

—Hemos quedado atrapados —dijo uno de los astronautas.

—Tenga calma —dijo Miguel Ángel Aznar—. Seguramente este túnel tiene más de una salida. En todo caso no estamos peor que si nos hubiésemos quedado allá fuera. ¿Alguien lleva cerillas?

Brilló la luz de una cerilla y se encendieron de nuevo las antorchas. Después de la última deflagración todo había quedado en silencio.

—Esperemos que se hayan marchado —murmuró el Almirante.

El grupo siguió avanzando por el túnel hasta que al final de la excavación surgió una alta grieta natural. El piso era allí empinado y resbaladizo. Alguien había puesto previsoriamente una cuerda como pasamanos. Asiéndose a la cuerda treparon cuesta arriba hasta llegar a una espaciosa gruta iluminada por numerosas antorchas. Del alto techo colgaban las estalagmitas. En el centro de la gruta las luces, reflejaban las oscuras aguas de una charca.

Unas cincuenta personas se hallaban reunidas en la gruta cuando llegaron los valeranos. En este momento se hizo el silencio. Todas las miradas convergían sobre los valeranos, que se habían detenido formando un apretado grupo. Miguel Ángel se adelantó a sus hombres, colgó el subfusil del hombro para tener libres las manos y se arrancó la escafandra.

—Soy el Almirante Aznar de la Armada Sideral Valerana.

Si esperaba algo parecido a un murmullo de admiración tuvo que sentirse defraudado. Allí nadie pronunció una palabra, aunque todos los ojos seguían fijos en él con expresión de curiosidad.

—¿Quién os representa? —preguntó el Almirante—. ¿Quién de vosotros es el jefe de esta tribu?

El troglodita de la recia barba le contemplaba con los brazos cruzados sobre el fuerte pecho.

—¿Te refieres a Bloja? —dijo el hombre.

—No sé quién es Bloja. ¿Es vuestro jefe, capitán, alcalde o sacerdote?

—Es nuestro curandero.

El castellano que Miguel Ángel escuchaba era casi irreconocible. Sin embargo lo estaba entendiendo todo perfectamente. ¿Por qué? Sencillamente, aquellos toscos trogloditas de aspecto salvaje le hablaban y al mismo tiempo le trasmitían telepáticamente su pensamiento.

—¿Sois bartpuranos? —preguntó Miguel Ángel.

Los trogloditas se miraron unos a otros sin comprender. No eran bartpuranos. El valerano se sintió desanimado. Este sentimiento debió ser percibido por el barbudo salvaje.

—Somos “Tapos” —dijo.

—¿“Tapos”? ¿Quiénes son los “Tapos”? —preguntó el Almirante.

—¿Quiénes sois los valeranos? —replicó el otro.

El Almirante pensó que si aquella gente ni siquiera sabía quiénes eran los valeranos, poco podría averiguar por ellos.

—Será mejor que hable con vuestro curandero. ¿Se llama él Bloja? ¿Dónde está?

El barbudo desplegó los brazos e hizo una breve seña para que le siguiera. Todos los astronautas se movieron detrás de su jefe, pero el barbudo se volvió y dijo:

—Que tus hombres esperen.

—Quédense aquí, muchachos —dijo Miguel Ángel.

Los astronautas no aceptaron de muy buena gana separarse de su jefe, pero obedecieron la orden. El Almirante siguió al barbudo hasta uno de los rincones de la gruta. Allí ardía una tea metida en una argolla, junto a un hueco cubierto por una cortina de cuero. El “Tapo” levantó la cortina invitando al valerano a pasar.

Entraron en una segunda gruta, parte de la cual había sido evidentemente excavada a pico para ampliar otra más pequeña que debió existir allí en un principio. Miguel Ángel Aznar se sintió de pronto como transportado a una era, un continente y un planeta

distintos. La escena parecía arrancada de las ilustraciones de uno de aquellos libros que reflejaban la vida de las primitivas tribus de África; escudos, armas y trofeos de guerra adornaban las paredes. El suelo estaba cubierto de bellas pieles de animales salvajes y en los rincones y por todas partes se veían cuencos, jarras y pucheros de arcilla, haces de hierbas, máscaras pintarrajeadas, símbolos y adornos de ceremonias.

En uno de los rincones había una pequeña infiltración de agua que goteaba de una grieta del techo dentro de una pileta. Junto a una de las paredes se veía un lecho de piedra cubierto de pieles.

El joven alto y rubio que Miguel Ángel Aznar había rescatado estaba tendido sobre el lecho. Sobre él se inclinaba un hombre anciano que llevaba en la cabeza un estrafalario gorro de paja. Y allí estaba, de pie, la chica de la larga cabellera dorada. Tenía una bonita figura y el valerano observó que todo su vestido era una pieza de piel de ante arrollada a la cintura. Los largos cabellos le caían sobre el pecho como una cortina cubriendo a medias la desnudez del pecho.

La muchacha se volvió al oír entrar al barbudo y clavó sus ojos en el forastero.

—El extranjero quiere hablar con Bloja —dijo el barbudo.

—Bloja está curando a mi hermano —contestó la chica—. No se le debe molestar ahora, está pronunciando los conjuros mágicos. Esperad.

Miguel Ángel Aznar observó con interés al curandero. Era un hombre viejísimo, de piel rugosa y como acartonada, completamente afeitado. Sobre sus hombros descansaba una capa púrpura que le cubría toda la espalda. Mientras permanecía inclinado sobre el herido sus labios se movían murmurando una especie de plegaria, pasando y repasando un manojo de hierbas verdes por la cabeza del paciente. La herida consistía en un corte de dos pulgadas de longitud cerca de la sien.

La herida estaba sangrando mucho, pero por lo que vio Miguel Ángel se estaba restañando rápidamente. En efecto, poco después dejó de sangrar. El curandero pasó un trapo húmedo por la herida y entonces se vio que ésta había cerrado.

Las curas mediante la aplicación de la fuerza del pensamiento era una práctica corriente en la civilización de los antiguos

bartpuranos. Incluso modernamente Fidel Aznar había realizado curas que parecían milagrosas.

Pero Fidel Aznar era un monje “bundo”; es decir, un hombre con estudios, con una formidable preparación científica y médica. Un “bundo” sabía donde aplicar el poder de su pensamiento. ¿Pero qué conocimientos de anatomía, de física y de química orgánica podía tener este viejo salvaje que mezclaba la parasicología con la superstición y el fetichismo?

De cualquier modo la herida estaba cerrada, aunque el paciente seguía inconsciente, evidenciando quizás que había tejidos y nervios dañados más profundamente.

Bloja dejó de plañir y se incorporó como dando por terminada su intervención.

—Crandó estará bien en unas horas —dijo a la muchacha.

Miró al valerano, estudiando su armadura de “diamantina” y el arma que llevaba colgada del hombro, le miró a los ojos y dijo:

—Has hecho un largo viaje para llegar hasta aquí. Tu pueblo habita en un globo que se mueve durante largo tiempo por una gruta inmensa, donde reinan la oscuridad y el frío. Tú has nacido en este mundo, pero hace de eso mucho tiempo.

Miguel Ángel Aznar no se dejó impresionar. Sabía que era él mismo quien en su deseo de explicar su procedencia transmitía el pensamiento a Bloja. El curandero poseía sin duda el don de captar e interpretar el pensamiento, y en esto llevaba ventaja. Pero la definición del espacio como “una gruta inmensa, donde reinan la oscuridad y el frío”, evidenciaba la ignorancia de Bloja sobre la naturaleza del vacío intergaláctico. En el circumplaneta no se conocía la noche. Un bartpurano culto conocería la existencia del Universo aunque no lo hubiese visto jamás. La única experiencia que Bloja tenía en lugares oscuros era... ¡una gruta!

El curandero leyó el pensamiento del valerano y perdió su aplomo. Visiblemente turbado dobló el espinazo en una profunda reverencia murmurando:

—Tú has leído mi pensamiento, ¡oh extranjero! Bloja es un ignorante, eso es cierto. Me confieso incapaz de comprender las confusas imágenes con las cuales me hablas.

El Almirante se sintió desalentado. No obstante insistió:

—La Medicina que practicas me es familiar. Hubo en este país

un pueblo de hombres viejos, los bartpuranos, cuya sabiduría los elevaba casi a la condición de dioses. Tu Medicina es la misma de aquella gente. ¿De verdad no habéis conocido a los bartpures?

Bloja movió negativamente la cabeza, haciendo oscilar su ridículo gorro de paja.

—¿Conocéis al menos a los que nos han atacado lanzando sobre nosotros sus dardos de luz y sus bombas nucleares?

El arrugado rostro del curandero se animó, contento de poder contestar a algo que conocía.

—Fueron los “Ghuros”.

—¿Es así como llamáis a las “Mantis”?

—¡Oh, no! Las “Mantis” son distintas de los “Ghuros”. Las “Mantis” son insectos.

—¿Y qué son los “Ghuros”? ¿Son seres como nosotros?

Bloja negó con tanta energía que el gorro le resbaló de la cabeza. Llevaba el cráneo completamente afeitado. Su cabeza era grande, tan grande como la de Yawna, la madrastra del Almirante, o de su hermano Fidel.

Bloja describió a los Ghuros hablando con vehemencia. Su castellano era tan difícil, y estaba mezclado con tal cantidad de palabras desconocidas, que Miguel Ángel jamás le hubiera entendido. Sin embargo Bloja, aunque ignorante, tenía idéntica facultad que los bartpuranos para la telepatía. Las palabras no tenían importancia, excepto porque cuando Bloja buscaba las adecuadas para describir el “Ghuero” se representaba en su imaginación la figura de aquel ser, trasmitiéndola con fidelidad a la mente del Almirante.

Miguel Ángel Aznar vio al “Ghuero” a través de la mente de Bloja. ¿Cómo calificarlo? Era un ser extraño. Alto, como un hombre, no llevaba sobre sí indumentaria alguna, excepto una especie de correa que le colgaba de los hombros y servía para sostener la funda de un arma y algunas bolsas como cartucheras.

El “Ghuero” era casi transparente. Parecía tener la ligera inconsistencia de las medusas. Su materia estaba surcada de delgadas venas azules y a su través podía verse el esqueleto cartilaginoso que servía para sostener el cuerpo. Tenía un par de gruesas piernas, y de rodilla abajo colgaban unos faldellines que llegaban casi al pie y se movían al andar como las amplias

campanas de un pantalón de marinero. El cuerpo, amorfo, no establecía diferencias notables, no tenía cintura. Los hombros eran estrechos y de ellos salían dobles brazos a cada lado. Tenía una cabeza absurdamente pequeña parecida a una tortuga, con un pico de loro y los ojos implantados como los de un besugo. Dos agujeros junto al pico y otro a cada lado de la cabeza eran las fosas nasales y los oídos.

Miguel Ángel Aznar quedó impresionado. ¿Eran estos seres exóticos los tripulantes de las esferonaves? La respuesta de Bloja era afirmativa. Los “Ghuros” tenían una poderosa fuerza aérea, que utilizaban para perseguir y exterminar a las “Mantis”.

—¿Cómo viven los “Ghuros”? ¿Habéis visto alguna de sus ciudades? —preguntó el valerano.

Bloja no las había visto personalmente, ni tampoco ninguno de su tribu. Los “Ghuros” vivían lejos. Pero se sabía que habitaban en ciudades. La tribu de Bloja tenía contactos aislados con otros grupos de “Tapos”, que a su vez contactaban con otros establecidos más lejos. Alguien había visto a los “Ghuros” en su ambiente. Se les consideraba poderosos y muy inteligentes, organizados socialmente en colonias que habitaban preferentemente junto al mar.

—¿Por qué junto al mar?

—Porque es el océano de donde extraen sus alimentos. No comen carne humana como las “Mantis”, sólo algas y algunas especies muy delicadas de peces.

—¿Placton? —preguntó el Almirante. Pero enseguida se dio cuenta de que Bloja no sabía lo que era placton—. ¿Suelen atacar los Ghuros con frecuencia?

—En todos mis años es la primera vez que nos atacan en este lugar. Las “Mantis” sí nos atacan donde nos encuentran. Pero nunca llegan hasta aquí. En cierta ocasión lo intentaron y les detuvimos en los desfiladeros. Yo era joven entonces.

—¿Cuántos años tienes?

—¿Años? —repitió el curandero.

Los “Tapos” no tenían noción del tiempo. En el circumplaneta reinaba un día eterno y una estación perpetua. El día y la noche, las fases de la Luna, el invierno y el verano, que sirvieron a los terrícolas para llevar cuenta del tiempo transcurrido, no tenían su equivalencia en Atolón.

El herido dio señales de vida quejándose y moviéndose. El curandero y la muchacha acudieron junto a la yacija. Crando pidió agua y la muchacha tomó un cuenco para ir a tomarla de la pila. Al volverse se encontró ante la alta figura del Almirante que la contemplaba con curiosidad. La mirada del extranjero sobre los senos redondos y firmes que aparecían entre la cascada de cabellos rubios tuvo el poder de avergonzar a la muchacha.

La chica bajó sus ojos ruborosos y se alejó para llevar el agua al herido. El Almirante reflexionó sobre lo ocurrido y sintió vergüenza de sí mismo. Para la troglodita no había pecado en mostrar los senos desnudos. Era culpa de él si al mirarla había evocado una imagen erótica que la chica leyó en su pensamiento.

El herido bebió incorporado y luego miró al valerano con sorpresa.

—¿Por qué estoy herido? ¿Fue él quien me hirió? —señaló.

—No, Crando —dijo el troglodita barbudo que estaba detrás del Almirante—. No fue él. Los “Ghuros” nos atacaron de improviso con sus lanzas de fuego, obligándonos a buscar refugio en la gruta. Luego arrojaron uno de sus globos de luz sobre la aldea.

—Nunca nos habían atacado con globos de luz —dijo Crando.

—Es culpa nuestra —dijo Miguel Ángel Aznar—. Nosotros les destruimos una de sus esferonaves. Los “Ghuros” nos andaban buscando cuando descubrieron nuestro aerobote y nos siguieron hasta aquí. No era a los “Tapos”, sino a nosotros a quienes querían matar.

—¿Es cierto eso? ¿Destruisteis a los “Ghuros” una de sus esferonaves? —inquirió incrédulo el joven Crando.

Bloja, el curandero, medió en la conversación y dijo:

—Los extranjeros también viajaban en una esferonave.

—¡Igual que los “Ghuros”!

—No. Ésta es mucho mayor. Es tan grande que dentro hay ciudades enteras, océanos y montañas.

Miguel Ángel Aznar no había hablado a Bloja del autoplaneta “Valera”. Simplemente, el curandero había visto esta imagen en la mente del valerano.

Crando, la muchacha y el barbudo miraban llenos de admiración al Almirante.

—¿Sois tan poderosos como los “Ghuros”? —preguntó Crando.

—Tan fuertes como ellos, o quizás más. En realidad no conocemos a los “Ghuros”. Nunca los vimos ni sabíamos que existieran hasta hoy. Es por eso que mi pueblo me ha enviado a Atolón. Debo espiar a los “Ghuros”, averiguar cómo viven y el número de esferonaves que poseen, cómo son sus armas y de qué forma las utilizan.

Los cuatro trogloditas se miraron entre sí.

—Nosotros no luchamos contra los “Ghuros” —dijo de pronto el barbudo—. Nuestros enemigos son las “Mantis”.

—¿Son los “Ghuros” vuestros amigos? —preguntó Miguel Ángel.

—Tampoco son nuestros amigos, pero nos dejan vivir.

—¿Os basta con eso, que os dejen vivir? ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Chaye.

—¿Eres el jefe de esta tribu?

—No tenemos jefe. Cuando hemos de tomar una decisión nos reunimos y decidimos por mayoría. Siempre se ha hecho de este modo, lo mismo en nuestro grupo que en los demás.

—Quiero hablar a vuestra gente. ¿Puedo?

Chaye miró a Bloja y éste se encogió de hombros. El Almirante echó a andar hacia la salida diciendo:

—Venid vosotros también, quiero que todos escuchéis lo que tengo que deciros.

En la gruta principal reinaba un extraño silencio. Los ocho astronautas seguían de pie, formando un cerrado círculo hombro con hombro. En verdad ofrecían un aspecto siniestro con las escafandras caladas y las luces de las antorchas reflejándose en las oscuras armaduras de “diamantina” azul.

Los “Tapos” se habían retirado a una distancia prudencial y permanecían en silencio, de cuclillas o sentados sobre las piernas cruzadas, mirando como fascinados a las extrañas criaturas. Al apartarse la cortina y aparecer Miguel Ángel Aznar con la cabeza descubierta se dejaron oír algunos murmullos. Detrás del Almirante salieron Chaye, el curandero y la muchacha.

El sargento Fernández salió al encuentro del Almirante y le señaló la esfera incrustada en la materia vítrea que cubría su antebrazo.

—¿Ha mirado usted su contador, Almirante? La radiactividad está subiendo rápidamente. No había ninguna cuando llegamos y ya

estamos en dos “rem”.

Miguel Ángel miró a la esfera de su propio contador y comprobó que era cierto lo que Fernández decía. Miró a su alrededor y observó la oscilación de las llamas de las antorchas.

—Esta cueva debe tener algún conducto de ventilación. El aire que se renueva está contaminado. Polvo radiactivo, eso debe ser — Miguel Ángel se dirigió a Chaye—. ¿Hay otras salidas además de la que quedó cegada?

El barbudo “Tapo” señaló al fondo de la gruta y arriba.

—Hay una grieta por allí. Conduce a la cima del acantilado. Pero también hay otro agujero que da sobre el cañón.

—Tenéis que abandonar este lugar. El globo de luz que hicieron estallar los “Ghuros” tiene la fatal propiedad de envenenar el aire. Si permanecéis aquí más de un día todos moriréis.

Un sordo rumor se levantó de la concurrencia. El Almirante impuso silencio con un gesto.

—Escuchad lo que voy a deciros, y esforzaros por penetrar mi pensamiento para que de este modo veáis que os digo la verdad. Allá arriba en el cielo, tan lejos que no se alcanza a ver desde aquí, se encuentra la esferonave en la cual los valeranos hemos llegado. Esa esferonave es tan grande que en su interior hay ciudades, mares, ríos y montañas, y allí habitan millones de hombres y mujeres libres, con abundante comida y vestidos, porque allí no existen las “Mantis” ni hay “Ghuros” que amenacen nuestra paz y nuestra vida. Os digo que si venís a nuestra esferonave seréis bien recibidos, se os darán casas y comida, y conoceréis la utilidad de muchos objetos que contribuyen a que nuestra vida sea más segura, más larga, más cómoda y feliz. Todo lo que tenemos que hacer es abandonar este lugar envenenado y tratar de llegar a nuestro buque, el cual se encuentra en estos momentos esperando en el fondo del mar para llevarnos a todos hasta la esferonave. Reflexionad sobre mi oferta, y decidid si deseáis venir con nosotros a nuestro mundo.

* * *

Dejando a los “Tapos” para que decidieran con absoluta libertad, el Almirante Aznar trepó con sus hombres por la grieta para llevar a cabo su reconocimiento visual de la cima del acantilado.

Las dos bombas nucleares, aunque de pequeño tamaño, tenían cada una potencia suficiente para arrasar una ciudad de 20.000 habitantes. Los “Ghuros” las habían hecho estallar justamente sobre los bordes del “cañón”, provocando el derrumbe de las paredes rocallosas y convirtiendo en cenizas la rala vegetación de la cumbre. La misma grieta por donde salieron los valeranos estaba parcialmente obstruida de pedruscos impregnados de fuerte radiactividad.

El fuerte viento había barrido la nube de polvo empujándola hacia la llanura y estaba desgarrando el hongo nuclear sobre sus cabezas.

—Deben haberse marchado —dijo el sargento Fernández después de otear el cielo y en todas direcciones a su alrededor.

—Seguramente les interesa mucho más nuestro buque. Saben que está en alguna parte no lejos de aquí y tratarán de descubrirlo por todos los medios —dijo Miguel Ángel.

Se acercaron al borde del precipicio para mirar abajo al lugar donde dejaron escondido el aerobote. Miles de toneladas de rocas se habían desprendido del acantilado hasta el fondo del “cañón”. Los escombros formaban un montón que empezaba a represar las aguas del arroyo. Pronto se formaría allí un lago de gran longitud. Era inútil pensar siquiera en rescatar el bote.

—Será un largo camino de regreso. Menos mal que tenemos los “backs” —comentó el sargento Mora.

—Tal vez ni siquiera podamos utilizar los “backs” —contestó el Almirante—. Los “Ghuros” deben andar cerca rastreando el mar tras nuestro buque. Tan pronto pongamos a funcionar nuestros “backs” nos descubrirán con sus detectores de neutrinos.

—¡Pues vaya faena si tenemos que regresar andando!

Los hombres guardaron silencio, hasta que el sargento Mora preguntó:

—¿Esos “Ghuros” son los tipos que tripulan las esferonaves, verdad?

—Así es como los llaman los “Tapos”. Los “Tapos” son los trogloditas.

—¿Cómo son los “Ghuros”?

Miguel Ángel Aznar los describió.

—Parece como si los hubiera visto —dijo el sargento Fernández.

—Puede decirse que los he visto. Los vi a través de la imagen que reconstruía en su mente el hombre que me los describió. Se habrán dado cuenta ustedes que estos “Tapos” poseen muchos de los rasgos físicos y las condiciones paranormales de los antiguos bartpuranos. Se desmaterializan en el aire, pasan a través de los obstáculos y se comunican entre sí telepáticamente. Recordemos que los bartpuranos nunca pelearon contra las “Mantis” ni usaron arma alguna contra los insectos, a pesar de lo cual lograron sobrevivir largos siglos a sus ataques. Los viejos bartpuranos desarrollaron una forma de evasión que consistía en desvanecerse en el aire cuando eran atacados, para trasladarse con el poder de la psique y materializarse a cierta distancia. Hemos visto que los “Tapos” lo hacen también.

—¿Quiere usted decir que estos “Tapos” son descendientes de aquellos bartpuranos?

—No necesariamente. La raza bartpurana debió desaparecer hace mucho como entidad pura. Al mezclarse con los terrícolas algunos de sus rasgos étnicos se transmitirían a nuestra raza. Pero incluso si no hubiese sido así, la raza terrícola habría alcanzado con el tiempo un desarrollo parecido al de los bartpuranos. Tendrían facultades psíquicas extraordinarias, de las que la más común de todas sería la telepatía.

—Pero la posesión de todas esas facultades psíquicas presupone un grado cultural muy elevado, ¿no es cierto? ¿Cómo se relaciona eso con estos “Tapos” salvajes e ignorantes?

—Quizás el grado de cultura no tenga que ver con las facultades de la psique. Una vez adquiridas se transmitirían con la herencia genética. Lo único que se exigiría sería el uso continuo de esas facultades para que no llegaran a atrofiarse. Los “Tapos” quizás hayan olvidado hace siglos la escritura, no les era imprescindible en el ambiente que se desenvuelve su existencia. Pero si tuvieron que luchar desde un principio contra las “Mantis”, el propio instinto de la supervivencia debió obligarles a mantener despiertos sus sentidos, incluso a agudizarlos y desarrollarlos más allá de donde habrían llegado en circunstancias distintas.

—A mí me gustaría tener en este momento algunas de las facultades de esta gente —dijo el sargento Mora—. Entonces no necesitaría mi “back” para regresar al “Pinto”. Me desmaterializaría

para dar un salto de quinientos kilómetros hasta la costa, y después de otro salto me plantaba a bordo del buque. Todo fácil.

—No es así de fácil para los “Tapos” —dijo el Almirante sonriendo dentro de su escafandra—. A menos que hayan mejorado la marca de los bartpuranos no es posible dar un salto de más de cien metros. La verdad es que si los “Tapos” deciden regresar con nosotros tendrán que andarse a patita esos quinientos kilómetros hasta el mar.

Miró a su alrededor y luego levantó los ojos al cielo.

—Bien, vamos a bajar a ver lo que han decidido nuestros amigos —murmuró.

De regreso en la gruta encontraron a los “Tapos” reunidos en un corro, sentados sobre las piernas cruzadas o en cuclillas discutiendo en calma y perfecto orden. Parecía que debería haber sido al contrario, que discutieran con acaloramiento, con gestos y gritos, dada su condición de salvajes. Pero los “Tapos” no eran tan salvajes como pudiera pensarse de su indumentaria y su primitiva forma de vida. Tres o cuatro hombres se levantaron y hablaron por riguroso turno. Mientras hablaba uno los demás permanecían en respetuoso silencio escuchando.

De hecho, la única oposición firme provino del curandero.

Bloja hizo un panegírico del espíritu de los “Tapos”, de su amor a la independencia y de la libertad que disfrutaban. El mundo que había descrito el extranjero parecía muy complicado, seguramente los “Tapos” no se adaptarían a él. Al integrarse en una sociedad extraña los “Tapos” tendrían que aceptar las leyes, la forma de vida y las normas de convivencia de los extranjeros. Trasladados de aquella sociedad los “Tapos” se diluirían en ella perdiendo su identidad y su carácter. Los “Tapos” morirían de nostalgia soñando en las bravías montañas, los grandes espacios libres y sus campos de caza. Seguramente incluso echarían de menos sus escaramuzas con las “Mantis”.

Después del discurso de Bloja, acogido con cabezazos de asentimiento, se puso en pie Crando, el joven rubio.

Crando habló y dijo que respetaba la opinión de Bloja, la cual no compartía. Expresó su idea de que los “Tapos” no tenían ninguna identidad nacional, estando reducidos a unas cuantas bandas, generalmente unidas por razón de parentesco, sin conexión unas

con otras. Desde que tenía uso de razón Crando no conocía más mundo que el que se dominaba desde la cima de las montañas, y ni siquiera había llegado nunca a la orilla del mar. Sin embargo, Crando creía que el mundo era algo más que todo aquello, y creía que existía una vida más digna que la única que él había conocido. El extranjero le ofrecía una oportunidad de conocer otro mundo, de vivir una vida nueva, incluso de integrarse con otras gentes, aunque fueran distintas de los “Tapos”.

—Por mi parte voy a seguir al extranjero, y no me importa lo que decidan los demás. No creo justo que la opinión de la mayoría me obligue a permanecer en un lugar que detesto.

Las palabras de Crando introdujeron un nuevo factor en la discusión. Se trataba de saber si realmente el joven tenía derecho a obrar por cuenta propia y abandonar la tribu en perjuicio de la seguridad común.

Mientras el cónclave discutía sin perder la compostura se acercó a Miguel Ángel Aznar la muchacha rubia.

—Si Crando va contigo, yo quiero ir también —dijo la chica clavando sus limpias pupilas en el rostro del valerano.

—¿Es tu esposo?

—Crandó es mi hermano. Mi nombre es Banda.

—Banda. Tienes un nombre muy bonito. ¿Sabes cómo vamos a viajar hasta el mar? Seguramente, andando.

—No me importa. Donde puedan llegar los demás llegaré yo también.

—¿Están tus padres entre el grupo? —señaló Miguel Ángel.

—Mí madre murió siendo yo niña. Las “Mantis” nos atacaron por sorpresa. Eso ocurrió en nuestro campamento anterior.

—¿Quieres decir que has vivido en otra parte antes?

—Solemos cambiar con frecuencia de campamento. Nunca estamos demasiado tiempo en el mismo lugar. A veces recorremos dos o tres campamentos y regresamos al primero.

—Comprendo que deseéis dejar esto. ¿Abundan las “Mantis” en estos alrededores?

—Ésta es una zona relativamente segura. Tenemos hierbas y árboles frutales en los “cañones”, y también abunda la caza.

Miguel Ángel aprovechó la oportunidad para pedir a la muchacha algunos materiales. Si tenían que andar hasta la costa no

podían hacerlo llevando las pesadas armaduras de “diamantina”. Por el contrario, el Almirante no quería abandonar los “backs”, que servirían como último recurso para llevarles volando hasta el “Pinto”. Ahora bien, necesitaban fabricarse un atalaje para colgar de sus espaldas el equipo de vuelo.

Banda fue a buscar algunas tiras de cuero curtido mientras los astronautas se despojaban de sus armaduras, conservando solamente los zapatos de “diamantina”.

La muchacha comprendió rápidamente la idea del Almirante respecto a la forma que debería tener el aparejo. ¿Cómo? Seguramente lo leyó en la mente de Miguel Ángel. Banda tomó una afilada cuchilla, punzón e hilo de nervio y se puso a confeccionar un atalaje que no debería diferir mucho del utilizado por los paracaidistas.

Mientras tanto terminó la reunión. Ocho hombres, doce mujeres y siete niños iban a seguir a los valeranos. Los demás optaron por cambiar de campamento continuando su azarosa existencia en las montañas.

Crando vino hasta donde estaba su hermana, miró lo que estaba haciendo y se puso también a ayudar.

CAPÍTULO VI

BAJANDO de las “montañas” a la espalda, los astronautas tuvieron ocasión más que sobrada de reflexionar acerca de las condiciones en que se había desarrollado la existencia del hombre, luchando con su sola fuerza física contra los rigores del clima y los obstáculos de la orografía.

El terreno era espantosamente accidentado y no existían caminos, ni siquiera senderos. Bajar por los peñascos, trepar por las laderas, vadear arroyos, cruzar barrancos y abrirse paso entre la maleza no era un ejercicio al que estuvieran acostumbrados los astronautas. Las caídas eran frecuentes, las piedras lastimaban las plantas de sus pies, las ramas les azotaban y arañaban las piernas, los brazos y el rostro. Y todo era peor si uno pensaba que aquel molesto peso que llevaba a la espalda podría haber terminado con su suplicio, llevándole como una pluma a través del aire... si el “back” no ofreciera el peligro, todavía peor, de atraer a los malditos “Ghuros”.

Para mayor escarnio de los valeranos, los “Tapos” que les acompañaban realizaban sin necesidad de “back” el prodigio de saltarse los más difíciles obstáculos.

Fue una experiencia inolvidable ver a la rubia y esbelta Banda erguida sobre un risco, flotantes al viento sus dorados cabellos, calculando con la vista la distancia de la separaba de otro peñasco situado cien metros más arriba. Banda adoptaba entonces una actitud particular, se la veía concentrarse, como aplicando toda su fuerza psíquica a la consecución de un propósito fijo... De pronto se desmaterializaba en el aire, y un segundo después cobraba de nuevo forma corpórea sobre aquel otro risco allá arriba.

El Almirante no se cansaba de mirarla, y no sólo por lo de sorprendente que tenía el fenómeno, sino porque Banda era una

chica preciosa. Jamás había visto Miguel Ángel una chica como aquella; bella, fuerte, ágil. Con toda la gracia del antílope y la suavidad felina del leopardo. A plena luz del sol, sudorosa y despeinada, comiendo o durmiendo, en cualquier trance y actitud aparecía siempre hermosa, ¡hasta bostezando!

Ninguna mujer valerana habría podido mantener incólume su gracia y su belleza en tanta variedad de ocasiones. El Almirante llegó a pensar que, en cierto modo, tanto los hombres como las mujeres de su civilización eran productos muy elaborados, capacitados sólo para realizar un determinado número de cosas, como andar sobre alfombras, conducir un aerobote, exhibirse en una playa, hacer el amor con una suave música de fondo...

Hasta haciendo la guerra el valerano era un individuo artificioso. El Almirante estudiaba la resolución de una batalla mediante una computadora... el soldado apretaba un botón que iba a disparar un millón de misiles nucleares... ¡Que distinto de todo ello era esta Banda, espontánea, alegre y vivaz!

No sólo Banda era así. Todos los “Tapos” eran gente alegre. Se burlaban de los valeranos y de sus pesadas cajas, poniendo en duda que aquellas cosas fueran capaces de llevar a los extranjeros por el aire. Hombres, mujeres y niños poseían el extraño don de poderse desmaterializar... ¡y saltar! No lo hacían siempre, porque al parecer les fatigaba. Sólo en los pasos difíciles efectuaban el salto. Luego se ponían a andar al lado de los extranjeros y les ayudaban a llevar su pesada carga.

Solos, los “Tapos” habrían marchado mucho más aprisa. Su agilidad y su resistencia física eran extraordinarias. Con frecuencia se adelantaban en el camino para explorar lo que había por delante, y luego se sentaban a esperar a los sudorosos y renqueantes valeranos.

El Almirante había hecho desmontar las radios de las escafandras para llevarlas consigo. Cada cuatro o cinco horas y siempre por un brevísimo tiempo, encendía la radio y escuchaba por si captaba alguna llamada del “Pinto”.

En el día sin fin del circumplaneta, con el brillante sol clavado siempre en el cenit, se perdía toda noción del tiempo. Sin sus relojes-calendario los valeranos habrían llegado a pensar que habían transcurrido semanas cuando solamente llevaban tres días de

marcha. Andaban cuanto podían, y cuando no podían más se echaban a dormir buscando la sombra de algún arbusto.

Los “Tapos” se alejaban a veces, desaparecían de vista y regresaban al cabo de cierto tiempo con alguna pieza. Utilizaban la jabalina y el arco y la flecha, instrumentos primitivos con los cuales eran singularmente diestros. Los valeranos llevaban consigo sus armas de “luz sólida”, cuyo tiro era infalible a cualquier distancia siempre que el ojo alcanzara a ver el blanco.

Pero los valeranos estaban siempre demasiado cansados para dedicarse a la caza. Los “Tapos” comían la carne cobrada cruda. En su lucha por la supervivencia la cautela era en ellos un hábito natural. Nunca encendían fuego porque el humo podía atraer a las “Mantis”. Los valeranos no podían comer la carne cruda y se alimentaban de carne curada que los “Tapos” habían traído en su ligero equipaje. Al terminarse la carne curada se vieron obligados a comer raíces y frutos silvestres.

La distancia desde el pie de las montañas a la costa era de unos quinientos kilómetros, y habían perdido dos jornadas bajando de las montañas. Pero dadas las condiciones del terreno era imposible avanzar más de veinte o veinticinco kilómetros por jornada.

—¡Con lo sencillo que sería poner en marcha el “back” y volar en una hora hasta allá! —se quejaban los astronautas a cada momento.

—No hay prisa —contestaba el Almirante—. Llegar antes a la costa no solucionaría nada. La comandante Balmer no se atreverá a utilizar siquiera la radio mientras los “Ghuros” anden cerca. Si los “Ghuros” no anduvieran por aquí tampoco sería necesario utilizar los “backs”. El “Pinto” vendría a buscarnos.

—¿Entonces para qué demonios los llevamos? ¡Con lo que pesan los malditos! —exclamó el sargento Fernández.

—En una situación de apuro podríamos vernos obligados a utilizarlos. Por ejemplo si nos atacaran las “Mantis” en número que no pudiéramos hacer frente.

El Almirante no dijo que en un caso extremo los “backs” podrían llegar a ser su única posibilidad de sobrevivir. Por ejemplo en el supuesto de que la comandante Balmer se cansara de esperarles y los diera por perdidos, emprendiendo el regreso al autoplaneta.

Estaban descansando. Miguel Ángel encendió la radio para

emitir un breve mensaje:

—“Aznar a “Pinto”. Seguimos vivos. Cierro.”

Corrían un grave riesgo con estos mensajes periódicos. Si los “Ghuros” llegaban a captarlo y establecían la dirección enviarían una de sus esferonaves a investigar. Con un detector de infrarrojos sería difícil que el grupo pudiera escapar a la inspección. Por otro lado podía ocurrir que los del “Pinto” hubiesen captado la llamada, sin poder contestar por temor a ser localizados por los gonios enemigos.

El grupo siguió marchando, avanzando penosamente por la inmensa llanura cruzada de barrancos, cubierta de arbustos leñosos. Al alejarse de las montañas se dejaba sentir con más fuerza el viento. Este viento constituía una verdadera pesadilla, soplando a todas horas, gimiendo y aullando, golpeando a los hombres, fatigándoles.

A las dos semanas en marcha se encontraban todavía a mitad camino hasta la costa. Los astronautas estaban cansados, debilitados por las privaciones, a punto de derrumbarse. El sargento Mora padecía de infección intestinal y el Almirante temió que las enfermedades acabaran destruyéndoles antes que el enemigo. El mismo día otro astronauta acusó desarreglos intestinales. El Almirante tomó una decisión:

—Descansaremos unos días —confió al sargento Fernández.

—Será peor. La confianza de llegar pronto a la costa es lo que ha sostenido a los muchachos hasta aquí. Pararnos equivale a prolongar la espera.

—Si descansáramos diez días y el undécimo recibiéramos noticias del “Pinto”, bastaría media hora de vuelo en “back” para hacer el camino que nos emplearía dos semanas andando.

—¿Y qué haríamos con los “Tapos” entonces?

—Enviaremos a los “Tapos” para que se nos adelanten y nos esperen junto al mar. Nos reuniremos con ellos en una semana.

—¿Aunque el “Pinto” no de señales de vida?

—Si en una semana no tenemos noticias del buque volaremos hasta la costa, pase lo que pase. Allí junto al mar tendremos más probabilidades de sobrevivir. Buscaremos una cueva y nos dedicaremos a pescar peces y moluscos. Pero no les hable de esto a los muchachos, prefiero den por supuesto que una vez en la costa

van a terminar nuestros problemas.

El Almirante encendió la radio y escuchó por si el “Pinto” emitía. Pero la radio seguía en silencio. Llamó a Crando y le expuso su plan:

—Nuestros hombres están muy cansados. Necesitan dormir mucho y comer carne asada. He decidido buscar algún refugio y descansar por un tiempo. Vosotros vais a continuar marchando hasta la costa. Viajaréis más rápido y cómodamente sin nosotros. Cuando lleguéis al mar os alcanzaremos volando en nuestras mochilas metálicas.

No hubo ningún problema para convencer a Crando. El tapo no podía recelar del Almirante por la sencilla razón de que no existía ninguna intención oculta en la mente del valerano. Si la hubiese habido, Crando la habría descubierto, en cuyo caso tampoco se le habría podido engañar.

Los “Tapos” se despidieron y se alejaron en grupo. En media hora se habían perdido de vista. El cielo se estaba nublando y los valeranos se dedicaron a buscar un refugio. Su ya larga experiencia en la marcha a lo largo de arroyos y barrancas les había enseñado que era frecuente encontrar cuevas en las laderas de las quebradas socavadas por la acción del agua. En una de estas cuevas se refugiaron mientras empezaba a llover torrencialmente.

Aunque las lluvias no solían durar mucho en la región, en esta ocasión estuvo lloviendo ininterrumpidamente durante más de veinte horas. El arroyo empezó a subir de nivel en el interior de la cueva, haciendo necesario considerar la urgencia de evacuar el refugio. El Almirante decidió esperar un poco más. Entonces dejó de llover y empezó a bajar el nivel del arroyo.

La situación del comando no podía ser más lamentable. La crecida del arroyo les tuvo treinta horas aislados. Dos hombres estaban enfermos, el mismo Almirante empezaba a sentirse mal, no tenían comida y se sentían abandonados, perdidos en un mundo hostil.

Cuando finalmente pudieron salir de la cueva, el Almirante cogió su fusil de “luz sólida” y salió dispuesto a cazar algo. Marchando arroyo abajo encontró una familia de “robers”, especie de topos gigantes que la crecida del barranco había obligado a salir de su madriguera. Mató dos y regresó a la cueva. Pero sólo

disponían de una poca leña seca y tuvieron que comer la carne medio cruda.

El Almirante se sentía tan irritado que estuvo a punto de abandonar toda clase de precauciones y utilizar los “backs” y volar directamente a la costa, pasara lo que pasase. Pero un jefe no podía dejarse llevar del desánimo, ni ceder a las presiones de sus hombres aunque él mismo estuviera deseando darles gusto. Mientras tanto había salido el sol y el calor sacaba nubes de vapor de la tierra húmeda.

Seis horas más tarde Miguel Ángel volvía a salir, esta vez acompañado del sargento Maura. Marchaban arroyo arriba en busca de “robbers”, cuando al alejarse del refugio el sargento Maura se detuvo haciendo pantalla con la mano sobre los ojos.

—Sargento, ¿qué ocurre?

—¡Una esferonave!

Miguel Ángel sintió helársele la sangre en las venas. Era curioso que, como astronauta, nunca hubiese pensado en la sensación de impotencia que deberían sentir las “Mantis” cuando él las había sorprendido desde su buque en pleno descampado. Miró y vio a través de la neblina una enorme esfera gris que parecía flotar en el aire como un globo, moviéndose lentamente sobre el cauce del arroyo.

—¡Al agua! —exclamó el Almirante—. Tal vez bajo el agua no lleguen a descubrirnos con sus detectores de calor.

Se echaron al arroyo, que era poco profundo, tendiéndose de espaldas en el fondo pedregoso. Las aguas bajaban rojizas y ni siquiera a corta distancia se les podría haber visto. El Almirante rezó para que ninguno de sus hombres se encontrara fuera de la cueva en aquel momento.

Acostado en el fondo del arroyo, sacando sólo la nariz de vez en cuando para respirar, Miguel Ángel Aznar veía a través del agua la esferonave. Ésta volaba a unos mil metros de altura y era enorme, aproximadamente de un kilómetro de diámetro. En su superficie gris había pintados algunos símbolos de gran tamaño, en cierto modo parecidos a la escritura china o japonesa.

La esferonave pasó sobre los apurados valeranos y se alejó hasta desaparecer tras la neblina.

—¡Vaya! —suspiró aliviado el sargento Maura—, ¿se creerá que

mientras estaba tendido esperaba de un momento a otro que me atravesaran con un disparo de “luz sólida”?

—Lo creo. Yo lo estaba esperando también —dijo el Almirante.

Dejaron pasar un buen rato y luego prosiguieron la marcha.

Regresaron al refugio con tres “robers” y esta vez pudieron asar la carne a conciencia. El viento era muy fuerte y disipaba rápidamente el humo de la fogata. Pero los valeranos habían oído decir a los “Tapos” que el peligro de encender fuego no consistía solamente en que alguien viera la humareda.

El viento llevaba lejos el humo y la “Mantis” podían olfatearlo a gran distancia.

La dieta de carne asada y el descanso no curaron del todo a los enfermos, pero éstos al menos no empeoraron. Los astronautas encendían con frecuencia sus radios, no para hablar por ellos, sino para escuchar. Pero los días iban transcurriendo y cada jornada era una nueva decepción.

—Tal vez nos hayan abandonado —decían los hombres.

El Almirante Aznar había prometido que a la semana volarían de todos modos hasta la costa. Era el día sexto y los astronautas revisaban los arreos de sus “backs” como preparándose para la marcha. Sin embargo, Miguel Ángel dudaba. Sería el colmo de la mala suerte que por no esperar un día más se denunciaran al enemigo poniendo en funcionamiento las pilas atómicas.

Los astronautas acababan de comer y el propio Miguel Ángel apagó el fuego antes de echarse a dormir. Llevaba mucho tiempo durmiendo cuando sintió que alguien le sacudía rudamente por un hombro.

Abrió los ojos y vio ante sí la cara del sargento Mora que le hacía señas para que guardara silencio.

—¡Chist! —musitó—. Mire afuera. ¡“Mantis”!

El primer movimiento instintivo del Almirante fue coger el subfusil de “luz sólida”. El resto del grupo seguía durmiendo. Miró afuera y vio tres “Mantis” adultas que estaban sobre la orilla opuesta de la quebrada, recortadas limpiamente contra el cielo. La quebrada tenía en aquel lugar unos trescientos metros de orilla a orilla.

—Despierte a todos, pero que no hablen ni metan ruido.

El Almirante se arrastró hacia el exterior de la cueva

preguntándose si las “Mantis” sabían que ellos estaban allí.

Pronto salió de dudas al ver otras dos “Mantis”, aguas abajo del arroyo, cruzando la corriente a unos cuatrocientos metros de distancia. Todos los insectos iban armados.

Las “Mantis” ya utilizaban armas de fuego en la época que los valeranos llegaron por primera vez al circumplaneta. Incluso volaban en aeronaves propulsadas por motores de reacción. Los “Ghuros” parecía habían remitido a las “Mantis” a su ambiente natural, pero estos insectos no eran puros animales. Tenían una inteligencia al nivel de la mente humana, seguramente más despierta ahora, después de haber sido perseguidos enconadamente por los terrícolas, primero, y por los “Ghuros” después.

Los astronautas se estaban incorporando y cogiendo sus armas. El Almirante pensó en Banda. Los “Tapos” tenían un sentido especial para detectar la presencia de las “Mantis”. Si Banda hubiese estado ahora aquí habría podido adivinar si había otras “Mantis” sobre la pared de la barranca que quedaba encima de la cueva.

El sargento Fernández vino arrastrándose y se situó a la izquierda del Almirante. Por la derecha llegó Mora.

—¡Vaya plan! —murmuró Mora—. ¿Y ahora qué hacemos?

El Almirante miraba a las “Mantis” sin contestar.

Incluso a distancia ofrecían las “Mantis” un aspecto impresionante. Los terrícolas las habían llamado así, a pesar de que, como insectos, estaban más cerca de las hormigas que de las “Mantis” auténticas.

En posición de reposo, y también cuando se disponían a atacar, tenían la costumbre de agazaparse sobre sus cuatro patas, apoyando en el suelo el apéndice inferior que formaba su largo abdomen. Entonces doblaba hacia arriba los brazos y juntaba las garras, en la actitud típica de una religiosa orando. De aquí le venía el nombre de “Mantis religiosa”.

Una “Mantis” adulta solía alcanzar dos metros de estatura e incluso más. Eran unos animales fuertes, ágiles y de una ferocidad extraordinaria, capaces de arrancar el brazo de un hombre de una dentellada de sus poderosas mandíbulas masticadoras.

Mientras estaban observando los astronautas llegaron otras cinco “Mantis” y se unieron a las tres que ya se encontraban en la orilla

opuesta de la quebrada. Cada una de las “Mantis” llevaba una mochila ligera a la espalda. Se agazaparon doblando sus brazos, en la actitud que les era típica.

De pronto los insectos empezaron a hacer sonar sus élitros.

Lo que era el rugido del león en la sabana africana era el chirrido de las “Mantis” en las selvas del circumplaneta; algo estremecedor que helaba la sangre en las venas y ponía en fuga al resto de los animales.

Un estruendo como de mil cigarras cantando al mismo tiempo hizo vibrar el aire. Probablemente no había mil, ni siquiera cien, alrededor de la cueva, pero cualquiera que fuera su número debían constituir una manada bastante numerosa para animarles a atacar de frente.

—Van a atacar, estén atentos —advirtió el Almirante.

Apenas había pronunciado Miguel Ángel Aznar estas palabras cuando varios cuerpos pesados se desprendieron de lo alto del muro y cayeron ante la boca de la cueva.

¡“Mantis”!

Eran siete u ocho y se presentaron de improviso.

Desde la posición de tendido Miguel Ángel Aznar disparó su arma de “luz sólida” moviéndola de un lado a otro. Los insectos estaban armados de fusiles automáticos y rompieron a disparar a su vez hacia el interior de la cueva. Por encima del Almirante Aznar, y de los sargentos Fernández y Mora, el resto de los astronautas abrió fuego con sus subfusiles. Otros insectos siguieron saltando desde el borde de la quebrada plantándose ante la boca de la cueva.

—¡Disparen a la cabeza! —gritó el Almirante.

Las armas valeranas disparaban delgados rayos de “luz sólida” del grueso de un lapicero. Pero las “Mantis”, por su especial constitución, no eran fáciles de matar. Atravesadas de parte a parte por varios disparos seguían combatiendo. Sólo atravesándoles el cerebro morían instantáneamente.

Las “Mantis” disparaban cartuchos de pólvora y los valeranos rayos de “luz sólida”, que al rasgar el aire producían un ruido seco como el restallar de un látigo. Las balas arrancaron astillas de roca junto a la entrada, levantaron el polvo ante la cara del Almirante y pasaron sobre su cabeza penetrando hasta el interior de la cueva.

Pero las armas de “luz sólida” eran tan eficaces que casi podían

aserrar a un insecto por la mitad cuando se disparaba en ráfaga continua barriendo de un lado a otro. Las “Mantis”, repetidamente atravesadas de parte a parte, iban cayendo ante la boca de la cueva. Otras más seguían descolgándose de arriba y los astronautas disparaban contra ellas antes que tuvieran tiempo de atacar.

Las “Mantis”, aun muertas, daban muestra de su extraordinaria vitalidad agitando convulsamente sus miembros. Había un montón agitado y revuelto de “Mantis” ante la cueva cuando cesó el ataque. Los astronautas retiraron el dedo de los gatillos al no tener sobre quien disparar.

—¿Cómo van las cosas ahí atrás? —preguntó el Almirante sin volver la cabeza, atento por si volvían las “Mantis”.

—Almela está muerto, y Regan y Gómez heridos —contestó una voz lúgubre desde atrás.

El Almirante se mordió el labio. Estaba furioso y empezó a disparar a todo lo ancho de la quebrada contra las “Mantis” que se encontraban reunidas en la orilla opuesta.

Dos insectos rodaron por el talud, y aunque uno de ellos logró incorporarse, el Almirante lo abatió de nuevo acribillándole. Los sargentos Mora y Fernández unieron su cólera a la de su Almirante derribando otras dos “Mantis” y poniendo al resto en fuga.

De nuevo dejaron de disparar por no tener sobre quien hacerlo. Algunos chirridos parecían anunciar que los insectos se alejaban furiosos. El Almirante contempló el montón de insectos muertos ante la boca de la cueva.

—Remátenlos si queda alguno con vida —ordenó Miguel Ángel.

Se retiró hacia el interior de la cueva para interesarse por los heridos. El sargento Almela no necesitaba que nadie se ocupara de él. La bala que le mató le atravesó la cabeza entrándole entre los ojos y saliendo por la nuca. Regan tenía una herida de diez centímetros de longitud en un parietal y Gómez tenía un hombro atravesado con la bala alojada en la cara interna del omoplato.

El grupo no llevaba botiquín, que había quedado con el resto del equipo en el perdido aerobote.

—Si hubiéramos conservado nuestras armaduras no nos habría ocurrido esto —comentó Regan.

—Si las hubiésemos conservado todavía estaríamos en las montañas —contestó el Almirante.

Pero algo había de verdad en la crítica del astronauta.

Si de todos modos iban a tener que utilizar los “backs” para alcanzar la costa, bien pudieron haber esperado un mes en las montañas y hacer ahora de un solo vuelo el camino que recorrieron andando. Él se había empeñado en llevar consigo a los “Tapos”, y por acompañar a los “Tapos” tenía un hombre muerto.

El sargento Fernández había salido a explorar el terreno y regreso diciendo:

—Se han retirado, pero tal vez regresen.

—Si vuelven no nos encontrarán aquí —contestó Miguel Ángel—. Curen a Gómez como puedan y prepárense para partir. Esta vez vamos a volar en los “backs”.

El sargento Maura vino con la tablilla de identificación del muerto.

—¿Qué hacemos con el cadáver? No tenemos con qué excavar una fosa.

—Le dejaremos aquí y dispararemos contra las rocas para provocar un derrumbamiento que tape la cueva. Aunque tanto da. De cualquier forma los insectos olfatearán al muerto y desobstruirán la entrada para devorarlo. Les gusta mucho la carne humana a estos diablos. Destruyan el “back” de Almela.

La impresión causada por la muerte de un compañero fue prontamente superada por el resto del grupo. Llenos de gran animación los astronautas se ayudaron unos a otros a colgarse el “back” a la espalda. Abandonaron la cueva pasando sobre el montón de cadáveres, vadearon el arroyo y desde el otro lado dispararon sus armas contra el muro. La roca era deleznable y la entrada de la cueva quedó finalmente cubierta de escombros.

—Bien, vámonos —dijo el Almirante colgándose del cuello el subfusil.

Con gran satisfacción los astronautas buscaron a tientas el botón del reostato insertado en la parte baja y lateral de su respectivo “back”. El aparato actuó según la forma ya conocida, levitando y tirando de los astronautas a través del atalaje de paracaidista.

Al abrir el regulador, un rayo de “luz sólida” brotó de la tobera del “back” impulsando a los astronautas hacia adelante.

A ciento cincuenta kilómetros por hora la resistencia del aire arrancaba la respiración de los pulmones de los astronautas y les lastimaba en los ojos. El vuelo en “back”, que con una armadura de “diamantina” podía hacerse a mil kilómetros por hora, quedaba notablemente restringido al no estar convenientemente protegidos los hombres que lo utilizaban.

Siguiendo el cauce del arroyo, que necesariamente había de llevarles al mar, el Almirante Aznar marcaba la velocidad y el rumbo a sus hombres.

Volaban a baja altura, de forma que al avanzar por el cauce las paredes de éste les cubrían del viento cruzado. Los “Tapos”, en su ruta hacia el mar, debían haber seguido este mismo camino. Miguel Ángel Aznar se preguntó si podría encontrarlos junto a la costa.

Tres horas y media de vuelo llevó a los valerosos hasta la desembocadura del río en el mar. Allí vieron a los “Tapos” que les hacían señas y daban saltos de alegría. Uno de los que más brincaban era la encantadora Banda, que corrió al encuentro de Miguel Ángel cuando éste acababa de aterrizar sobre un largo banco de arena. Nunca pudo pensar el Almirante que se alegraría tanto al volverla a ver.

Sonriéndole, con los azules ojos chispeantes de alegría, Banda señaló el mar y exclamó:

—¡Es maravilloso, nunca había visto tan gran cantidad de agua junta!

Los “Tapos” habían llegado hacía treinta horas y desde entonces se dedicaban con entusiasmo a buscar almejas y cangrejos, que comían crudos con gran fruición.

—Debemos buscar un lugar más seguro —dijo el Almirante.

A unos cinco kilómetros de la desembocadura se levantaba un promontorio que avanzaba una milla mar adentro. Astronautas y “Tapos” se dirigieron hacia allá. Pero no encontraron refugio en el mismo promontorio, sino en una abrigada caleta que había al otro lado, protegida por un alto acantilado en el que abundaban las cuevas horadadas por la acción milenaria de las olas.

Tan pronto se sintieron en lugar seguro el Almirante hizo funcionar la radio.

—Aznar a “Pinto”. Estamos vivos. ¿Pueden contestar?

Dejó el receptor encendido. Instantes después escuchaban con

alborozo una voz amiga:

—Aquí “Pinto”. ¿Dónde están ustedes? Hace horas que permanecemos a la escucha. Cambio.

—Aznar a “Pinto”. Donde quieran que estén, por el amor de Dios, ¡vengan a buscarnos! Nos encontramos en un acantilado de la costa, a la izquierda de la desembocadura de un río y al otro lado de un promontorio. Más o menos en el vector por donde pasamos al despegar del buque. Cambio.

La voz que se escuchó a continuación era la de la comandante Berta Balmer:

—¡Almirante, gracias a Dios! Vamos a ir por ustedes inmediatamente. La operación debe realizarse en el menor tiempo posible. No hace cuatro días que las esferonaves todavía andaban patrullando esta zona, y no estoy segura de que no vayan a regresar. Tal vez se han alejado para que nos confiemos y salgamos. Pero nosotros estamos más cerca y llegaremos hasta ustedes antes que ellos. ¿Tienen listos sus “backs” para volar hasta el buque? ¡Conteste, cambio!

—Hola, comandante, encantado de poderla escuchar de nuevo. La operación no podrá ser tan breve si no llegan con el buque a la misma playa. Tenemos con nosotros doce mujeres, siete niños y ocho hombres. Todos son “Tapos”. Cambio.

—¿He entendido “Tapos”? ¿Quiénes son esos individuos? Escucho. Cambio.

—Son gente buena, comandante. Seres igual que nosotros. Es una historia larga de contar. No pierdan el tiempo y traigan aquí el buque. Cambio.

—Ya estamos navegando en su dirección. Emergeremos a la superficie para poder llegar más pronto. Tanto da que nos detecten por la radio, el radar o por emanación de neutrinos. Siga hablando para que podamos situar su posición mediante nuestra antena direccional. Cambio.

—Ponga atención, Balmer. Cuando se acerquen al acantilado tengan abierto de par en par el portón. A cien metros de distancia nuestros “Tapos” podrán saltar a bordo. ¿Entendido? Cambio.

—No entiendo en absoluto lo que dice, Almirante. ¿Cómo van a saltar sus “Tapos” a bordo desde cien metros de distancia? Repítalo. Estamos en la superficie y hemos fijado su situación. Calculo que

llegaremos en veinte minutos. Cambio.

—No se rompa la cabeza tratando de comprender esto, Balmer. Los “Tapos” pueden saltar a más de cien metros de distancia, incluso hacia arriba. ¿Se acuerda usted de los bartpuranos? Los “Tapos” tienen sus mismas facultades paranormales. Voy a cerrar la radio hasta que les tengamos a la vista. Corto.

El Almirante apagó la radio y sus hombres lanzaron al unísono un grito de alegría.

Quince minutos más tarde, desde la cueva, veían acercarse el buque volando a ras de las olas. El Almirante utilizó de nuevo la radio para dirigir el rumbo del “Pinto”, que venía ligeramente desviado hacia estribor.

El crucero corrigió el rumbo enfilando la proa hacia la caleta. Venía tan rápido y estaba ya tan cerca que parecía inminente fuera a estrellarse contra el alto acantilado. Estaba a sólo tres kilómetros cuando las ondas gravitacionales actuaron con la energía que les era característica.

Como si una mano invisible y poderosa sujetara al crucero por la popa, éste se detuvo y quedó a 500 metros de distancia del acantilado. Entonces viró 90 grados, ofreciendo el costado de babor a la vista de los que le veían maniobrar desde la cueva.

Los “Tapos” contemplaron impresionados aquella mole amarilla de 300 metros de largo por 40 metros de alto que flotaba como una pluma en el aire. Los rayos del sol reflejaban en cientos de proyectores alineados a lo largo de la superestructura y los flancos del buque. Éste se desplazó lateralmente arrimando su costado al acantilado. Entonces pudo verse el amplio portón de seis metros de ancho abierto de par en par en el casco del buque, donde se movían unas pequeñas figuras blancas. Al estar más cerca se vio que eran astronautas uniformados que hacían alegres señas a los de la cueva.

Los comandos ya tenían preparados sus “backs” cuando el “Pinto” se detuvo a unos ciento cincuenta metros de distancia.

—Saltad —dijo el Almirante Aznar a los “Tapos”. Y les señaló el portón abierto.

Crando se acercó al borde del precipicio, se concentró en sí mismo, midiendo la distancia con la vista, y se desvaneció en el aire. Un segundo después reaparecía a bordo del buque.

Banda se dispuso a saltar. En los brazos llevaba un niño de unos

dos años, el más pequeño del grupo. El Almirante temió por ella y por el niño. Si fallaban el salto se precipitarían al abismo, donde las olas batían ruidosamente los aguzados escollos del fondo.

Banda y el niño se desmaterializaron en el aire. Reaparecieron inmediatamente en el hueco del portón, pero el salto fue tan medido que los tripulantes del “Pinto” tuvieron que cogerla para evitar que se cayera de espaldas al mar.

Miguel Ángel Aznar dejó escapar un suspiro de alivio. Se preguntó, “¿por qué me preocupó tanto por ella?” Pero los restantes “Tapos” habían empezado a saltar por parejas y distrajeron su atención.

El último “Tapo” había saltado, llevando los hombres a los niños en brazos. El Almirante ordenó a sus hombres dirigirse al buque, en lo que todos obedecieron con gusto. El Almirante esperó hasta que todos estuvieron a bordo. A continuación hizo funcionar su “back” y salvó fácilmente la distancia que le separaba del portón del “Pinto”.

La comandante Balmer, irreproachable en su blanco uniforme abrochado hasta el cuello, le saludó llevándose los dedos a la visera charolada de la gorra.

—Bien venido a bordo, señor. Sin novedad.

Miguel Ángel le tendió la mano. Su aspecto no podía ser más desastrado. Llevaba barba de tres semanas, y sus ropas, las que los astronautas solían vestir debajo de la armadura de “diamantina” estaban sucias y completamente hechas jirones.

—Aquí está lo que queda del Almirante —murmuró avergonzado.

—¿Han tenido dificultades para llegar hasta aquí?

—Comandante Balmer, no sea sarcástica —contestó Miguel Ángel.

CAPÍTULO VII

ESTABA Miguel Ángel Aznar dijo: “Adelante” y se puso la puerta del
—Noticias de “Valera”, Almirante —se oyó la voz de la
comandante.

—¿Buenas?

—No sé que le diga.

Miguel Ángel Aznar se embutió los faldones de la camisa en los pantalones y salió del cuarto de aseo. Berta Balmer estaba en medio del camarote con un papel en la mano.

—¿Atendieron a los “Tapos”? —preguntó el Almirante tomando dos hojas de papel de la mano de la comandante.

—Les distribuimos en camarotes, les hemos dado ropas y los medios para que puedan bañarse si lo desean. Aunque dudo que les guste mucho el agua. ¡Esos “Tapos” son auténticos salvajes!

—¿Por qué cree que son salvajes? —dijo Miguel Ángel empezando a leer.

Se trataba de dos radios recibidos del autoplaneta. El primero de ellos decía:

“Personal al Almirante Aznar. Desaparecido el Almirante Mayor don Miguel Ángel Aznar Polaris, dado razonablemente por fallecido, el Estado Mayor General se ha reunido en sesión extraordinaria. Ante gravedad de situación, los señores miembros del Estado Mayor General consideraron la urgencia de elegir nuevo Comandante Jefe, habiendo recaído la designación sobre la persona del Almirante Juan MacLane, quien a partir de la fecha de publicación de la presente Orden pasa a ejercer el mando supremo del autoplaneta “Valera” con todas las responsabilidades y facultades inherentes al cargo. Firmado Juan MacLane, Almirante

Mayor del autoplaneta “Valera”.—Comandante Jefe de las Fuerzas Armadas Expedicionarias de la República de Nueva Hispania.”

Miguel Ángel Aznar levantó sus ojos hasta el bello rostro de la comandante Balmer.

—Usted no estaba allí —dijo Berta Balmer—. Ese intrigante MacLane jugó bien sus triunfos. Desaparecido el Almirante Mayor, ignorado el paradero de usted, se aprovechó para convocar la reunión del Estado Mayor General y hacerse nombrar Comandante Jefe. Si tenía usted amigos entre el Estado Mayor, seguramente no pudieron hacer nada para evitar que MacLane precipitara los acontecimientos. Las circunstancias, como todo lo demás, han estado a favor de MacLane.

Miguel Ángel Aznar no podía engañarse a sí mismo. No podía negar que, desaparecido su padre, le hubiera gustado sustituirle como Comandante Jefe del autoplaneta “Valera”. Pero tal idea nunca había figurado en los planes de Miguel Ángel, por la sencilla razón de que no hubo ocasión de plantearse la cuestión de la sucesión. Siempre había dado por hecho que, al llegar a Atolón, el gobierno de Nueva Hispania designaría nuevo jefe para el autoplaneta.

Pero he aquí que al regresar a Atolón se encontraba con una situación imprevista. El estado de Nueva Hispania había desaparecido, y no existía gobierno alguno para decidir acerca del futuro de “Valera”. El destino del autoplaneta quedaba de nuevo en manos de su propia gente, como ya había ocurrido cuando después de la guerra contra los “Eternos” de Redención “Valera” se proclamó república independiente.

Miguel Ángel echó una ojeada al segundo comunicado. Era otro radio de “Valera” anunciando que el planetillo se había detenido después de llegar a una distancia de cuarenta millones de kilómetros del circumplaneta. El Almirante Mayor urgía al Almirante Aznar para que facilitara toda la información que poseyera acerca de lo que estaba ocurriendo en Atolón.

—¿Y bien? —preguntó la comandante Balmer mirando a los ojos del Almirante, como tratando de descubrir algún signo de contrariedad.

—¿Cuál es nuestra situación?

—¿Se refiere a la “nuestra”? Estamos posados en el fondo del océano Verde, a mil doscientos metros de profundidad y unas cien millas de la costa. Reactores parados. Acaban de informarme que no se registra actividad alguna del enemigo aérea ni submarina. Es extraño, pero parece que no nos han detectado durante nuestra salida.

—No es tan extraño, el enemigo debe tener ahora otras preocupaciones mayores que buscar a un solitario buque en la inmensidad del Océano. Pongámonos en su lugar. Los “Ghuros”, de quien ya le hablé, seguramente ignoran que el autoplaneta “Valera” haya existido jamás. Pero “Valera” acaba de llegar y los “Ghuros” estarán preguntándose quién demonios somos y qué buscamos aquí. Lógicamente deben sentirse intranquilos, yo lo estaría en su lugar. De modo que lo más probable es que en vez de buscarnos reúnan su fuerza sideral y se acerquen a echarle un vistazo a nuestro planeta. Si es como figuro, ésta es una buena oportunidad para acercarnos a alguna de sus ciudades y ver cómo son y cómo viven esos “Ghuros”.

—¿Es usted obstinado, eh? No quiere regresar a casa sin averiguar todo lo que haya que saber acerca de esos “Ghuros”.

—Tal vez no volvamos a tener la oportunidad de enviar un crucero a Atolón en mucho tiempo. Nosotros estamos aquí y vamos a intentar obtener la mayor información posible. El planetillo se encuentra a sólo cuarenta millones de kilómetros. Eso quiere decir que ya son posibles las comunicaciones regulares. Podemos “saltar” al planetillo y recibir refuerzos del planetillo a través de la “Traslator”. Es importante tener aquí una cabeza de puente, aunque sólo se trate de algo tan limitado como una “Karendón”.

—Ha hablado usted de acercarnos a alguna ciudad. ¿Sabemos siquiera dónde están sus ciudades?

—Creemos que habitan generalmente junto al mar.

—¿Creemos? He hablado con ese joven tapo llamado Crando. Lo poco que ellos saben de los “Ghuros” es tan vago como una leyenda. Su información procede de lo oído a otras tribus, que seguramente lo escucharon a otra y así hasta diluirse en la inmensidad del circumplaneta. En mi opinión nadie sabe nada de los “Ghuros”.

—Es posible, mas tenga en cuenta que la forma de transmitirse las ideas no es en los “Tapos” igual que la nuestra. Suponga que un

“Tapo” ha visto alguna vez un “Ghuro”. Cuando se encontrara con un individuo de su tribu y describiera a ese extraño ser no se serviría de palabras. La imagen fijada en la mente del primer testigo pasaría íntegra a la mente del segundo, y, de forma idéntica, del segundo al tercero, y del tercero al cuarto, la imagen se transmitiría con la fidelidad de una fotografía. Si un “Tapo” intentara deformar esa imagen, el que le escucha descubriría que el otro le estaba engañando y sólo tomaría la imagen “real” que el vecino le estaba transmitiendo.

—No había caído en ello. Bueno, supongamos que los “Ghuros” son como nos los han descrito y viven en ciudades cerca del mar. Atolón es inmenso. ¿Por dónde empezamos a buscar?

—Estamos inmersos en un Océano, ¿no es cierto? Vamos a empezar por navegar a lo largo de la costa. Los “Ghuros” conocen la energía nuclear. La aplican a sus esferonaves y seguramente la utilizan también para sus ciudades. Donde descubramos una fuente de emisión de neutrinos, allí habrá una ciudad.

—O una esferonave.

—O una esferonave. Es un riesgo que debemos aceptar.

—Me encanta el riesgo —dijo la comandante con acento de ironía—. Estando con usted tiene una que acostumbrarse a tener la vida pendiente de un hilo.

—Si tenemos éxito en esta misión, casi con toda seguridad será promovida al grado de contralmirante.

—¿Con MacLane sentado en la poltrona del Almirante Mayor? No, olvídelo. Mis esperanzas de ascender se fueron a pique en cuanto nombraron a MacLane Comandante Jefe. Voy a dar las órdenes para empezar a navegar.

Después de marcharse la comandante siguió vistiéndose.

Pensó en Juan MacLane, un hombre frío y calculador, competente fuera de toda duda, aunque probablemente sin la flexibilidad y el tacto que requería el alto puesto al que había sido promovido. Se preguntó qué habría ocurrido en el supuesto de que él se encontrara en el planetillo cuando el Estado Mayor votó a MacLane. ¿Le habrían votado a él?

Miguel Ángel creía que no. Era el Almirante más joven de la Armada Sideral Valerana y ¿a qué negarlo? Aunque su hoja de servicios era de las más brillantes, algo había influido que su padre

fuera el Almirante Mayor. Era inevitable que fuese así. Pero las cosas serían distintas en el futuro, desvanecida la sombra protectora de aquel padre maravilloso que había sido el “superalmirante” Aznar.

De todos modos —pensó— ojalá MacLane resultara el hombre que los valeranos necesitaban en este momento.

Al salir de su camarote completamente uniformado, Miguel Ángel Aznar se dirigió al sollado en busca de los “Tapos”. Éstos habían recibido ropas de la Armada, las cuales cambiaban totalmente su aspecto.

Crando, vestido de blanco de pies a cabeza, tenía un aire elegante y distinguido. Por el contrario, Banda no parecía muy distinta, debido probablemente a que seguía conservando su largo y rubio cabello. Con el rostro lavado y el cabello peinado estaba todavía más bonita. Venía descalza con los zapatos en la mano.

—No puedo ponerme estos mocasines. ¡Me duelen mucho!

Miguel Ángel pensó que lo mejor sería despachar a los “Tapos” al autoplaneta a través de la “Traslator”. Eran muchos, la misión del “Pinto” podía prolongarse semanas, y no había razón para tener a bordo aquella gente, exponiéndola a un riesgo innecesario.

Habló a Crando de este asunto. Crando se sintió admirado de que los valeranos fueran capaces de hacer “el salto” a tanta distancia. Dijo que le gustaría probarlo.

La comandante Balmer también estuvo de acuerdo en enviar a los “Tapos” a “Valera”. Además, sugirió despachar por el mismo conducto a los heridos y a los hombres que habían acompañado a Miguel Ángel, la mayoría de los cuales necesitaban atención médica. Desde “Valera” podrían enviarles nuevos hombres para cubrir las bajas.

Tomada la decisión se expidió un radio en clave a “Valera”, fijando para una hora más tarde la recepción de la respuesta. El “Pinto” se sumergió de nuevo y continuó navegando hasta que una hora después emergió para utilizar sus antenas de radio y de radar.

La respuesta de “Valera” no se hizo esperar.

El almirante Pereira, jefe de Operaciones, anunciaba el envío de diez nuevos tripulantes y una sección de Tropas Especiales con un coronel, y asimismo la presencia del almirante Valenciano, jefe del Servicio de Inteligencia de la Armada.

Miguel Ángel Aznar y Valenciano eran muy buenos amigos, pero la presencia de éste a bordo del “Pinto” no parecía muy clara, excepto que significara que Miguel Ángel era relevado de la misión.

La comandante Balmer estudiaba la expresión del rostro del Almirante cuando éste leía la traducción del despacho cifrado.

—Alguien nos está echando la zancadilla allá arriba —murmuró la comandante señalando al techo, aunque refiriéndose al autoplaneta.

—Es posible que tenga razón —contestó Miguel Ángel—. Tengo una cuenta pendiente con MacLane. A lo mejor ha empezado a cobrársela desde hoy mismo.

—Yo no digo nada, pero ¿para qué queremos aquí un jefe del Servicio de Información? ¿Piensan acaso que usted no se basta y sobra para informar de lo que sea?

—Aprecio mucho al almirante Valenciano. Pero si él viene yo regreso a “Valera” —dijo Miguel Ángel estrujando el papel.

El bello rostro de Berta Balmer adoptó una expresión de furia.

—Está claro que quieren arrebatarlos el mérito de haber empezado y concluido una misión importante. Vale conmigo, no soy más que una comandante y tengo que tragarme lo que me echen. Pero usted no es cualquiera. ¡Es el mejor Almirante de la Armada! ¿Y va a darse por vencido?

—Esta misión ha dejado de tener interés para mí. Antes que Valenciano llegue aquí, yo estaré de regreso en “Valera”.

—No sea tonto, eso es lo que quieren que haga. No hay allí bastantes agallas para ordenarle que abandone la misión, pero le dan pie para que se moleste y se retire por decisión propia.

—Tal vez exageremos la importancia de esta misión.

—La misión en sí puede no ser importante, pero lo es la mala voluntad que trasciende de todo ello. Si no es importante, ¿para qué enviarnos al jefe de la Inteligencia?

—Bueno, no puedo impedir que venga a bordo.

—¿Quién sabe? Las “Traslator” no son infalibles, también se estropean a veces. Según el orden establecido debemos despachar primero a los heridos, luego a los enfermos y a los “Tapos”. Suponga que enviamos a los heridos y enfermos. Luego informamos por radio que han surgido dificultades en la transmisión. El arreglo de la máquina puede durar hasta que terminemos la misión.

—¿Y los “Tapos”?

—Nos quedamos con ellos. ¿Qué importa? Nos sobra sitio y son simpáticos. ¿Qué me dice?

—Es usted diabólica —dijo el Almirante sonriendo—. Ignore lo que acaba de decirme. Pero si la “Traslator” se estropea no habrá más remedio que suspender la transferencia.

Poco después, los siete supervivientes de la expedición eran desmaterializados en la “Karendón Traslator” y transferidos a la “Karendón” que les restituiría en la Sala de Control del autoplaneta. Entonces se avisó por radio desde el “Pinto” que habían surgido dificultades en el transmisor. La operación quedó suspendida y el buque se sumergió de nuevo prosiguiendo la navegación.

El breve tiempo que el buque había permanecido en la superficie fue utilizado para realizar una exploración con el detector de neutrinos. De los incontables focos de emisión de neutrinos que se registraron, el más próximo parecía encontrarse a unos treinta o cincuenta mil kilómetros de distancia. El cálculo de la distancia era siempre impreciso en un detector de neutrinos. Éstos eran partículas de masa muy pequeña (más pequeña que $5 \cdot 10^{-3}$) de carga nula, pero su energía era enorme. Tenía tal potencia de penetración que una muralla de plomo de un espesor de un millón de años-luz no bastaría para detener totalmente su flujo.

Para un neutrino, capaz de cruzar todo el Universo a la velocidad de la luz, una distancia de cien mil kilómetros no significaba nada. De ahí la dificultad de medir la distancia que había recorrido desde el origen hasta llegar a la pantalla de un detector. Podía establecerse su orientación, y todo lo demás quedaba a expensas de un cálculo muy incierto. Quizás por esta razón las esferonaves de los “Ghuros” no pudieron encontrar al “Pinto” tras varias semanas de búsqueda.

El Almirante Aznar decidió navegar en la dirección del origen de la emanación de neutrinos. El océano Verde no tenía en aquella dirección más de 30.000 kilómetros de anchura. Si los neutrinos procedían de una ciudad costera la hallarían a esta distancia. Si estaba más lejos no sería una ciudad en la costa, sino otra situada tierra adentro... o un reactor aislado o una esferonave.

Navegando en inmersión el “Pinto” no podía alcanzar una velocidad mayor de cien kilómetros a la hora, pues el agua ofrecía

una resistencia enorme ante la proa. Tenía la ventaja de no poder ser detectado por el radar, aunque sí por los detectores de neutrinos. Pero como dijo la comandante Balmer:

—¿Quién sabe? Tal vez los “Ghuros” no tengan detectores de neutrinos.

El Almirante no era tan optimista. Consideraba la tecnología de los “Ghuros” tan avanzada como la terrícola. Esta opinión sufrió una quiebra cuando, para matar el aburrimiento de los largos días de navegación, revisó con los oficiales la grabación en magnetoscopio del combate que libraron contra las esferonaves.

Después de examinar, repasar y ampliar, llegaron a una sorprendente conclusión. ¡Los “Ghuros” utilizaban esferonaves de hormigón!

Durante el curso del combate, Miguel Ángel ya había creído advertir que la materia del casco de las esferonaves parecía mucho más blanda que la “dedona”.

Los valeranos siempre habían construido de “dedona” sus aeronaves. El mismo autoplaneta “Valera” era un planetillo hueco de “dedona” natural. La “dedona” era un metal rarísimo. Extraordinariamente pesado resistía elevadísimas temperaturas y su fuerza de cohesión era tal que resistía las vibraciones de alta frecuencia de los “Rayos Zeta”, que desintegraban el acero en breves segundos. Pero su propiedad más notable era que al inducirse eléctricamente creaba un campo de fuerza magnético. En realidad emitía ondas gravitacionales.

En Atolón los valeranos descubrieron otras formas de producir ondas gravitacionales. Los bartpuranos utilizaban las ondas gravitacionales, en lugar de grúas, para levantar en el aire grandes pesos y trasladarlos de un lugar a otro con facilidad. Podían hacer levitar cualquier cosa: hierro, piedra... ¡Y estructuras de cemento!

El hecho de que los “Ghuros” construyeran sus esferonaves de cemento no tenía nada de extraño. Indicaba, sencillamente, que conocían la aplicación de las ondas gravitacionales. La “dedona”, de obtención mucho más costosa, la reservarían para construir torpedos, proyectores de “luz sólida”, antenas y demás elementos que pudieran estar sometidos a los rayos desintegradores “Zeta”.

—Es una buena noticia que alegrará mucho a nuestro Servicio de Información —dijo el Almirante Aznar—. De momento ya

tenemos alguna ventaja sobre las esferonaves del enemigo.

—Pues a pesar de ser de cemento, sus esferonaves aguantaron bastante bien nuestros disparos —comentó la comandante.

—Seguramente construyen sus esferonaves tan grandes obligados por la necesidad de dar un gran grosor al casco. Apostaría a que tienen paredes de trescientos o cuatrocientos metros de espesor.

—Pues resultan muy eficaces. Y, desde luego, baratas de construir por comparación con nuestros buques de “dedona”.

—Yo prefiero que nuestros buques sean de “dedona”, y no de cemento por razón de economía. Algún día tal vez tengamos que construir esferonaves de cemento, la “dedona” de nuestro planetillo no es inagotable —dijo el Almirante.

—Y la estamos gastando muy aprisa —agregó Berta Balmer.

Con base a los elementos de juicio que tenían, el Almirante despachó un radio a “Valera” informando en el sentido de que según todas las probabilidades, el enemigo utilizaba esferonaves hechas de hormigón armado.

“Seguimos intentando reparar la ‘Karendón T’”.

El “Pinto” siguió navegando en inmersión. Los días transcurrían lentamente a bordo y hubieran resultado todavía más largos y aburridos sin la presencia de los “Tapos”.

Los “Tapos” tenían una inteligencia poco común. Sentían curiosidad por todo cuanto les rodeaba y aprendían con gran rapidez. Sin embargo, eran de una ingenuidad de niños.

Como entre los viejos bartpuranos, la mentira y la hipocresía no tenía cabida en el alma de los “Tapos”. Nadie podía engañarles, porque leían en la mente como si vieran materializadas las ideas y las intenciones a través de un cristal. Hablando con Banda, por ejemplo, el Almirante Aznar podía ahorrarse las palabras. La chica le adivinaba todos sus pensamientos. Sabía cuando estaba triste o contento, y también el por qué. Al Almirante le gustaba la compañía de Banda, y la muchacha era feliz cuando estaba con él.

Si alguien le hubiera preguntado a Miguel Ángel como podía pasar tantas horas con Banda sin aburrirse, seguramente no habría sabido contestar. Él era un hombre de una cultura refinada, casi un científico por la extensión y variedad de sus conocimientos. Ella era una salvaje ignorante. ¿Qué ocurría pues?

Lo que ocurría, sencillamente, era que con Banda el valerano no tenía que esforzarse en buscar temas de conversación. Banda no sólo leía sus pensamientos y sus sentimientos. Tenía también la facultad de transmitir a Miguel Ángel sus propios sentimientos y pensamientos. El alma de Banda desbordaba de alegría de vivir. Era joven, fuerte, sana y feliz. Y junto a ella Miguel Ángel se sentía contagiado de su salud, su energía y su felicidad.

Durante toda su vida había sido un misterio para Miguel Ángel la íntima unión que existía entre su padre y Yawna. Alguna vez el Almirante había dicho a su hijo: “si quieres ser feliz con una esposa, espera a que regresemos a Atolón y cástate con una bartpurana.”

Miguel Ángel no entendía esto. ¿No resultaría cargante que la esposa adivinara todos los pensamientos de uno, sin permitirle el respiro de refugiarse en un lugar donde no pudiera alcanzarle la mirada inquisitiva de la esposa?

En alguna ocasión el “Superalmirante” debió preferir que su esposa no fuera tan perspicaz. Pero si se sintió ofendido, Yawna conocería la motivación de su enojo, y cualquier equívoco se clarificaría con unas palabras.

Un hombre que tuviera una esposa así no tendría que esforzarse por expresar su amor de palabra. La esposa sentiría ese amor, lo bebería en la misma fuente de donde manaba. Si él se sentía preocupado, la esposa conocería la razón de su preocupación. Y si en alguna ocasión el amor del esposo se desvanecía, ella conocería mejor que nadie el por qué del naufragio de su matrimonio. ¿Ventajas? ¿Desventajas?

Miguel Ángel había visto a su padre y a su madrastra felices durante más de cuarenta años.

Ocurrió que mientras Miguel Ángel se hacía estas reflexiones era “escuchado” por Banda. Él comprendió que todo cuanto estaba pensando era conocido por la muchacha. A un “Tapo” sólo podía hablársele de una forma, con sinceridad.

—¿Sabes lo que estoy pensando, Banda? —le preguntó.

—Sí.

—Eres muy bonita, me gustas mucho. Tú sabes lo que siento por ti. ¿Pero qué sientes tú hacia mí?

—Me gustas. Nunca me había ocurrido esto antes de ahora. Soy muy feliz estando a tu lado, no me cansaría nunca de estar contigo,

mirándote y oyéndote hablar. Eres un hombre muy sabio.

—Todos los valeranos son sabios. Cuando estemos en mi mundo conocerás a jóvenes tan instruidos como yo, pero más divertidos. Quizás entonces encuentres alguno que te guste más que yo. Como, además, recibirás instrucción a través de nuestra máquina de enseñar, tú misma serás una mujer instruida en poco tiempo. Aprenderás cosas que ahora ignoras, y entonces podrás formarte un criterio más equilibrado de las cosas. Esperaremos entonces a que seas una mujer culta. Y si después te sigo gustando y quieres ser mi esposa... pues eso. Nos casaremos.

Banda asintió con un movimiento de cabeza. Así resultaba de sencillo entenderse con un “Tapo”. Banda no entendió quizás las palabras, pero leyó la idea en el pensamiento de él.

—Estás deseando besarme —dijo Banda—. ¿Por qué no me besas?

—Si sabes que estoy deseando besarte también sabrás que deseo algo más que eso. No debes ponérmelo tan fácil, muchacha. Quién sabe si después te gustará otro y lamentarás haber perdido el tiempo conmigo. ¿Eres virgen?

—Sí.

—El hombre que te tome por esposa se sentirá encantado de saber que es el primero en tu vida. Guarda tu virginidad como un tesoro, y entrégalo a alguien que sea digno de ti. Que el recuerdo de tu primer acto de amor te sea grato para el resto de tu vida.

Banda no tuvo que hacer ninguna pregunta. El sentimiento del Almirante iba directamente del alma de éste a la de ella.

Al día siguiente de esta conversación, el “Pinto” paraba sus máquinas y se detenía a la vista de la costa. A diez millas por la proa el “sonar” acababa de detectar una serie de objetos metálicos. Eran pontones anclados a una milla de tierra. El Almirante se propuso realizar una exploración.

CAPÍTULO VIII

Las primeras verificaciones consistieron en comprobar que había ondas energéticas en el éter. Consistió, en consecuencia, en comprobar que había ondas energéticas, sistema consistente en la emisión inalámbrica de electricidad a distancia.

Si había energía eléctrica podían utilizarse los “abejorros”. Éstos eran unas máquinas miniatura de precisión maravillosa, abejorros artificiales de “dedona” que podían volar a gran distancia dirigidos por control remoto. Los “abejorros” se sostenían en el aire gracias a la emisión de ondas gravitacionales de la “dedona” polarizada, y se impulsaban a través del aire y se dirigían moviendo rápidamente sus cortas y robustas alas. Los ojos del insecto eran dos cámaras de televisión en miniatura que enviaban imágenes perfectamente nítidas en relieve y color al centro del control. Utilizadas como arma, se las hacía detonar por medio de un impulso eléctrico. O bien se las utilizaba en el sentido de emitir una señal de radio que dirigía hasta el “abejorro” un misil de carga nuclear de alta potencia.

Desde el “Pinto”, posado en el fondo del mar a quinientos metros de profundidad, fue soltada una boya que desplegó una antena. Luego, a través del cable que mantenía la boya unida al buque, se envió un impulso eléctrico que abrió un pequeño compartimiento de la boya. Un abejorro negro salió del agujero batiendo velozmente sus cortas alas, se elevó y se orientó, ganando altura y dirigiéndose hacia la costa.

Desde la cámara de derrota, las imágenes enviadas por el abejorro aparecían reflejadas en la pantalla de televisión trapezoidal del plano inclinado de proa. El Almirante Aznar estaba sentado en la butaca del puente de mando mirando la proyección. Otras pantallas, entre ellas la del controlador, captaban las mismas imágenes. Y un equipo de video grababa todo para una posterior

utilización.

El abejorro voló rápidamente la distancia que le separaba de los pontones y se detuvo a quinientos metros de altura sobre éstos. Entonces se pudo ver que los pontones estaban anclados. Eran más de veinte, separados a distancias regulares entre sí y bastante grandes. Sobre algunas de las plataformas había movimiento. ¡“Ghuros”!

Los seres que tanto habían intrigado a los valeranos estaban allí, dedicados al parecer a la tarea de cosechar algas. Los “Tapos” habían asegurado que los “Ghuros” extraían sus alimentos del mar, lo cual resultaba confirmado.

Miguel Ángel Aznar se inclinó ligeramente hacia adelante, a pesar de que en esta posición tenía que levantar más la cabeza para ver lo que ocurría en la pantalla.

—¡“Ghuros”! —exclamó lleno de emoción—. Hagan descender al abejorro, quiero verlos de cerca.

El insecto mecánico descendió sobre uno de los pontones donde se registraba más actividad. Los “Ghuros” estaban utilizando una pequeña grúa para sacar del fondo del mar grandes cestos chorreantes cargados de algas. Éstas eran vaciadas en un gran montón sobre la plataforma y el cesto era enviado de nuevo bajo el agua.

Los “Tapos” habían visto alguna vez a los “Ghuros”, pues la descripción que hicieron de éstos se correspondía fielmente con la realidad. Cabeza de tortuga, cuatro brazos, cuerpo incoloro casi transparente, piernas robustas con sendos faldellines a la altura de la rodilla...

Había una máquina funcionando sobre la cubierta del pontón y de ella salía un tubo que iba a unirse a un cable sumergiéndose ambos en el agua junto a una escalerilla metálica. La máquina era un compresor que probablemente daría aire al buzo que estaba en el fondo cosechando las algas.

El “abejorro” dio varias vueltas alrededor del pontón, se detuvo dos o tres veces muy cerca de los “Ghuros”...

—Visto —dijo Miguel Ángel Aznar—. Vamos a ver esa ciudad.

El “abejorro” fue dirigido por control remoto hasta tierra. Los “Ghuros” habían construido un pequeño puerto, cuya finalidad no debía ser otra que recibir a las embarcaciones que desde el mar

traían las algas cosechadas y tal vez la pesca. Se veían algunos remolcadores y gran cantidad de pontones. Las algas eran descargadas sobre una cinta transportadora que les llevaba a una instalación industrial, probablemente un secadero.

La ciudad era pequeña, seguramente de no más de 20.000 habitantes. No se veían edificios grandes, sino todo lo contrario, una alineación simétrica y monótona de cilindros blancos, seguramente de hormigón, de unos seis metros de altura y unos otros seis metros de diámetro. A primera vista parecían depósitos de agua o algún otro líquido, pero de cerca se advertía que había una puerta y algunas ventanas, pequeñas y redondas como ojos de buey de un barco.

Por las calles de cemento se veían pocos “Ghuros”, y en toda su extensión ningún árbol ni jardín que animara aquella desolada monotonía. En el centro de esta extraña ciudad se levantaba un edificio, también de planta cilíndrica, que por excepción tenía diez o doce pisos de altura, con una gran antena en el techo.

No había mucho que ver en la ciudad y el Almirante se cansó pronto del incesante paseo arriba y abajo del “abejorro”.

—Regresemos a los pontones, se me ha ocurrido una idea.

El “abejorro” voló de regreso a los pontones y se detuvo de nuevo sobre uno de ellos.

—Vean eso —señaló el Almirante—. Se supone que debe haber algún buzo abajo cortando las algas y cargándolas en los cestos. ¿Qué les sugiere eso?

—Que los “Ghuros” se alimentan de algas, como dijeron los “Tapos” —contestó Berta Balmer.

—No sea tonta y utilice la imaginación. Si hay buzos allí abajo deben estar muy ocupados y bastante solos. Recuerde que tuvimos que correr muchos riesgos en nuestro intento por capturar alguna “Mantis” viva. No eran “Mantis” lo que debíamos haber capturado, sino “Ghuros”. Ahora tenemos una magnífica oportunidad.

—Es cierto —dijo la comandante—. ¡Mire, ahí sale un buzo!

En efecto, un buzo vestido con un traje de goma apareció entre las aguas y subió al pontón por la escalerilla.

—Usan escafandra libre —observó Miguel Ángel—. El conducto deben utilizarlo para mover alguna máquina neumática. Nombre ocho hombres para que se equipen y me acompañen. Llevaremos

redes de acero como la otra vez.

—¿Por qué no permite que sea yo quien vaya? No es justo que quiera hacerlo todo usted. Ya es Almirante, no ascenderá más por más méritos que haga. Denos una oportunidad a los demás.

El Almirante sonrió. La captura de los “Ghuros” podía realizarse sin ninguna dificultad a poca suerte que tuviera el comando.

—Hágalo, a ver si de alguna manera consigue su lucero de contralmirante.

La comandante Balmer llevó consigo una cámara de cine y tomó en película toda la operación de captura. Las aguas eran claras y poco profundas, estando todo el fondo cubierto de algas, que, al parecer, sembraban y cosechaban los “Ghuros”. Las algas sirvieron para ocultar a los valeranos cuando se aproximaban.

Dos buzos “Ghuros” trabajaban en el fondo del mar. Uno manejaba una guadaña accionada por aire comprimido y el otro cogía las algas y las ataba en gavillas. Los “Ghuros” debían ser de consistencia bastante ligera; lo eran, según después se demostró, y llevaban grandes pesas de plomo en una especie de chaleco de lona para mantenerles en el fondo.

Los valeranos rodearon a los buzos y cayeron por sorpresa sobre ellos envolviéndolos en las redes.

En este momento los del buque habían perdido contacto con el comando. Desde la cámara de derrota el Almirante Aznar vigilaba los pontones a través de las cámaras de televisión del “abejorro” en vuelo. Algún instrumento sonoro debió dar la alarma (los “abejorros” eran sordos) pues en los pontones los “Ghuros” dieron muestras de agitación. Se vio a dos “Ghuros” con equipo de buzo que al parecer estaban descansando, tomando sus armas de “luz sólida” y zambulléndose rápidamente.

—Algo ocurre allí abajo —murmuró Miguel Ángel preocupado.

El Almirante ignoraba todavía entonces que los “Ghuros” tenían, como los “Tapos” y los bartpuranos, facultades telepáticas. Los buzos agredidos, al parecer, lanzaron telepáticamente una llamada de socorro a sus compañeros de superficie.

En efecto, la comandante Balmer y sus astronautas se vieron en dificultades cuando dos buzos “Ghuros” aparecieron de improviso. Los “Ghuros” tenían la ventaja de saber dónde estaban los valeranos, gracias a la información telepática que estaban

recibiendo de sus compañeros, pero los astronautas no fueron sorprendidos.

Las armas de “luz sólida” empezaron a funcionar bajo el agua y la mayor potencia de fuego de los valeranos decidió la victoria. Los “Ghuros” sólo consiguieron herir a un par de valeranos antes de que fueran acribillados ellos mismos.

Mientras tanto, a bordo del “Pinto”, el Almirante se sentía intranquilo ignorando lo que estaba pasando bajo el agua. Hizo que el “abejorro” volara sobre los pontones y advirtió que había otros buzos lanzándose al mar. En este momento los valeranos iniciaban el regreso al buque. La comandante Balmer utilizó por primera vez el hidrófono para anunciar que habían capturado dos “Ghuros” y se dirigían al “Pinto”.

—Les están siguiendo, comandante —anunció Miguel Ángel, lleno de ansiedad—. Dense prisa.

—No podemos ir más rápidos, tenemos que remolcar a los prisioneros. Pero voy a quedarme en retaguardia con un par de chicas para frenar a los “Ghuros”.

—Voy a lanzar un ataque de abejorros contra los pontones. Fue un error no haberlo hecho antes —dijo Miguel Ángel.

La experiencia demostraba que siempre se cometían errores. Por muy bien que se planeara una operación militar, los imponderables se producían inevitablemente. Miguel Ángel había optado por llevar toda la operación con sigilo, suponiendo erróneamente que los “Ghuros” no advertirían la desaparición de sus buzos hasta que éstos estuvieran ya a bordo del “Pinto”.

El Almirante no tenía medios para saber que los “Ghuros” poseían facultades telepáticas. Y lo ignoraba todavía cuando ordenó atacar los pontones.

El “Pinto” solamente disponía de cincuenta “abejorros” y éstos ni siquiera estaban en el aire. Se perdieron unos minutos en hacerlos despegar y volar hacia los pontones, que se encontraban a una milla de distancia.

Los “abejorros” atacaron como “kamikazes” arrojándose en picado contra los pontones. La desintegración del material de un “abejorro” equivalía a la potencia de 500 kilogramos de altos explosivos. Los pesados pontones saltaron entre llamas y humo y se hundieron a continuación.

En lo más duro del ataque se escuchó una voz que anunciaba:

—Han herido a la comandante Balmer.

Miguel Ángel Aznar esperó anhelante una segunda comunicación. Ésta no se hizo esperar.

—No está herida, está muerta. ¿Qué hacemos?

—¡Escuchen los de ahí afuera! —gritó el Almirante—. ¿Qué ocurre?

—Han alcanzado a la comandante Balmer. ¡Está muerta!

—¿Cómo saben que ha muerto? —chilló Miguel Ángel furioso.

—Le han atravesado la cabeza con un disparo de luz sólida.

—¡Asegúrese!

—Ya lo he hecho, señor. Está muerta —insistió la voz femenina que daba la información.

El Almirante apretó los puños con rabia. Como solía ocurrir normalmente a todos los jefes, pensó que si él hubiese estado allí las cosas habrían ocurrido de distinta manera. No había razón para creerlo así, pero Miguel Ángel lo pensó.

—¡Regresen al buque! —ordenó secamente. Y a continuación al capitán Fortuny—: Preparen dos misiles de cabeza nuclear para dispararlos contra la ciudad. Piloto, esté listo para zarpar tan pronto los comandos estén a bordo.

—Sí, señor.

—Vázquez, redacte un radio. Dígales a los de “Valera” que estén preparados para recibirnos por la “Traslator”.

—Sí, señor.

—Serer, que el operador de la “Traslator” esté en su puesto. Ocúpese personalmente de disponer una carga nuclear con un detonador de tiempo para la “Traslator” cinco minutos después que haya abandonado el buque el último hombre.

—A la orden, señor.

—Y que alguien vaya a buscar a los “Tapos” y los reúna en el pasillo. Los expediremos a continuación de los prisioneros.

El Almirante miró a la pantalla de televisión, donde los pontones se estaban hundiendo. Algunos “Ghuros” nadaban en dirección a tierra.

Desde el hangar anunciaron que los comandos estaban entrando en el buque.

—Traen dos prisioneros —anunció el sargento que se encontraba

junto al portón del hangar.

—¿Están vivos los prisioneros?

—¡Ya lo creo, señor! Ahora llegan Isarte y Lillo.

—Pasen lista.

—Cañete a bordo.

—Montero a bordo.

—Herraiz a bordo...

Los astronautas fueron cantando sus nombres a través de la radio individual. Hubo un breve silencio y después una voz que decía:

—Falta la comandante Balmer.

—Cierren el portón —ordenó el Almirante—. Piloto, encienda los motores. ¡A la superficie!

El “Pinto” abandonó el fondo del mar halando el cable de la boya. Instantes después emergía como un monstruo amarillo y abandonaba las aguas remontándose en el aire. Empezó a moverse cada vez a mayor velocidad. Su gran antena parabólica se orientó en la dirección donde se encontraba el autoplaneta “Valera”.

—Prepárense para lanzar misiles.

—Listos para lanzar misiles.

El último “abejorro” había sido enviado sobre la ciudad, y desde su posición emitía continuamente señales de radio que guiarían a los misiles.

Mientras aceleraba, el “Pinto” lanzó al aire en rápida sucesión dos pequeños proyectiles disparados a través de un cañón. Surcando el aire, los proyectiles empezaron a chisporrotear y crecer de tamaño. Cuando dejaron de chisporrotear eran dos misiles “aire-tierra” de ocho metros de longitud. Los motores de los misiles funcionaron, y arrojando lenguas de llamas y humo impulsaron a las máquinas hacia una nueva trayectoria parabólica que terminaría justamente sobre la ciudad.

Unos segundos después estallaban dos aterradores globos de fuego. En la cámara de derrota del “Pinto” las pantallas de televisión se volvieron blancas por efectos del vivo resplandor. En este momento el serviola autómatas anunciaba:

—Atención, dos aeronaves sin identificar en el rumbo Uno Nueve Cinco. Distancia ochenta mil kilómetros.

—A toda máquina —dijo el Almirante Aznar—. Tenemos que

evitar que nos alcancen.

—Será difícil, señor —contestó el teniente Artigas—. Vienen lanzados y seguramente acelerando.

—Telegrafista, ¿ha expedido el radio?

—Sí, señor. Espero la respuesta.

—Fortuny, tome el mando. Voy abajo a verles la cara a los prisioneros.

El capitán Andrés Fortuny subió la escalerilla del puente y tomó el micrófono. El Almirante abandonó la plataforma y salió de la cámara de derrota. En el corredor se estaban reuniendo los “Tapos” junto a la puerta de la cámara de la “Karendón T”.

Crando estaba con el grupo y el Almirante lo llamó.

—Nunca has visto un “Ghuro” de verdad. Ahora lo vas a ver.

Crando siguió al Almirante por las escaleras hasta dos cubiertas más abajo. El último tramo de escaleras estaba húmedo. El agua era desalojada del hangar y sólo quedaban treinta centímetros cuando Crando y Miguel Ángel llegaron.

Al pie de la escalera, casi de improviso, se vieron frente a un ser extravagante, un monstruo de más de dos metros de estatura que tenía cuatro brazos y una pequeña cabeza de tortuga. Los ojos del “Ghuro”, redondos, de párpados rugosos, se clavaron en los del Almirante y éste sintió un escalofrío.

El “Ghuro” vestía un traje de goma y llevaba dos botellas de oxígeno en la espalda. Le habían atado con cuerdas después de librarlo de la red. Más allá los astronautas procedían a amarrar el segundo monstruo.

Frente al “Ghuro” Miguel Ángel sintió una sensación desagradable, como si una ventosa le succionara el cerebro. Crando estaba mirando al monstruo con el ceño fruncido y una mueca de repugnancia.

—Es malo —dijo el “Tapo”. Sus pensamientos son perversos.

—¿Puedes leer su pensamiento?

—Está asustado... y sorprendido. Ahora me dice que no está asustado... ¡ha descubierto que puedo leer su pensamiento! Me habla con la mente... me insulta. Está furioso.

—¿Te habla el “Ghuro” con la mente? ¿Crees que tiene facultades telepáticas como las tuyas?

—Sí las tiene. No habla con la voz... los “Ghuros” no tienen voz.

—¿Sabías que los “Ghuros” no hablan con la voz?

—No lo sabía. Nunca había visto un “Ghuro”.

Miguel Ángel Aznar evocó a la comandante Balmer, cuyo cuerpo estaría flotando sin vida entre las transparentes y templadas aguas del océano Verde. Fue entonces cuando comprendió que, al ser atacados, los buzos “Ghuros” habían dado la alarma telepáticamente a sus compañeros.

Los astronautas empujaban al prisionero hacia la escalera y el “Ghuro” se resistía forcejeando.

—Mejor súbanlo en el ascensor —dijo el Almirante—. Llévenlos a la “Traslator”, los enviaremos a “Valera”.

Volvió a subir la escalera seguido de Crando. Al llegar al corredor donde estaban esperando los “Tapos” se encontró con el teniente Vázquez.

—“Valera” contesta que están dispuestos a recibirnos por la “Traslator”. He dispuesto los explosivos y el detonador de tiempo como usted ordenó.

—Dígale al operador que los “Ghuros” van primero. Si ocurre algún desastre durante el traslado que paguen ellos el pato. Regrese enseguida a la cámara de derrota.

Banda llegaba en este momento con otra joven “Tapo”. Las dos mujeres vestían pantalones largos y camisa blanca de astronauta. El Almirante se dirigió a Banda.

—Vais a dar “el salto” hasta nuestro mundo. Somos muchos y la máquina trabaja despacio, de modo que tardaremos una hora y media en desmaterializar a todos. Nos reuniremos en la Sala de Control, espérame.

Entonces se abrió la puerta del ascensor y el “Ghuro” apareció de improviso al ser lanzado fuera por un empujón de sus guardianes. Las mujeres chillaron asustadas y los niños se echaron a llorar. El Almirante vio como los astronautas empujaban al prisionero hacia la cámara de la “Karendón Traslator”.

El teniente Vázquez dijo:

—¿De modo que ellos primero? ¡Vaya susto que se va a llevar la operadora de la Sala de Control cuando vea aparecer ese monstruo!

—¡Ojalá MacLane se encuentre junto a la cámara de restitución!

—dijo Miguel Ángel. Y entró en la cámara de derrota.

Las dos esferonaves “Ghuro” estaban dando alcance al crucero.

Aunque éste aceleraba con toda la potencia de sus motores las esferonaves tenían la ventaja de venir lanzadas desde una gran distancia.

Escalando el cielo con la proa levantada, el “Pinto” había dejado atrás las altas capas de la atmósfera y aceleraba incesantemente. Las esferonaves volaban sobre la ionosfera para atacarle.

—Nos alcanzarán en una hora —informó el teniente Artigas después de realizar un rápido cálculo en la computadora.

El Almirante preguntó cuántos torpedos quedaban a bordo. La respuesta fue que ochocientos mil.

—Los lanzaremos todos de una sola vez cuando los tengamos a diez mil kilómetros de distancia —dijo Miguel Ángel.

En la “Karendón” los dos “Ghuros” fueron desmaterializados uno tras otro. A continuación los “Tapos” empezaron a entrar en la cámara. Veinte minutos después el operador anunció a través del teléfono:

—“Ghuros” y “Tapos” despachados. Pueden venir los demás.

Los tripulantes ya tenían establecido un orden para caso de tener que abandonar el buque. Uno tras otro, hombres y mujeres fueron abandonando su puesto y saliendo en dirección a la cámara de la “Traslator”. El Almirante Aznar había ido a sentarse junto al piloto teniente Artigas. Se caló la escafandra.

La ventaja inicial de las esferonaves no podía ser superada por el “Pinto”. Minuto a minuto las esferonaves acortaban la distancia. La cámara de derrota se iba vaciando poco a poco. Los tripulantes al marcharse dejaban funcionando sus instrumentos y aparatos de control.

Al ponerse a tiro las esferonaves, la artillería del “Pinto” entró en acción automáticamente. Las esferonaves abrieron fuego a su vez y, en el espacio, los rayos de “luz sólida” se cruzaban como espadas. Los disparos de los “Ghuros” empezaron a alcanzar al “Pinto”. Éste se cruzó de través y siguió navegando en estas condiciones, ahora impulsado por las ondas gravitacionales. Al ofrecer su costado a las esferonaves presentaba una silueta mayor, pero sus baterías actuaban en mayor número.

El crucero acusó los impactos de “luz sólida” con repetidos estremecimientos. En un tablero luminoso lateral podían verse las baterías que todavía funcionaban y las que se iban apagando. En

pocos minutos todos los proyectores del costado de babor habían sido apagados. El “Pinto” entonces volteó sobre su eje longitudinal y ofreció al enemigo el costado de estribor, con sus largas líneas de proyectores intactos.

Miguel Ángel Aznar miró al reloj de la sala. Había transcurrido una hora desde que los prisioneros “Ghuros” fueron desmaterializados. Allá en “Valera” Banda llevaría casi una hora esperando, mientras él todavía se encontraba en el buque a cuarenta millones de kilómetros.

Los impactos lumínicos pegaban en el costado del crucero y abrían en la coraza de “dedona” cráteres como picaduras de viruela. Mientras el buque saltaba y se estremecía, los tripulantes seguían desfilando silenciosamente uno a uno, en dirección a la cámara de la “Traslator”. En otros combates la acción solía estar jalonada de órdenes breves y enérgicas, de algún comentario o un aviso.

En esta ocasión poco era lo que había que mandar. El buque estaba a merced de los tiros del enemigo, que no sólo le doblaba en número, sino que tenía una capacidad de fuego muy superior, en proporción a su mayor superficie.

—Distancia diez mil kilómetros —anunció Artigas.

—Lancen torpedos.

Vázquez apretó un botón.

—Los torpedos han salido.

Había una extraña sonoridad, una irreal frialdad en la voz de aquellos hombres casi solos en la enorme sala llena de aparatos. Miguel Ángel levantó los ojos hacia la pantalla lateral de estribor. Los disparos del enemigo habían alcanzado también a un buen número de cámaras de televisión y en la pantalla se advertían muchos recuadros apagados, pues eran varios los que en conjunto armaban la imagen como las piezas de un rompecabezas.

A través de lo que funcionaba de la pantalla vio todo el espacio cubierto de millares de puntos de luz chisporroteante. Ochocientos mil torpedos autómatas de cabeza nuclear, dirigidos cada uno por su propio cerebro electrónico, se pusieron en movimiento en dirección a las esferonaves.

—Eso les tendrá entretenidos un rato —dijo el Almirante.

Un sargento se puso en pie y se dirigió hacia la puerta.

Quedaban trece tripulantes en la cámara de derrota.

—¿Por qué no se va usted? —dijo de pronto el teniente Artigas—. No tiene objeto que continúe aquí. ¿O va a ser tan tonto que solicite el honor de ser el último en abandonar el buque?

—El último en abandonar el buque es el Comandante —dijo el capitán Fortuny a través del teléfono—. Creo que yo soy el comandante ahora, a falta de Berta Balmer.

—No tengo prisa —contestó el Almirante—. El “Pinto” está resistiendo bien.

Allá afuera se había entablado un feroz combate entre los 800.000 torpedos autómatas valeranos y un número más o menos igual de torpedos “Ghuros” de parecidas características. Las esferonaves venían tan rápidas que tuvieron que desviarse para esquivar la ola de torpedos y pasar por encima de éstos. El “Pinto” ganó entonces una pequeña ventaja. Los torpedos que no fueron contenidos por los torpedos valeranos perseguían al crucero y le alcanzaron.

¡Broom! ¡Broom!

El buque saltaba como un caballo desbocado.

—¡Vía en el compartimiento de botes! —anunció una voz.

—¡Vía en la sentina! ¡Escape en el depósito número dos!

Los proyectores de “luz sólida” que todavía funcionaban disparaban contra los torpedos. Muchos fueron destruidos antes de alcanzar el buque. Pero los proyectores se iban apagando rápidamente, destruidos por los disparos del enemigo y los torpedos.

Así, más o menos, debió ser destruido el buque en que viajaba el Almirante Mayor. Sin su dotación de caza-interceptores, agotados los torpedos, apagadas sus baterías, el “Pinto” era fácil blanco para el enemigo. Los torpedos ahora le alcanzarían impunemente.

—Nos quedan las baterías de la cubierta exterior —dijo la capitana María Serer.

—Dele vuelta al barrilito, Artigas —dijo el capitán Fortuny con voz tranquila.

Quedaban en la cámara el Almirante, el capitán Fortuny, la capitana Serer, la teniente Blanco, el teniente Artigas y un sargento. El sargento se puso en pie y se dirigió hacia la puerta.

Artigas maniobró de forma que el buque giró sobre su eje longitudinal presentando al enemigo su parte superior.

—Váyase ya, Artigas —dijo el capitán Fortuny—. Ya no hay más maniobras.

Artigas abandonó su puesto y se dirigió a la puerta. Las esferonaves habían regresado al rumbo que llevaban antes. Pero ya no sacaban ventaja al crucero, aunque poco importaba. El crucero estaba a tiro de las baterías “Ghuro” y éstas no dejaban de acribillarle.

—¡Atención, torpedos! —anunció el serviola automático.

—Abandonen el buque —ordenó el capitán Fortuny con energía desde el puente de mando—. ¡Todos! ¡Es una orden!

Miguel Ángel Aznar se puso en pie. Era una tontería quedarse más tiempo, alguien podía pensar que quería marcarse un farol de valiente. No habría sabido decir si sentía miedo. Un extraño sentimiento de fatalidad se había apoderado de él.

De pronto todo se iluminó a su alrededor con una luz potente y fría. En mitad de aquella luz cegadora se sintió proyectado hacia alguna parte, y en alguna parte golpeó y fue arrojado al suelo.

La luz se apagó de pronto y entonces quedó en la oscuridad. Pero pronto se recuperó del deslumbramiento y pudo ver a su alrededor. La cámara de derrota parecía devastada por un huracán. Había un gran boquete en el techo, donde antes estaba el plano inclinado con su gran pantalla de televisión. El puente de mando estaba hecho trizas y Fortuny había desaparecido. Las consolas de los controladores estaban en su mayoría fuera de su enclavamiento. De las incontables conexiones eléctricas saltaban chispas. Del techo colgaban restos de pantallas sostenidas por algún hilo. Algunas luces seguían encendidas, pero en general había oscuridad y silencio, pues el cristal azul de su escafandra disminuía la luz.

La fuerza de la explosión le había lanzado junto a la puerta. Vio a María Serer que se incorporaba entre los restos retorcidos de una consola, y a Blanco andando a gatas un poco más allá.

—Diríjanse a la “Traslator” —dijo Miguel Ángel.

Se puso en pie y ayudó a Serer, que se tambaleaba como aturdida. La empujó hacia el pasillo y fue en busca de Vázquez. El oficial estaba medio sepultado bajo uno de aquellos paneles de diodos luminiscentes que indicaban el número de baterías en funcionamiento, trabado por un manojo de cables eléctricos. Le ayudó a salir y le ordenó a dirigirse a la “Traslator”.

Solo en la desmantelada cámara, buscó al capitán Fortuny entre los restos del puente, pero no pudo hallarle. Probablemente Fortuny había sido aspirado y lanzado fuera de buque cuando un gran volumen de aire salió con una explosión por el agujero del techo. Era un fenómeno que solía ocurrir cuando de pronto se abría un boquete en el casco.

Se dirigió a la puerta, cruzó el corredor y entró en la cámara donde seguía funcionando la “Karendón Traslator”. El sargento que operaba la máquina era una muchacha. Sus manos temblaban al oprimir el botón que puso en marcha la máquina para desmaterializar al teniente Blanco.

Blanco fue desmaterializado y al Almirante empujó dentro a María Serer. La teniente fue desmaterializada en mitad de un relámpago. Mientras la computadora perforaba una cinta de 15 centímetros de ancho con los datos obtenidos, y mientras éstos eran enviados por radio al autoplaneta, el buque era sacudido brutalmente por las explosiones de los torpedos.

—Ahora le toca a usted, Almirante —dijo el teniente Vázquez—. Yo me encargo de pulsar el detonador de tiempo.

Miguel Ángel Aznar se deslizó por detrás de la pantalla hasta el interior de la cámara. Escuchó en su radio a Vázquez.

—Sargento, usted irá a continuación del Almirante. Ponga el automático...

De pronto brilló un relámpago y al apagarse la deslumbradora luz vio que estaba en el mismo lugar. Pero no era así. Uno siempre creía que la máquina no había funcionado cuando la cámara de restitución era idéntica a la que sirvió para desmaterializarse. Escuchó una voz tranquilizadora:

—Abandone la cámara, por favor.

Entonces supo que estaba en “Valera”. Y respiró aliviado. Al salir por detrás de la pantalla la primera cara que vio fue la de su sobrino Fidel.

El Almirante Aznar se arrancó la escafandra y sonrió débilmente.

—Hola, chico.

Se estrecharon la mano.

—Sabíamos que estabais en dificultades —dijo el joven Fidel—. Llevo más de una hora aquí viendo salir gente de ese cajón. ¡Creí que no iba a verte aparecer nunca!

—¿Sin noticias de los abuelos?

El muchacho hizo un gesto.

—Perdidos definitivamente. Sólo cabe una posibilidad, y es que fueran cogidos prisioneros. Pero nadie cree eso. MacLane es ahora el Almirante Mayor. La gente está muy desanimada, en parte porque ve en perspectiva otra larga y difícil guerra, y en parte porque el viejo Aznar no está aquí para arengar a la nación y trazar la línea de conducta que deberemos seguir en el futuro. Siempre ha habido un Almirante Aznar al frente de los valeranos en los momentos más dramáticos de este autoplaneta. Ya conoces la leyenda, “Valera” jamás será vencido mientras los Aznar estén aquí.

—Conozco la leyenda. Nuestros enemigos dicen que los Aznar la inventamos para asegurarnos la continuidad en el mando.

—¡Pero eso no es cierto! ¿O crees que sí lo es?

—Muchacho, a veces pienso que nosotros mismos nos hemos creído esa historia. Los Aznar no somos ni mejores ni peores que los demás. Incluso sin el viejo Almirante los valeranos saldremos triunfantes. Siempre ha sido así.

Un chasquido y un relámpago anunciaron que alguien acababa de ser restituido en la “Karendón”. Era la operadora de la “Traslator” que funcionaba en el “Pinto”. La muchacha se quitó la escafandra y entonces se vio ante el Almirante Aznar que le tendía la mano.

—Gracias, sargento —dijo Miguel Ángel Aznar.

La chica se puso colorada, balbuceó unas palabras y saludó. Al salir se cruzó con el Almirante Valenciano que entraba. Valenciano tendió la mano al Almirante Aznar y exclamó:

—¡Buen trabajo! Por fin hemos podido ver la cara al enemigo. ¡Son feos, demonio! Ahora empieza a levantarse el velo del misterio. Sabemos que cuando los “Ghuros” llegaron al circumplaneta estaba dominado por las “Mantis”. Los “Ghuros” no encontraron grandes dificultades para apoderarse de Atolón, ya que para entonces las “Mantis” estaban divididas por multitud de pequeños reinos que se hacían la guerra entre sí.

—¿Cómo sabemos eso? —preguntó Miguel Ángel Aznar.

—Ha debido transcurrir un millón de años desde que nosotros partimos tripulando el autoplaneta “Valera”. Nueva Hispania se desarrollaría incesantemente durante un largo tiempo, tal vez

durante quinientos mil años. Nuestros parientes desarrollarían sus facultades psíquicas como antes habían hecho los bartpuranos. Y como los bartpuranos, nuestra vieja raza empezaría a degenerar. Las “Mantis”, mientras tanto, seguían viviendo en precario. Los hispanos intentarían civilizar a los insectos, y éstos, al fin, acabarían devorándolos. La Historia se repite siempre, y al fin encadena con un nuevo principio. En el final de la tragedia bartpurana los valeranos encadenamos con el principio de una nueva historia, la historia de la civilización Hispana en Atolón. Aquella civilización se desarrolló, alcanzó su máximo esplendor y desapareció. Y ahora, de nuevo estamos aquí los valeranos. Sin duda reconquistaremos el circumplaneta, levantaremos nuevas ciudades, crearemos un nuevo estado y florecerá una nueva civilización... Me pregunto si dentro de otro millón de años veremos recomenzar un nuevo ciclo... ¿Será “Valera” el eslabón que conecta el fin de una era con el comienzo de otra? ¿Siempre habrá de ser así? ¿Es ese el destino, la misión que Dios ha confiado al pueblo valerano?

—¿Quién interrogó a los prisioneros? —preguntó Miguel Ángel Aznar.

—Uno de los “Tapos”, creo que se llama Crando. Buena gente esos “Tapos”. Hay entre ellos una chica...

—Se llama Banda.

—¡Preciosa criatura!

—Voy a casarme con ella.

—¡Caramba!

—Después que la hayamos “civilizado” aplicándole nuestro sistema de enseñanza por inducción directa al cerebro —dijo el Almirante Aznar.

—Yo la dejaría como es —dijo Valenciano—. Ya tenemos muchachas bonitas, cultas y sofisticadas. ¡Pero un diamante sin tallar como esa chica no se encuentra en ninguna parte!

—No se me había ocurrido —murmuró Miguel Ángel.

El Almirante se dirigió a los vestuarios para desembarazarse de la armadura y ponerse el uniforme que guardaba en su armario. Mientras se cambiaba pensó en las palabras del almirante Valenciano. Y se dijo que tal vez tuviera razón. La belleza, el auténtico encanto de Banda estaba en su inocente y pura sencillez. La civilización la modificaría y la destruiría.

Mejor era dejarla en su estado natural.

F I N

Notas

[1] KARENDÓN: Máquina creadora de materia. Las personas son desmaterializadas en una cámara y la máquina analiza los componentes de cada partícula atómica y establece el lugar donde ésta se encuentra. La información obtenida se fija mediante un código de perforaciones en una cinta metálica. Al ser desmaterializado el ser, se libera el alma de éste (una forma de energía indestructible). El alma ingresa en la Dimensión Temporal, pero retorna al cuerpo cuando la Karendón, a partir de la fórmula de los componentes físicos, restituye al individuo a su forma anterior. < <